

LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

# Carlos Villamarín Escudero

LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS  
Y  
TRES INVEROSÍMILES RELATOS



EDICIONES ECUA@FUTURO  
Quito – Ecuador

CARLOS VILLAMARÍN ESCUDERO

## Carlos Villamarín Escudero

LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

Y

TRES INVEROSÍMILES RELATOS



Carlos Villamarín Escudero

ISBN 978-9942-20-090-7



9 789942 200907

EDICIONES ECUA@FUTURO  
Quito – Ecuador

LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

Título:  
LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS  
Y  
TRES INVEROSÍMILES RELATOS

Autor:  
Carlos Villamarín Escudero

Diseño de portada y diagramación:  
Serge della Fonte

Primera Edición: julio de 2014

Derechos de autor: 044029  
ISBN: 978 – 9942 – 090 -7

Ediciones Ecua@futuro  
Quito – Ecuador

---

Impreso en Ecuador – Printed in Ecuador

Huye de las sombras de la noche, que bajo sus  
negras alas se esconden demoniacos seres.  
¡Cuidado! Si por obra de la fatalidad te llegasen  
a descubrir, entonces te perseguirán sin tregua  
cual canes de presa.

---

*Del credo del timorato.*

## LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

A aquellos individuos segados alevosamente por las parcas, pero que se obstinan en abandonar nuestro mundo, un mundo que ya no les pertenece.

*CARLOS VILLAMARÍN ESCUDERO*

CARLOS VILLAMARÍN ESCUDERO

LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

Y

TRES INVEROSÍMILES RELAROS

## LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

### ÍNDICE

#### TRES INVEROSÍMILES RELATOS

|                     |               |
|---------------------|---------------|
| EL AVERNÍCOLA       | Páginas:<br>8 |
| GUAYRAPAMUSHKA      | 46            |
| DEMONIOS DEL BOSQUE | 93            |

#### LAS OTRAS LEYENDAS ECUATORIANAS

|                          |     |
|--------------------------|-----|
| PREFACIO                 | 99  |
| EL CHULLA QUITEÑO        | 101 |
| UN ANGELICAL FANTASMA    | 114 |
| EL FANTASMA DEL HIDALGO  | 123 |
| PERFUME DE ROSAS         | 138 |
| EL GATO AZUL             | 145 |
| EL ESPECTRO DEL TROLEBUS | 150 |
| EL SALTADIENTES          | 151 |
| KILLA JUNT'ASQA          | 155 |
| UKHUPACHA                | 157 |
| EL DUENDE                | 160 |
| EL TREN INFERNAL         | 163 |
| EL ORIGEN DEL QUILOTOA   | 165 |
| FANTASMAS EN CARONDELET  | 169 |

## EL AVERNÍCOLA

Mi nombre es José Félix, o al menos así me llamaba cuando joven y, a la sazón, de alguna importancia en esta bendita población. En cuanto hoy todo el mundo parece solazarse nombrándome despectivamente: “Don Pepe Mentiroso” y, como un favor, “Don Guacharaco”. Porque para mis coterráneos de esta deplorable generación, no son sino fantasías lo que enuncian mis venerables labios. Por tanto, muy pocos conocen y muchos jamás conocerán lo que en tiempos pretéritos fue escenario el “Balcón de los Andes”. Mas no me presento aquí para exponer mi desacuerdo conceptual con quienes han perdido el interés por la historia y las tradiciones de nuestra patria chica, sino para relatar un curioso suceso del cual fui testigo presencial.

Era una época en que menudeaban las más extrañas peripecias cuando al mismo diablo, abandonando transitoriamente las cálidas estancias del averno, se le dio por fijar aquí su residencia. Lo recuerdo perfectamente, ya que mi dilatada edad no ha conseguido hurtarme en modo alguno la diafanidad de mi memoria. Entonces las más de las veces se le podía ver deambulando tranquilamente por calles y plazas sin tomarse siquiera la precaución de mimetizarse entre la gente de la localidad, con la cual por cierto marcaba un abismal contraste. Se manifestaba tan tranquilo, tan amigable, tan simpático, que su presencia inspiraba confianza de inmediato. Atento y cordial con todo el mundo, como las personas que han recibido excelente educación, jamás pasaba junto a una dama sin antes haberse descubierto ceremoniosamente y, frente a un caballero, sin tocarse el ala del sombrero. Buen amigo del amigo, nunca se supo que hubiese deformado la imagen de la amistad con torcidos procedimientos, aunque

conociendo como lo conocía yo el impredecible talante de mis paisanos de entonces, era de suponer que cualquier variación en su actitud hubiera sido justificada. En fin, se diría que nuestro campechano diablo no estaba hecho sino de madera de santo.

Se hacía llamar Agapito Irlanda. Un nombre ficticio sin duda, ya que me resisto a creer que en el infierno denominasen a sus nativos como a los de este mundo. Lo propio hubiese sido para él: Abaddón, Amón, Asmodeo, Azazel, Beelzebub, Dagón, Damballa, Mefistófeles, Moloch, Mar-duk, Mastema, Thamuz, etcétera, pero no Agapito, precisamente el nombre de uno de los Sumos Pontífices más santos de la iglesia católica. Sin embargo, resulta comprensible que no podía ir de aquí para allá revelando pormenorizadamente la vinculación con su tétrico lugar de procedencia.

Alcanzaba una altura de siete pies. Joven, de faz sonrosada, azules ojos de mirada dulce, cabello rubio, largo y ensortijado, contextura atlética, era hermoso como el mismo Apolo. Poseía también el don de la palabra y dinero contante y sonante en cuantía inagotable. Dos elementos, por sí solos, decisivos a la hora de evaluar aquella inclinación afectiva entre las personas llamada simpatía. Y, como es fácil de suponer, guardaba una gran similitud física con los oriundos nórdicos, razón por la cual, mis paisanos dieron en llamarle simplemente “Gringo”, a sus espaldas. Por aquel entonces se conservaba aquí todavía fresco el recuerdo de la visita del arqueólogo e investigador alemán Max Uhle, que visitara este lugar para realizar algunos trabajos de investigación. Le acompañaba el también sabio Jacinto Jijón y Caamaño de quien era su gran amigo. Corría el año de 1920.

Claro que, no obstante sus modales revestidos de gravedad y decoro, de vez en cuando se le ocurría consumir alguna

pequeña diablura donde honrara con su grata presencia. Fue así como en el onomástico del señor don Blas Monroy que coincidió con la estadía de Agapito aquí y a cuyo festejo concurriera éste, por poco le birla la novia al homenajeadó. Una graciosa anécdota que bien vale la pena de relatarla.

Monroy era un magnífico ejemplar del género masculino. Con sus envidiables dos metros de estatura. Cabellera de color castaño, frente amplia, tez ligeramente broceada, ojos negros, nariz griega, boca grande de labios sensuales, pómulos tenuemente salidos y mentón pronunciado. Atributos de un rostro correcto. Además, a esto se sumaba los factores que determinan las condiciones de un atleta de primer orden: hombros anchos y fornidos, vigoroso el amplio torso, los miembros dotados de acerados músculos, ágiles sus movimientos y también se hallaba proveído de majestuoso porte.

La prometida de Monroy, llamada Priscila, se destacaba entre las mujeres de aquella reunión por su gracejo y hermosura, sobre todo por esta última cualidad. Su perfección y excelencia estaban patentes en cada sector de su privilegiada figura. Comenzando por la castaña y hermosa cabellera que llevaba repartida en coquetones bucles, avanzando por sus maravillosos ojos color avellana, continuando por la ofrenda apetecible de sus labios sensuales y concluyendo en la plasticidad de su cuerpo armonioso, constituido magistralmente como para ser parte de un certamen de belleza, se hubiera podido decir de ella la imagen ideal de la perfección.

Vestía blusa blanca, ingeniosamente confeccionada para hacer resaltar la delicada y elegante línea de su busto, falda y zapatos negros.

La comparecencia de Agapito y Priscila al festejo fue casi simultánea y desde el instante en que él la vio sintió atracción por ella. Versado en los secretos psicológicos del apa-

sionante arte de la seducción, monopolizó hábilmente la atención de la beldad con el sutil garlito de una plática cautivante y sus modales de hombre de mundo que la tenían embelesada, impidiéndola apartarse de él en toda la reunión. Hasta entonces la joven, no había conocido a nadie con igual distinción, elocuencia y dominio en el arte de la danza. Pues, en su nada corta lista de pretendientes, incluido el señor don Blas Monroy, no figuraba uno solo que hubiera rebasado el plano del patán, con los agravantes que lleva implícitos la condición de este desheredado de la cultura y opuesto al cambio: lenguaje procaz, descortesía y ausencia total de modestia, mesura y circunspección. Todo un cúmulo de miserias que laceraban su sensibilidad y amagaban con malograr la fruición de soñar con un futuro radiante en compañía de su media naranja. Mas, cuando menos lo había esperado, se presentaba su príncipe azul para tocar la puerta de su corazón.

Sí, el señor Agapito Irlanda respondía realmente a la imagen del hombre ideal que toda mujer romántica espera su arribo para conducirla al trono de felicidad. Aunque no se había vestido para la ocasión de riguroso azul sino de negro, iba ataviado con la elegancia de un lord y, como él, lucía capa y chistera. Aparte de su distinción en el atuendo, llamaba la atención la fabulosa fortuna que llevaba consigo en alhajas. Llevaba en todos los dedos de las manos anillos de fino oro y de platino adornados con piedras preciosas. También correspondía a estos nobles materiales la leontina, las ajorcas y las hebillas del cinturón y de los zapatos. Ciertamente, en mi vida había visto yo un hombre con más boato.

Obnubilada por el advenimiento de su anhelo, le tenía sin cuidado que su postulante fuese el mismo diablo, un individuo a quien se le imputaba de todo lo malo que acaecía a la

humanidad, si podía edificar la felicidad suya. También especulaba con la posibilidad de que, si los cargos a él atribuidos fueran verídicos, bien podría ella abogar por la enmienda de una conducta que no contribuía precisamente a lustrar la reputación. Por lo demás, conocía que la gran mayoría de los hombres concedían a su mujer un tratamiento tanto o peor que si proviniesen del lugar menos civilizado del averno. Tampoco le importaba en modo alguno la posibilidad de, a corto plazo, verse en la necesidad de tener que cambiar su actual domicilio, instalado en el idílico y fresco “Balcón de los Andes”, por otro, remoto y probablemente excesivamente cálido. Por otra parte, puesto que, últimamente, había tenido la sensación de que la atmósfera del limitado horizonte del terruño se le había vuelto poco respirable, suponía que lo aconsejable sería un inmediato cambio de aires. Y desde luego que mucho menos le preocupaba la faena de plantarle con los churos hechos al cavernario de Monroy, ya que, con el fabuloso cambio que se iba a operar en beneficio de ella, no le quedaría espacio para meditar en el enojo de aquel energúmeno. Priscila, dándolos como válidos estos argumentos y segura de haber sido bendecida por la diosa fortuna, resplandecía de alegría.

Así, la beldad, dejándose conducir cada vez con mayor resolución hacia el campo de la ilusión, franqueó las puertas de la intimidad, prescindió de prejuicios e inhibiciones convencionales, y concedió privilegios de larga data a aquella naciente relación. A ese paso, no resultaba aventurado suponer que bien pronto empezasen a planear la fecha de la boda o, lo que habría sido más probable, la de la fuga. Pues, ahora mismo, Agapito musitaba sabe Dios qué embelequerías al oído de Priscila y ésta, como tocada por el hálito de la felicidad, las escuchaba extasiada.

Los presentes, entre quienes se incluían el párroco y los notables del pueblo, miraban con fingida diplomacia la conquista que el nativo del averno consolidaba, deplorando íntima y anticipadamente la pérdida de su linda coterránea, que no había tenido la fortaleza espiritual necesaria para vencer la tentación. Reflexionaban que si al principio le hubiera puesto un “detente” al audaz seductor, difícilmente hubiera caído en las redes tendidas por él. Y temían que de un momento a otro sería conducida en cuerpo y alma a los quintos infiernos sin que nada ni nadie pudiese evitarlo. ¿Acaso alguien de los de allí presentes, o todos en conjunto, lograrían vencer en lucha frontal a un ser infernal que de humano sólo tenía las apariencias? Vaya complicación.

Por los vínculos sentimentales con Priscila, era lógico que Monroy fuera el más preocupado de todos. Cavilaba que de haberse tratado su rival de alguien común y corriente, ya le hubiera hecho morder el polvo en cuanto notara su propensión por la mujer que estaba comprometida con él. Y como para justificar su impotencia sacó a relucir en la memoria las cruentas escenas de conflictos que en los últimos tiempos había tenido con sus paisanos por similar asunto. Recordó que a Rigoberto Fonseca, un mastodonte del rumbo de Agüilla, por la sola culpa de haberle mirado con insolente desparpajo a su novia, por poco le suprime de la demografía en una pelea cuerpo a cuerpo. También tuvo recuerdos para Fausto Noroña y Pedro Avendaño, dos tipos peligrosos debido a la pericia con que manejaban tanto la peinilla como la pistola. Al uno le marcó la mejilla con una cuchillada y al otro le arrancó el brazo de un balazo de escopeta provista de doble calibre, al sorprenderles cuando obsequiaban a la dueña de su corazón con una apasionada serenata. Y tampoco se olvidó de cuando él solo descalabrara a media docena de

*choalenses*, en aquella memorable reyerta originada, desarrollada y concluida en la taberna de doña Rosa Tobar, más conocida por Rosa Ñarusa. Desde luego que en esa ocasión la gresca no había sido por guardar lo suyo sino más bien por apetecer la fruta del cercado ajeno. Mas hora, ¿qué podía hacer?, se preguntaba. ¡Pues nada!, se respondía compungido. Ciertamente, que en esta vez el matasiete de Monroy se había topado con la horma de su zapato.

A la par que lamentaba la inminente pérdida de su novia sufría por la impotencia a la cual se veía sometido. En trance semejante creía que, a pesar de los atenuantes a su favor, en adelante le señalarían como un hombre carente de arrestos e imaginación para defender su propiedad privada, obligándolo al malvado “Gringo” a entrar en razón bien fuese por las buenas o por las malas. Pensó entonces que si le sorprendía por la espalda, empleando el recurso de la llave *Full Nelson*, también conocida como Masterlock, por diablo que fuese su antagonista, jamás tendría la posibilidad de liberarse de ella. Pues, en su larga carrera de pendenciero profesional, esta llave maestra le había concedido inmejorables resultados. Pero al punto se echó atrás, reflexionando que en esta ocasión tendría que vérselas con alguien que, además de estar de vuelta de todo, tenía la facultad de esfumarse en el aire. Y fue cuando, ante la imposibilidad de poder enfrentársele, decidió dirimir el problema por la vía civilizada, aunque para ello tuviese que humillarse frente a todo el mundo. Al fin y al cabo de qué le iba a servir la dignidad si perdía a la reina de sus sueños.

Desechó la copa que desde hacía rato sostenía en la mano, sin decidirse a escanciarla, y abriéndose paso entre las parejas de notables, que simulaban inmersos en una conversación interesante mientras por el ángulo del ojo miraban con

supremo interés a los tórtolos, el imponente señor don Blas Monroy, émulo de Adonis y Hércules a la vez, ablandador de mastodontes, maestro en el oficio de usar la peinilla y la escopeta de doble calibre y objeto de áureos sueños de románticas jovencitas, fue acercándose lentamente al dúo que le estaba causando insufribles quebrantos.

—¡Diantres! Al fin se ha decidido el ofendido novio a pedir satisfacciones al fresco del señor Agapito —dijo Paco García, separándose de su pareja y retrocediendo hasta la orquesta. Por lo visto, temía llevarse un puñetazo perdido como resultas de la inminente bronca.

—Pues era hora ya de que le plantaran cara a este demonio presumido que, gracias al poder de su labia y su dinero, les trae de cabeza a más de una casquivana del pueblo —argumentó un chaval pecoso, que parecía abrigar pique con Agapito, sin dejar de bailar.

—Un momento, un momento. ¿Qué hay de malo en que el “Gringo” sea educado y rico? —interrogó al pecoso su pareja— Estos atributos son virtudes y no defectos.

—¡Van a pelear! —exclamaron todos al unísono, sin cuidarse ya de mirar de frente a Agapito que en ese preciso instante imprimía un sonoro beso en la manita de su flamante y hermosa pareja, llenando sus indigos ojos de tanta belleza.

Los músicos dejaron de tocar, las parejas interrumpieron el baile, los que se limitaban únicamente a libar, cesaron de escanciar copas y botellas en atención al truculento episodio que se avecinaba. Aquí y allá surgieron estridentes alaridos de mujer que herían los oídos y trituraban los nervios.

Pero quienes así vaticinaron se equivocaron de pe a pa. El guapo señor don Blas, situándose a escasa distancia de la oprobiosa pareja, que desde hacía rato se había sentado algo apartada de las demás con el fin poder dialogar con mayor

tranquilidad, dijo a Agapito con apagada voz, pero lo suficiente audible como para que la escuchasen todos:

—Señor Agapito, sabrá usted perdonarme la interrupción. Pero ¿no le parece que es ya suficiente el coloquio que sostiene usted con la señorita Priscila? Pues, para su conocimiento, permítame decirle que esta dama y un servidor nos casaremos el sábado de la próxima semana. Por tanto, le agradeceré a usted que la dejara en paz.

Agapito, como si no le hubiera oído, permanecía silente, embargado por el encanto femenino. Degustaba con inusitada fruición la perfección fascinante que poseía Priscila.

Monroy, que en circunstancias parecidas hubiese estallado de furor, llegando a la agresión verbal o quizá hasta la física, en esta ocasión no tuvo el valor ni siquiera para zaherir con la mirada al hombre que, perdido en el embeleso, se hallaba frente a sí. Y juntando las manos en actitud suplicante, dijo con plañidera voz:

—¡Por lo que usted más quiere, no se interponga entre ni novia y yo!

La decepción de los presentes fue unánime. A nadie le había pasado por la mente que iban a ser testigos de tamaña claudicación de quien esperaban que tuviese la dignidad de lavar con sangre su mancillado honor. Claro que en un lugar donde el amor propio está por arriba de cualquier sacrificio, resulta fácil olvidar el impedimento que presentan las misiones imposibles.

—Señor don Blas —se dejó al fin oír el avernícola, quizá tan sólo con la intención de quitarse de encima al inoportuno—. Créame que me pone usted en un insalvable dilema. Pues, lo que más quiero en la vida es precisamente a su ex novia. Por tanto, ¿cómo podría yo abdicar a la aspiración de verla convertida en mi eterna compañera?

Monroy se vio abatido visiblemente.

—¡Señor Agapito —suplicó, más consternado que antes—, tenga usted un ápice de conmiseración para mí! Le confieso que amo a Priscila con todo el aliento de mi corazón y si llego a perderla me moriré de aflicción. Es ella la luz de mis ojos, el aire que respiro y también la música que con sus notas me acaricia el alma. En definitiva lo es todo para mí. En cambio que para usted, el desprenderse de mi bien amada será tanto como descartar una colilla de cigarro, porque nada le costará reemplazarla con otra mujer mucho más bonita —Priscila dio un respigo, horrorizada con lo que acababa de oír de su ex novio. ¡Nada le hubiera ofendido más que el escuchar al fatuo con quien estuvo a punto de casar, suponer que existiría alguien más bonita que ella! Y como para vengarse del ingrato, se apretujo más a su nuevo galán—. Sin ir más lejos —prosiguió Monroy, sin fijarse en la actitud ofensiva adoptada por la joven—, aquí mismo, entre las damas de esta reunión, no faltan verdaderas flores que harían la delicia del más exigente de los mortales e incluso de los inmortales. De manera que usted no tendría que ir muy lejos para poder cortar dalias, violetas, azucenas, rosas o margaritas.

—Ni pensarlo —escueto Monroy, sin conseguir elaborar un argumento más convincente.

—Pues mire usted señor don Blas —respondió, filosóficamente, Agapito a su desesperado interlocutor—. ¿Por qué tanto afán en tratar de retener a alguien que se va por su propia voluntad? ¿Acaso no ha escuchado usted decir que el que pierde una mujer no sabe lo que gana?

—Ciertamente que no lo había oído hasta ahora —respondió consternado Monroy—. Sin embargo, no concibo la idea de verme abandonado por mi amada. Sobre todo si su

defección lleva implícita la pérdida de su alma. Pues mire usted señor demonio, a grandes males grandes remedios. Si lo que a usted le interesa es un alma para lucir como trofeo en el infierno, pues sea. ¡Eh aquí la mía a cambio de la mujer que adoro!

Agapito, pese a su buena educación, no pudo contener una sonora carcajada de burla que Monroy la escuchó como si se hubiese tratado de su sentencia de muerte. Y al tiempo que enlazaba con un brazo a Priscila, respondió con absoluta convicción:

—Pero ¡qué se ha creído usted, amigo mío! ¿Pues qué le hace presumir que he de conformarme con un alma diferente a la que ambiciono yo? Además, la de usted, sin que medie transacción alguna y por sus propios méritos, ya figura entre las que irán a ocupar la paila mayor del infierno. Por tanto, le ruego que, en lo sucesivo, no trate de pretender tentarme con lo que usted no posee ni con algo que a mí no me interesa.

Monroy, pálido y yerto como un cadáver, en adelante no se sintió ya con valor para continuar apelando a la bondad de su intransigente rival. Tampoco tuvo ánimo siquiera para retirarse de allí, poniendo fin al deprimente espectáculo que presentaba. Una extraña y poderosa fuerza le inmovilizaba totalmente, semejándole a una estatua. Se hallaba prisionero de sí mismo y su abrumadora situación hacía pensar en el apuro que se habría visto la mujer de Lot al verse convertida en estatua de sal.

—A este paso le va a volver loco al pobre muchacho —dijo conmoviéndose el cura, a los notables que se hallaban libando con él, dispuesto a intermediar en el conflicto—. Debo enfrentarme de una vez por todas a este ángel caído, para recordarle que primero está Dios. Afortunadamente

llevo conmigo el arma con que podré abatir al maligno. Pues ya lo van a ver ustedes como en un instante acabo con él.

Nadie dudó de la promesa del párroco, ya que le conocían como un hombre de barba en pecho y de armas tomar, cualidades éstas que lo justificaban su fama hombre y medio. ¿Acaso en más de una ocasión no había dado muestras de vigor y fiereza al enfrentarse solo a la caterva de liberales o, a los impíos granjeros que se negaban a pagar los diezmos y primicias a la iglesia? Y el religioso, mientras se acercaba al caballero del averno con cara de pocos amigos, hurgaba acucioso una bolsa de la sotana.

—Debe llevar con él una pistola con balas de plata —opinó en alta voz uno de los notables, que había leído alguna vez cierta novela de vampiros—. Es lo único que surte efecto con los seres infernales.

—Que va —profirió otro, que en la vida había leído, pero que creía a pie juntillas en las anécdotas que el sacerdote difundía desde el púlpito—. Estoy seguro de que lo combatiré con el auxilio de exorcismos. ¡Qué mejor arma que ésta!

Agapito, ignorando la presencia del angustiado Monroy, disfrutaba quizá del momento más dulce de lo que iba en compañía de la bella Priscila. La tenía enlazada con ambos brazos y la mejilla de ella pegada a la suya. Por ello no se percató de la trayectoria que había tomado el sacerdote, para acercársele con la iracundia de un toro bravío, y sólo se dio por enterado cuando éste le presentó a quemarropa un pequeño crucifijo plateado al tiempo que empezó por decirle:

—Don Agapito Irlanda, o como se llame usted en realidad, que para el caso es éste un detalle irrelevante. ¡En nombre de Dios, nuestro señor, le...!

—Gracias padre —le interrumpió el demonio al aguerrido sacerdote, mientras que con un veloz movimiento de la ma-

no se apoderaba del crucifijo—. Pues créamelo usted, padre, que agradezco en lo que vale tan hermoso presente —y mostrando sonriente a todos el objeto sagrado, añadió—: Eh aquí, señores míos, el primer obsequio de bodas que recibo, el cual, por venir de un sacerdote, tiene para mí mayor significado que si proviniese de un simple seglar. Lo luciré orgulloso en adelante —y, sacando un alfiler no sé de dónde, lo prendió al pecho.

—¡Oh!... El demonio va a estallar —dijo Paco García, aterrado, mientras se ocultaba tras una mesa, para evitar el fogonazo—. La cruz obrará en él como una carga de dinamita a la cual se le ha prendido la mecha.

—Y es posible que con él vuele en pedazos toda la casa —respondió uno de los notables, buscando refugio de igual forma.

—Pronto se convertirá esto en un volcán —previno el músico mayor, dirigiéndose a sus compañeros—. Debemos evacuar el lugar antes de que sea demasiado tarde. Ante todo, hay que poner a buen recaudo los instrumentos. Compadre Tenorio, tenga usted cuidado con el arpa, que, como usted lo sabe, apenas la semana pasada fue adquirida y, lo que es más, hace falta un montón de plata para terminar de pagarla. ¡Rápido, rápido, muchachos, cuidado con la tambora!

Pero nada sucedió. Agapito, manteniéndose tranquilo y seguro de sí, volvió a enlazar en sus brazos a Priscila, en busca de mitigar la irresistible sed de amor con el dulce licor de sus labios.

El experimentado sacerdote, que se había valido siempre del poder de la palabra o de la fuerza física para zanjar conflictos de cualquier orden, visiblemente desconcertado por la actitud atípica de quien debió poner pies en polvorosa en

cuanto viera la cruz, no sabía qué hacer ni qué decir en aquel momento tan crucial en la salvaguarda de su rebaño. Increíblemente, le dominaba una ominosa incapacidad de acción, que no le permitía mover un solo músculo y, en consecuencia, tampoco la lengua. Sin embargo, se hallaba mentalmente indemne y podía elaborar ideas que, debido a la difícil circunstancia que atravesaba, le servían de poco para devolverle la tranquilidad. Meditaba en que a los ojos de su parroquia, la derrota de Satanás y el rescate de la oveja descarriada hubiesen certificado que el poder de Dios se hallaba decididamente por encima de todo. Mas ahora, como resultado de tamaño fracaso, temía que los malvados liberales, que últimamente crecían como los hongos en los sitios umbríos, tendrían ya el argumento propicio para cebarse en los dividendos de la propagación del ateísmo. Y le veía ya al “Masón” González, que se proclamaba librepensador, incitando al pueblo a oponerse a los mandamientos de la santa madre iglesia. La desesperación del religioso era tal que al no lograr dominar la situación con el auxilio de Dios, hubiese pactado incluso con el mismo diablo para defender la convicción religiosa de sus intereses. No obstante, como el querer no es poder, con la facultad de acción anulada por aquella extraña fuerza emanada de Satanás —que él no quería reconocer que era de miedo—, se mantenía inmóvil y silente a escasa distancia de Monroy. Ahora eran dos las personas transformadas en efigies de la inmovilidad, en represalia de haber osado importunar un acto de extrema seriedad como lo es un coloquio de carácter sentimental.

Habiendo fracasado las personas más idóneas de la concurrencia en su intento de restablecer el orden, convenciéndole al diablo a soltar su presa, ya nadie más pretendió intermediar en un asunto que, bien mirado, concernía únicamente a

la mujer que tácitamente se había declarado sierva de Satanás. Lo que ellos decidieran no era de la incumbencia de nadie o, al menos, era eso lo que se imaginaban quienes se habían replegado a sus propios intereses imbuidos de aquella helvética política que consiste en vivir y dejar vivir. Pero el desarrollo de los acontecimientos hubo de confirmar que mientras transcurre el tiempo todo puede suceder.

Cuando daban todos por sentado que el diablo había salido con la suya, apropiándose de la flor más galana del “Balcón de los Andes”, increíblemente, una dama que hasta entonces se había mantenido lejos de la reunión, apareciendo en escena con los movimientos calculados de una gata al acecho, se le acercó decidida a hacerse escuchar. Era ésta de endeble apariencia y no retenía ya un ápice de ese envidiable tesoro de la juventud llamado lozanía, no obstante que la vejez apenas había empezado su labor perniciosa con ella. Estaba claro que la vida le había sido poco condescendiente y nada halagüeña. Pero esto era lo de menos. Lo que realmente impresionaba era su ofensiva fealdad. En su faz marchita, que había sentido sus reales un rictus simiesco, tenían vida propia e independiente dos enormes y redondos ojos como los de un camaleón, cuyas miradas tatuaban el alma de desazón. La nariz, larga y afilada, se precipitaba hacia unos labios escuálidos y tensos, plasmados con perverso designio. Flanqueando este rostro de pesadilla, una cabellera pardusca y deslustrada, semejante al plumaje de un gallinazo, caía sobre sus hombros y espalda en hirsutos flecos. Además, era delgada en extremo, vestía de azul eléctrico del cuello a los pies, se llamaba Sabina e, increíblemente, era la madre de Priscila.

Caminando lentamente, más que nada para disimular la molesta renguera de la pierna derecha, porque últimamente

se le había aparecido el reuma en una vieja y casi olvidada luxación del tobillo, se plantó ante los felices enamorados que, ajenos a todo lo que no tuviese que ver directamente con ellos, hacían planes concernientes a su enlace conyugal. Sabina no los interrumpió y más bien se dio tiempo para oírlos, esbozando una grosera mueca que pretendía pasar por sonrisa. Era, pues, obvio que el contenido de aquella plática le agradaba en grado superlativo, ya que lo escuchaba como si se hubiera tratado de música celestial. Por este detalle se adivinaba que tal proyecto nupcial gozaba de su beneplácito y que el diálogo que entablaría con el futuro esposo de su hija no sería más que de mero trámite.

Fue entonces cuando Agapito la descubrió, situada casi en sus narices y bañándole el rostro en su rancio aliento, auscultándole con la mirada. Y la reacción del pobre diablo fue digna de clemencia.

Empalideciéndose súbitamente, al punto de parecer un cadáver, lanzó un alarido que hendió el ámbito y aterró de espanto a la concurrencia, al tiempo que con un movimiento reflejo, accionado por un instinto de conservación, deshizo el abrazo con que aprisionaba a Priscila y se echó violentamente hacia atrás, cubriéndose los ojos con las manos. Pero, incapaz de poder dominar el miedo, no pudo permanecer separado de su novia más que por una fracción de segundo y, aterrado como un niño de pecho, se prendió de ella con inusitada ansiedad. “¡Oh..., qué nos lleva el demonio!”, balbució Agapito entre jadeos de pánico, olvidándose que él mismo era el demonio. Y sólo cuando la joven, a pesar de su extrañeza y confusión por aquella actitud infantil, consiguió calmarle en algo, asegurándole que nada fuera de lo normal sucedía, empezó a columbrar la realidad.

—¿Amor mío —inquirió Priscila, dubitativa, mientras le acariciaba mimosa la frente—, es que tú no eres realmente el demonio? ¡No irás a salirme ahora con que eres sólo un impostor! Créemelo, amor mío, que no podría yo soportar una desilusión de esa magnitud.

—Pues claro que lo soy, reina mía —respondió el aludido, algo calmado pero sin retirar su rostro del pecho de Priscila—. Jamás en mi larga existencia me he permitido la vileza de hacerme pasar por lo que no soy. ¿Acaso no te parece una prueba valedera de mi autenticidad el haberlos congelado en el tiempo al maleante de Monroy y al besugo del sacerdote? Pues míralos y convendrás conmigo que parecen dos estatuas de piedra a merced de la intemperie —y levantando el rostro apenas unas pulgadas, añadió—: Lo que realmente sucedió fue que no pude evitar el tremendo susto al descubrir de pronto al abominable ser que lo tengo delante, mirándome como si pretendiera devorarme con sus pavorosos ojos.

Priscila, aunque acusó el golpe por aquella desconsiderada alusión, dio por admisible la respuesta de su amado.

—Vamos. Pero, a pesar de todo, ¡qué timorato eres, amor mío! —le sonrió con indulgencia—. Lo que acabas de ver no se trata de monstruo alguno. Pues, para tu información, diré que la persona aquí presente y a quien te refieres con inusitado descomedimiento lo es nada más ni nada menos que mi querida y santa madre, que se niega a separarse de mí ni siquiera por un instante. En otras palabras, amor mío, se trata nada menos que de tu futura madre política.

—¡Cómo! —se sobresaltó nuevamente Agapito, probando a mirar de reojo al aludido personaje, como si temiese que ni siquiera la protección del regazo de su amada pudiera garantizar su seguridad en un encuentro frontal con semejante

engendro— ¿Tu madre? ¡Diantres! ¿O sea mi futura suegra? Pero nunca me dijiste que tuvieras madre y mucho menos que fuera tan antiestética.

—Pues todo el mundo tiene madre, ¿no? Y yo no podía ser la excepción. En cuando a tu calificativo de “antiestética”, te aseguro que no siempre fue así —empujándole con suavidad, le exhortó—: Vamos. Incorpórate. Salúdala. Es necesario que te congracies con ella.

Azarado y a más no poder, Agapito se enderezó y trató de esbozar una sonrisa, sin saber aún cuál sería el siguiente paso que debía dar para sortear aquella embarazosa situación. La pavorosa fealdad de la mujer que tenía frente a sí, le sobrecogía hasta hacerle tiritar. Pero, oportunamente, Sabina no le permitió continuar devanándose los sesos en busca de una salida plausible.

—¡Oh! Señor don Agapito... ¿O debo llamarle príncipe de las tinieblas? —profirió untuoso aquel esperpento, acentuando la mueca que ni de lejos podía parecer una sonrisa— Pues me disgustaría nombrarle con un denominativo que deje de lado la noble prosapia de usted para designarle con algo corriente. En todo caso ya me lo dirá lo que mejor le agrade. En cuanto a lo que a mí concierne, permítame usted decirle que mi gracia es: Sabina Felicia Asunción María del Carmen Rodríguez viuda de Uribe, aunque todos me llaman sencillamente “Sabia”. Un diminutivo que, por obvias razones, deja contentos tanto a los demás como a mí. Y respecto a mi apelativo por afinidad, debo advertirle que éste nada tiene que ver con los Uribe de esta humilde localidad sino que proviene de una ilustre familia, de este apellido, asentada desde tiempos inmemoriales en el departamento colombiano de Antioquia. Pero, vea usted, príncipe mío, ¡cómo a veces suceden las cosas! Pues, un día entre los días, siendo

yo apenas una adolescente y coincidiendo con mi elección a reina del festival de la Alegría, se presenta de repente un caballero de claro acento colombiano y, deslumbrado por mi belleza, se prenda de mí. Y como todo hay que decir, también para mí, verle y amarle fue una sola cosa. Nuestro noviazgo no fue largo ni tenía por qué serlo. Pues, al siguiente día de habernos conocido, contrajimos matrimonio, concitando el interés de mis coterráneos, quienes jamás habían visto boda más galana. En referencia de mí, decían a mi flamante esposo: “*Hombre afortunado, pues has desposado a la misma Venus*”.

Agapito sufrió otro sobresalto aún mayor que el anterior, esta vez de indignación. Dirigiéndose a Priscila, inquirió maravillado:

—Pero ¿qué es lo que dice esta aberración de la naturaleza? ¿Qué le han comparado con la misma Venus? ¿Es una broma o trata, acaso, de tomarme el pelo?

Priscila torció levemente el gesto, mostrando a las claras que la descortesía de Agapito para referirse al comentario de su madre, no había podido asimilar. En cambio Sabina (o “Sabia”), manifestando poseer sensibilidad impermeable, ni se mosqueó. Sin alterar su sonrisa (o mueca) glosó con tonillo de adulo:

—Vaya. Pero que gracioso es el señor príncipe. Créame usted que celebro su óptima predisposición de ánimo, cualidad que prolonga y endulza la existencia. Pues se diría que es ella la verdadera fuente de la juventud. Su buen humor, señor príncipe, me recuerda al de mi difunto esposo, el padre de Priscilita, que lo tomaba todo a broma. La vida misma se le antojaba una broma, ostentosa e intrincada en sí, pero no por ello dejaba de parecerle una broma. Y nada le hacía reír más que el pensar en la muerte. Decía que los muertos jamás

estaban muertos y que sólo se fingían muertos. Sin embargo, la belleza, por cierto la de las mujeres bellas, era lo único que le parecía auténtico y real, un excelso don que congregaba en sí todo lo bueno. Y modestia aparte, por este don personificado en mí, mi extinto cónyuge me amaba fogosamente.

Agapito, pese a ser un tipo curtido en las más intrincadas añagazas y, por tanto, un experto en no dejarse impresionar por las más hábiles imposturas, no atinaba a columbrar si la mujer ironizaba, se burlaba de él o le agradaba que la insultase. En todo caso, no sabía a qué atenerse. No obstante, en esta ocasión, por razones de diplomacia, hubiese querido ser condescendiente con su futura madre política. Mas, su pun-donor de diablo de bien, no le permitía recurrir al paliativo de mentiras piadosas ni mucho menos soslayar aquella flagrante tergiversación de la verdad, una verdad que hacía falta estar ciego para no advertirla. Además, Dios sabe porque extraña circunstancia (¿acaso de carácter atávico?), la fealdad de una mujer, más que la cruz y el agua bendita, obraba en él como un invulnerable repelente satánico al cual no podía enfrentárselo sin que la agonía se le abatiese como consecuencia de sus nocivos efectos.

—Es increíble —dijo Agapito, abrumado por la incertidumbre y disparando un repulsivo vistazo a Sabina—. No me lo explico como un monstruo de esta naturaleza pudo haber concebido un ser de inefable belleza como tú, reina mía. Lo propio de ella hubiera sido que albergara en su seno un alacrán o una iguana. Sinceramente no me lo explico.

Sabina, como si nada hubiese oído, se mantenía impertérrita. Sus ojos de reptil continuaban hospedando aquella alucinante sonrisa. En cambio en Priscila, las despectivas pala-

bras de su novio obraron cual dolorosas puñaladas asestadas en el corazón. Al borde le las lágrimas, exclamó:

—Amor mío, te imploro indulgencia para mi idolatrada madre, a quien, si bien ahora no se la puede comparar con una lozana rosa, apenas ayer fue una beldad. Cuanto no me habría gustado que la conocieras entonces.

—¡Oh!, reina mía, creo que empiezo a entender el problema que atañe a tu señora madre —profirió Agapito, recordando la tranquilidad y casi tan feliz como antes de conocer a Sabina—. Pues, de acuerdo con tu aserto, ¿puedo inferir que la fealdad de ella es de reciente data? ¡Oh! Pero ¿qué infortunado suceso le ha ocurrido? ¿Fue, acaso, arrollada por una aplanadora o se le vino encima un aeroplano para que su belleza se hubiera extinguido así de pronto? ¿Qué infortunio ha sido el responsable de semejante descalabro?

—Nada de eso, príncipe mío —intervino Sabina, para ilustrar un asunto que le competía a ella más que a nadie—, en mi vida jamás he sufrido accidente ninguno, no sea por la torcedura de tobillo que sufrí en un baile que se dio en cierta ocasión en casa de los Duque. Pues el único responsable del deterioro de mi belleza no ha sido otro que el tiempo, ese ignominioso ladrón que roba lo mejor de tu imagen cuando menos lo esperas. Sin embargo, debo decir en honor a la verdad que este taimado y hábil caco no procedió a arrebatar toda mi belleza de súbito y en el mismo lapso. Primero fue el brillo de la mirada que desapareció de la noche a la mañana como por arte de magia, quedando mis ojos como dos soles en permanente eclipse. En adelante, el poeta Bermel ya no se inspiraría en ellos para componer los poemas de amor que tanto placer me despertaran. Luego dio cuenta con la delicia frutal y apetecible de mi boca, remplazando mis labios sensuales y carnosos por dos marchitos pétalos arranca-

dos por el vendaval. Luego perdí la tersura de la piel, se me hundieron las mejillas, se me agigantaron los ojos, se me aguzó la nariz y una fragilidad extrema dio cuenta de toda mi anatomía. Sin embargo, príncipe mío, a pesar de esta calamidad, expresada en una prematura y nada clemente pérdida de mis encantos, nunca perdí la alegría de vivir. Cada minuto que se acumula en mi existencia, es acogido con profunda satisfacción y lo disfruto como si se tratara del último. Por lo demás, no he sido yo la única de la familia en enfrentar el deterioro precoz de la estética, pues todas mis antecesoras se enfrentaron a similar experiencia. Mi madre perdió la belleza en cuanto tuvo su primer hijo. La tía Rosalía, hermosa cual ninguna cuando joven. ¡Qué cálida la inflexión de su voz! ¡Qué dulce su mirada! ¡Qué deliciosa su roja boca de manzana! Mas apenas transcurrida la luna de miel, se volvió una arpía que trituraba los nervios con sus graznidos y a quien costaba trabajo soportar su presencia. En cuanto a mi abuela, ¡oh, mi buena abuela!, no obstante su magnánimo corazón que no deseaba sino el bienestar común, el mirarla constituía un castigo para la vista.

—¡Caramba! De modo que esta anomalía obedece a una especie de tara hereditaria —vociferó Agapito, perdiendo de súbito la compostura y separándose con igual presteza de su novia.

Parado ahora frente a ésta, pero de manera que pudiera también ver a Sabina, se puso a examinarlas a las dos, mirándolas de hito en hito ora a una ora a otra. A todas luces, el encanto se había roto. De pronto, volviéndose hacia los presentes, preguntó con una sonrisa forzada y sin entusiasmo, como si previera que la potencial respuesta iba a ser adversa a la perspectiva que se había forjado.

—Señores, aquí presentes, ¿alguien de ustedes puede aseverar lo dicho por la señora Sabina con respecto a que alguna vez fuera ella una mujer hermosa?

Nadie respondió. El temor de que la pregunta del demonio llevara implícita alguna trampa cuya consecuencia no fuera distinta a la corrida por el sacerdote y Monroy, les ataba la lengua. Agapito, sin entender el silencio de un auditorio que hasta unos minutos antes parecía gozar desgañitándose, insistió en su petición. Mas sus inquiridos daban la impresión de que les hubieran cerrado la boca a calicanto. Supuso entonces que si no querían responderle sería porque no deseaban perjudicar el prestigio de Sabina con una declaración que diera al traste con el jactancioso aserto de ella. En otras circunstancias le habría importado poco o nada validar o anular un informe, ya que conocía de sobra que no todo lo que se dice en la vida está libre de falsedad, si no que le preguntasen a él mismo. Pero esta vez, en contra de su consuetudinaria indolencia, le urgía conocer la neta verdad acerca de lo afirmado por la antecesora de Priscila, porque dependía de ella el rumbo que en lo posterior diera a sus acciones. En consecuencia, debía dilucidarla, por renuentes a hablar que se mostrasen sus compañeros de jarana. Claro que, apelando a la paciencia terminarían por ceder, quién podía dudarlo. No obstante, la perspectiva de aquella enojosa espera le hacía lamentar que, mientras estuviese en goce de vacaciones, sus poderes diabólicos fueran limitados. Deploraba que en mala hora para él, una nueva ley instituida en su reino, imponía a sus súbditos, en goce de vacaciones tanto en su propio país como fuera de él, la obligación de renunciar a sus poderes sobrenaturales (sus armas), reteniéndolos únicamente los indispensables para deambular sin peligro. Algo así como sucede con nuestros militares cuando se hallan fuera

de servicio, pues, la pistola, el fusil y las granadas los dejan en el cuartel. Caso contrario, le hubiese resultado fácil el poder leer los pensamientos más recónditos de todos y cada uno de los presentes sin tener que recurrir a la tediosa opción de esperar su voluntad para conocerlos.

Agapito, viéndose limitado en la proyección y el alcance de sus acciones, se puso de mal humor. Era lo justo en un diablo a quien le habían apartado, aunque fuese temporalmente, de casi toda su potestad mefistofélica, conjunto de aptitudes que le representaba un arsenal ilimitado de portentosos recursos tanto ofensivos como defensivos. Perdió la paciencia y con ella la medida.

—Si acaso les importa malquistarse conmigo —profirió, matizando la voz con iracunda inflexión y precipitándose al centro del salón, exactamente tras las estatuas humanas— debéis responder a mi pregunta. Caso contrario, vuestra falta de cortesía la tomaré como un inexcusable agravio no sólo a mi persona sino también, lo que es peor, a las leyes ágrafas de hospitalidad que gozan de vigencia universal. ¡Ay de ustedes, insensatos, vuestra tozudez a negarse a proferir unas cuantas palabras aquí y ahora será castigada en el Más Allá con un tormento terrible que les hará aullar de dolor eternamente! ¿Lo han comprendido lo que les será el coste por mantenerse en sus trece?

Sin embargo, a pesar de semejante amenaza que en otras circunstancias les habría hecho aullar de miedo a los circundantes, estos continuaron silentes, desde luego no por mero capricho. Pero Agapito, incitado por la ira, que no le dejaba razonar con prudencia, se hallaba lejos de columbrar que la causa de tal actitud no era otra que la desatada por el temor, la cual se manifiesta en las más diversas reacciones. Se olvidaba que él mismo, apenas un rato antes, había estado a pun-

to de sufrir un síncope por el pavor que se llevó al ver de repente a la madre de Priscila. Y volvió a ratificar la amenaza, poniendo en ella mayor énfasis.

—Y bien, si acaso abrigan duda alguna de lo que les sucederá en cuanto dejen este mundo —dijo, arrugando el ceño—, pues ahora mismo me ocuparé de hacer constar a todos ustedes en la lista de futuros huéspedes del averno.

Enseguida, ante la admiración de la concurrencia que iba de asombro en asombro, levantando una mano extrajo del aire papel y pluma, dispuesto a cumplir con su amenaza. Sin embargo, no pudo escribir de inmediato, ya que, sin duda debido a la premura, no había podido materializar también un tintero, elemento indispensable para representar las palabras con letras en papel.

—Alguien de ustedes puede suministrarme un tintero —inquirió, perentorio, a los circundantes. Tampoco le respondió nadie, permaneciendo todos encogidos por el miedo. No obstante, se miraban entre sí, preguntándose si acaso Agapito se había vuelto loco para formular una petición tan fuera de lógica. Suponían que a nadie en su cabal juicio se le hubiera ocurrido pensar que alguien acudiría a una fiesta provisto de tal adminículo.

Desde luego que en este caso lo lógico sería ilógico desde el punto de vista de quien, con sólo formular un ensalmo, obtuviese cuanto quisiera. Por tanto, lo que en realidad ocurría con el avernícola era que no se hallaba plenamente informado de las limitaciones del ser humano en el sentido de que para éste el querer no tiene más peso que el de una simple aspiración. Esto hacía pensar que era un novato en conocimientos que engloban el potencial humano. Tal vez su visita al Balcón de los Andes era su primer viaje, a la tierra, en goce de vacaciones y al margen de la rigidez observada

en misiones específicas que había de cumplirlas con exactitud y en la brevedad posible, sin la posibilidad de poder explorar la naturaleza humana.

—Por lo visto, nadie desea colaborar conmigo —musitó Agapito para sí—. Pero, en tanto haya personas vivas, el proveerme de tinta no será problema.

Girando hacia el inanimado sacerdote, que ahora lo tenía de espaldas, procedió con él igual que lo habría hecho con un escritorio. Extendió sobre sus espaldas el pliego de papel que había extraído del aire y, hundiéndole la pluma en el cogote, obtuvo sangre suficiente para usarla como tinta. Lo cierto era que Agapito, cuando le sacaban de sus casillas, no se andaba con chiquitas.

—A ver usted, el caballero de los aladares plateados —aludió a cierto hombre entrado en años, de aspecto desencajado, cadavérico y sienes encanecidas, que se hallaba cerca de la orquesta—. Voy a empezar por usted. Dígame su nombre y apelativo completos, como también la fecha exacta de nacimiento, lugar de procedencia, estado civil, ocupación y vicios de dominio público y ocultos. Sobre todo, estas últimas perversiones, quiero saberlas con todos sus detalles.

Los concurrentes, sintiendo incrementarse el miedo que les tenía atada la lengua hasta alcanzar la más sobrecogedora angustia, emitieron un gemido desgarrador y unánime, similar al de un perro que se ha enredado en la alambrada. El terror de tener que revelar públicamente sus vicios subterráneos, conscientes de la implacable maledicencia de sus co-terráneos, les aterraba más que la posibilidad de perder el alma. Que después de muertos les esperase las calderas del infierno, con ser una perspectiva nada halagüeña, no les aterraba tanto. Al fin y al cabo ninguno de sus actuales y pérfidos vecinos estaría presente para solazarse con sus alaridos.

La gran verdad era que, como se suele decir en materia de secretos abominables, todos ellos guardaban esqueletos en sus armarios, que, de airearlos, explotarían con la potencia de un volcán. Hubieran querido huir, esconderse, conseguir que se les tragase la tierra, con el fin de continuar aparentando inmaculada conducta a la comunidad, pero tenían los pies soldados al suelo. Sin poder moverse de allí, miraban cada vez más despavoridos al iracundo demonio, que últimamente lo tenía el rostro teñido de rojo infierno.

—Estoy dispuesto a responder sus preguntas, señor don Agapito —profirió el hombre de los aladares plateados, visiblemente nervioso, esperanzado de curarse en sano—. Pues créame usted que yo no tengo porqué retener la información solicitada, que además la conoce la comunidad entera.

El demonio, como si no le hubiese oído, exigió colérico:

—¿Está usted sordo? Le he pedido con absoluta claridad que me diga su nombre y demás señas.

—Perdón, perdón —exclamó atropelladamente el aludido—. A eso iba, precisamente. Para servirle a su merced, me llamo Bermel...

—¡Un momento! —le atajó Agapito, intrigado y distendiendo el gesto a la vez, pues acababa de recordar que Sabina había mentado un nombre así para referirse a un supuesto admirador suyo que hasta le había compuesto poemas, e intuyó que podía tratarse de la misma persona— ¿Es usted, acaso, el poetastro..., digo, el poeta local?

Al aludido se le redondearon los ojos de pura satisfacción, ya que, desde una época que se perdía en las brumas del olvido, sus paisanos habían dejado de considerarlo como tal. Cuando joven y bien parecido, sus composiciones a la belleza o al sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa, habían sido admiradas y alabadas en la comarca

entera. Entonces gozo del afecto popular, fue el invitado imprescindible de todo festejo y, lo que más le importaba, era el galán predilecto de las damas soñadoras. Luego su estrella fue paulatinamente dejando de resplandecer hasta que a la sazón casi nadie recordaba que el Balcón de los Andes había tenido su época de gloria, cuando la musa de la poesía lírica cantara por boca de Bermel. Bardo iluminado, daba la sensación de que Érato hubiera dejado temporalmente su morada del Monte Parnaso, donde al caer la tarde se reunía con las demás las musas y las ninfas para bailar y cantar acompañadas de Apolo y su lira, y la célebre fuente Castalia, rodeada de un bosquecillo de laureles consagrados al mismo dios, para instalarse aquí con la misión de imbuirle personalmente aquel singular y eficaz estímulo que le hacía producir espontáneamente y sin esfuerzo las más deliciosas odas. Mas el don recibido antaño de la deidad ya no volvería a agraciarse, pues, al perder la gallardía, había perdido también la magia de la inspiración.

—Sí, príncipe mío, ciertamente, se trata de la misma persona —declaró Sabina con premura, inmiscuyéndose en la conversación cuando Bermel abría ya la boca para responder—. Aunque desde hace mucho tiempo dejase él de fijarse en mí, cómo podría yo olvidarme de sus poemas sugestionados precisamente en mi belleza. Sobre todo éste:

*Hacia la diáfana luz  
que irradiaba tu mirada,  
desde su morada gris  
voló mi alma apasionada...*

Agapito, volviéndose aún más rojo, vociferó:

—Pero, señora, ¿quién le ha preguntado a usted nada? Deje que el poeta hable con plena libertad. Quiero escucharle.

Bermel, como todo vate relegado al olvido, que al fin tiene la oportunidad de encontrar a alguien con la suficiente paciencia para escucharle, no pudo ni quiso desaprovechar semejante ocasión de poder recitar sus versos. Y prosiguiendo con el texto de la poesía donde le habían interrumpido a su pretérito objeto de inspiración, declamo complacido:

*Buscaba hallar en tu vida  
la dicha que ambicionaba.  
Mas el fuego de mi amor  
abrazó la frágil fuente  
que dimanada esa luz.*

—Diantres —volvió a vociferar Agapito, que literalmente echaba chispas— Pero ¿qué pretende usted, acaso burlarse de mí? Comprenda que a mí me interesa muy poco el enterarme de sus manías. Aténgase estrictamente a las preguntas por mí formuladas o lo va a lamentar mucho antes de lo que usted se imagina.

—Pero señor don Agapito, créame que mi intención no ha sido jamás la de burlarme de usted —respondió Bermel, esbozando un ridículo gesto de inquietud—. ¡Para cometer tal cosa haría falta estar loco! Simplemente me refería con eufonía a mi peor vicio conocido, el cual se inscribe en los detalles de mi filiación que usted mismo ordenara decírsela. Efectivamente, el mirar las cosas desde un particularismo punto de vista, revestidas de belleza e idealidad, para describirlas poéticamente, ha sido en mí un hábito compulsivo, más que una cualidad un atributo egocéntrico por el cual he despreciado lo trivial y lo corriente con que casi la totalidad del conglomerado humano evalúa el contenido de la naturaleza.

El avernícola bajó ostensiblemente el grado de color de su rostro y hasta se diría que bosquejó una tenue sonrisa. Era obvio que la borrasca de irritación se le empezaba a disipar.

—Sí, sí, tiene usted razón —admitió—. Lo reconozco palmariamente que su elucidación es coherente con la disposición emanada de mí. Créame que por obvios motivos, la indignación había hecho presa de mí y, en consecuencia, pude haberme extralimitado en la forma de exponer mi criterio, regido por un impulso tanto violento como efímero. Un lapso que, como a todos, ocurre a menudo conmigo. Lo siento de veras. Por lo demás, ¿qué ganaba yo con meterme en vidas ajenas (la concurrencia exhaló un suspiro de alivio) si mi función no es ni lo será la de inquisidor o detective? Que otros debidamente capacitados en ese quehacer lo lleven a cabo si lo vieren necesario.

La concurrencia, desprendida de pronto de la mordaza impuesta por el terror, profirió vivas y alabanzas a quien les había tenido amedrentados, e íntimamente se congratulaba el haber salido bien librados de semejante trance, sin tener que confesar públicamente sus picardías. Uno de los asistentes, que estaba lejos de pertenecer al privilegiado grupo de notables; regordete, barbirrojo, chato y parlanchín, llamado Gaspar Terán y también conocido en la población (en sentido jocoso se entiende), como el *Imán de las damas*, pronunció un apoteósico y lisonjero discurso en honor del avernícola, el cual hacía alarde de la decidida contribución satánica en pro de la felicidad de la humanidad, que hizo resplandecer de complacencia al aludido.

Todo hacía pensar que el festejo continuaría como antes de haberse producido el conflicto. Los músicos retomaron los instrumentos, las parejas se lanzaron hacia la pista de baile, Gaspar Terán volvió a ejercer su quehacer favorito, Sabina

se preparaba para continuar dando lata y la preciosa Priscila, que ensayaba las más seductoras poses y sonrisas para cautivar a su devoto enamorado. Bermel, asumiendo con resignación más que con descontento la realidad de que ya nadie le prestaba atención para que pudiese recordarles que un día había sido él un protegido de Érato, se disponía a retirarse al sitio en que menos estorbase con su presencia, cuando escuchó la voz perentoria de Agapito. Desde luego que también la escucharon todos.

—Amigo Bermel —dijo Agapito, con suave entonación como en los mejores momentos—, si alguna vez se le ocurrió a usted dedicar un poema a doña Sabina, pues dígame usted sinceramente, ¿cuál fue el atributo de ella en que hubo de inspirarse?

—Pues el de su belleza, claro está —respondió el poeta con naturalidad—. Sólo la belleza es capaz de infundir en mí deleite espiritual.

Ante ésta sencilla declaración Agapito, como si hubiera recibido un golpe contundente en el estómago, se estremeció de pies a cabeza, y por primera vez se lo vio palidecer. Sin embargo, su interés por el diálogo continuó.

—¿Lo está seguro? —inquirió con un hilo de voz.

—Sí —fue la sucinta respuesta de su inquirido.

—¿Qué me dicen ustedes? —se dirigió en general a los demás presentes— ¿Es verdad lo que afirma el poeta?

—Sí —fue la unánime respuesta.

—Eso ya me lo temía —suspiro el interpelante, hundiéndose en la decepción—. Pues bien, señores míos, ¿alguien de ustedes a escuchado el refrán que reza: “Si quieres saber cómo se verá una joven mujer cuando sea vieja, tan sólo tienes que mirar a su madre?”

—Sí, por cierto —profirió Gaspar Terán—. Lo he escuchado muchas veces y, gracias a su sabia enseñanza, me he evitado, también muchas veces, la desgracia de comprometerme con una sirena que más temprano que tarde terminaría indefectiblemente mutándose en un bagre.

—¡Gracias a Usted! —sonrió Agapito al mujeriego sujeto y, dirigiéndose a la linda y encantadora Priscila, ahora más enamorada de él que nunca, agregó—: Querida, lamentablemente para ti, tu actual pero efímera belleza no la considero recompensa suficiente como para asumir el sacrificio de tener que cargar el resto de mi existencia con un camaleón del tipo de tu señora madre. Sin embargo, te sugiero que en lo posterior, en vez de pretender cazar un marido, a quien arrebatar sus ilusiones con la decepción, vayas buscando plaza en un circo que se dedique exclusivamente a la exhibición de personajes espeluznantes.

A la pobre muchacha, como se suele decir, se le caía la cara de vergüenza. Dejó caer la copa de coñac que venía sosteniendo en la mano, provocando un estruendo insólito en el expectante silencio que se había abatido nuevamente sobre el recinto, como efecto del temblor general que le acometía. No podía asimilar con serenidad un menosprecio tal ante los detractores gratuitos de la comunidad y de Blas Monroy, hasta esa misma tarde su novio oficial, que pese a la inmovilidad que le dominaba daba la sensación de entender cuanto se desarrollaba a su alrededor. Al borde de la desesperación, con una lágrima humedeciendo las pestañas, apeló a la sensibilidad del ingrato la pronta retractación de la decisión tomada.

—Pero cómo puedes despreciarme, amor mío, cuando aún perdura en mis labios el fuego abrasador del último beso que me diste, cuando todavía no se ha extinguido de mis oídos la

melodía sublime de tu promesa de amor eterno y cuando acabas de instalarme en un trono de ilusiones —mirándole con inmensurable tristeza le tomó la mano—. Recapacita, amor mío, en lo felices que seríamos amándonos mutuamente sin sombras ni temores ulteriores. Tú siempre enamorado de mi belleza y yo dichosa de agradarte. Ten la seguridad de que yo sabré alimentar constantemente el fuego de nuestro amor y, amándonos intensamente, una posible alteración en la estética, jamás podrá alterar el rumbo de nuestra mutua felicidad, porque la belleza está realmente en los ojos de quien la mira.

—Ciertamente que lo dicen así, pero yo no quiero correr riesgos —arguyo Agapito, sin dar el brazo a torcer—. En cuanto a lo nuestro, todo ha terminado.

Se desprendió de las manos de Priscila que las tenía sujetas a las suyas y se apartó hacia donde se hallaban el poeta Bermel y Gaspar Terán con ánimo de dialogar, las pocas frases intercambiadas con ellos les había dado la impresión de ser personas avisadas de quienes podía obtener algún provecho para ir rodando por el mundo sin verse a menudo en aprietos por falta de iniciación.

Acababa de juntarse con las antedichas personas cuando, precedida del rumor de pasos acelerados, se le acercó Sabina. Venía tan fea como siempre, pero con el agravante de la zozobra pintado en su rostro.

—Príncipe mío —dijo, intentando tomar al avernícola por un brazo que él no la consintió—. Pero cómo se puede entender que por temor a un potencial peligro de que Priscilita llegase algún día a perder la belleza, la felicidad tanto suya como de ella se echase a rodar por tierra. Pues, tenga usted la seguridad de que ella jamás dejará de ser una mujer guapa y tremendamente atractiva. Y bueno, en caso de que tal cosa

ocurriese, la ciencia actual, tan prolífera en inventos y descubrimientos en lo que tiene que ver con la cirugía plástica, estética y reparadora, con una sencilla intervención la dejaría tan hermosa como antes. Vamos. Pero, ¿acaso usted no lee la prensa? (Agapito asintió, con un leve movimiento vertical de la cabeza) Claro, me hallaba segura de que usted se mantenía siempre bien informado de los acontecimientos importantes. Entonces estará usted al corriente respecto de los recursos estéticos y cosméticos a los cuales recurre la diva María Félix para mantenerse siempre hermosa. Al fin la ciencia sirve para algo útil, ¿no le parece? Pues bien, dentro de poco tiempo no habrá ya mujeres feas mientras haya maridos ricos.

Agapito la escuchaba con el semblante tenso, pero sin decir nada. Quizá pensaba en que los avances de la ciencia en dirección de la piadosa misión de contrarrestar ese terrible mal que padece parte de la humanidad, sobre todo cuando las personas envejecen, definida como fealdad. Pero, como lo había dicho él mismo, no quería correr riesgos, cuyas consecuencias habría de lamentarlas indefinidamente. Dejó para una ocasión más a propósito la conversación que pensaba tener con el poeta y el pícaro de Gaspar Terán y decidió irse de allí. Pero antes tuvo la delicadeza de restituir la facultad de movimiento a las estatuas humanas con la simple operación de tincarles en las orejas.

En cuanto a Priscila, la hermosa y voluble joven, sin poder resistir por más tiempo las insidiosas miradas de sus conciudadanos, optó también por abandonar la reunión, seguida de cerca por su madre, que ahora cojeaba más que de costumbre.

Blas Monroy, luego de haber sufrido semejante experiencia, se mostraba azarado y nada hizo por impedir la retirada

de la ingrata. Es más, ni siquiera la prestó atención. Y en lo que respecta al cura, desdeñoso consuetudinario y amigo de mirar por encima del hombro a los demás, parecía ahora un balón desinflado.

Pese a las inconveniencias conocidas, una vez superadas estas, la fiesta prosiguió con alegría incontenible, prolongándose hasta el amanecer.

Al día siguiente del onomástico de Monroy, Agapito, como si nada hubiera ocurrido en la víspera, apareció por el poblado tan tranquilo y elegante como de costumbre. Saludaba afablemente con todos y, con quienes había hecho de alguna manera carrera en el campo de la amistad, hasta bromeaba jocosamente. Se decía también que, habiéndose encontrado casualmente con Monroy, le había congratulado a éste por su futuro enlace matrimonial con Priscila, que pese al comportamiento nada edificante de ella seguía en pie. En referencia de aquel acto de cortesía, más tarde diría Bermel, que jamás orador alguno hubiera exaltado al amor con más pasión y elocuencia como lo hiciera Agapito. Aseguraba que para moldear una disertación de tal magnificencia hacía falta estar no sólo bien avenido con las musas sino también en conocimiento de un lenguaje único, el cual, con la magia de su melódica dicción, creara las formas auditivas más deliciosas. Ciertamente que el bardo no exageraba su valoración acerca del sortilegio que producía en el oyente las expresiones formuladas, con subliminal eufonía, por el ilustre forastero, ya que el señor don Blas, para quien el menosprecio a los demás había sido hasta entonces su deporte favorito, en delante se constituiría en adicto de aquél. No había franquicia, serenata o verbena en que no se les viera juntos. Tal era el grado de amistad entre los dos que, a propósito de ello, se rumoraba que Agapito habría aceptado gustoso ser el pa-

drino del primer hijo de Monroy y Priscila, no obstante que estos no se habían casado todavía.

Con el transcurso de los días, otros pobladores harían también buenas migas con Agapito. Entre ellos figuraban el donjuán local y el patético vate, ambos con soterrados propósitos que buscaban beneficiar a sus particulares intereses. El primero, gracias a la sabiduría y la magnificencia de su flamante amigo, consiguió renovar tanto el recetario arcaico de filtros de amor y pócimas mágicas como el obsoleto instructivo de seducción que desde hacía rato demandaban a gritos ser actualizados. Una herramienta que obraría verdaderos milagros en poder de aquel coleccionista de novias, que, en honor a la verdad, era un maestro en el arte de embaucar y que nunca conoció una sola decepción en el crecido número de sus devotas. Bien por él.

En tanto que el segundo de los oportunistas, con su orgullo de poeta herido, por haber caído injusta y prematuramente en el olvido, le propuso a Agapito comprársela el alma por un precio módico, pero bastante como para poder sufragar la edición de una antología de sus poemas, en un libro que le inmortalizara. El pobre de Bermel, resignado y estoico, que durante la segunda mitad de su existencia había permanecido relegado a la indiferencia incluso de quienes otrora se hubieran extasiado con su lira, sin que le pareciese importarle, de pronto sintió pavor que su nombre muriese también con él. Desde unos días antes, exactamente desde el onomástico de Monroy, se le había ido perfilándose la audaz idea de efectuar una transacción con el demonio, que consistiera en cederle el alma a cambio de un puñado de sucres que le permitiera poner en ejecución su más caro sueño. No estaba seguro de que la oferta fuera demasiado tentadora, pero lo que él apetecía por ella tampoco era demasiado.

No se sabe si la transacción se efectuó o, por el contrario, debido a una imprevista dificultad surgida en el trámite, se frustrara ésta. Al respecto creo yo, que si el acuerdo no se dio no habría sido por culpa de Agapito, que era un tipo avenible, magnánimo y todo un caballero. Mas lo cierto es que Bermel jamás llegó a publicar su poemario.

Sin embargo, no pocos de mis paisanos concedían demasiado crédito a su almibarada actitud, ya que temían que ocultara nefastos propósitos que podrían ponerse en marcha en un momento determinado. “*No prendas mechero al diablo, que mal paga a sus devotos*”, decían, seguros de que tal apotegma se encuadraba en la verdad. Para justificar tamaña inquina tomaban como ejemplo las peripecias, efectivamente nada agradables, vividas por el señor don Blas, precisamente el día de su onomástico. Tal vez sus temores fueran fundados, aunque de donde yo sé, aquí nadie salió perjudicado debido a la permanencia más o menos larga de Agapito Irlanda, el turista llegado de allende las tinieblas. Pero como sucede en las relaciones de amistad, de parentesco, amorosas, comerciales, etc., no siempre reina la armonía. Algo no marcha del todo bien en su complicado engranaje y esa anomalía será a menudo pábulo de discrepancia.

No obstante, pese a mi apreciación imparcial respecto al sujeto en cuestión, de vez en cuando me asalta la incertidumbre de que éste, tan cortés y carismático como él solo, ¿no habría sido un hábil explorador, con la misión de establecer aquí una cabeza de playa para la incursión masiva de seres infernales realmente abominables? Pues, aunque no quisiera arribar a conclusiones equivocadas, no puedo dejar de preguntarme ¿por qué entonces a raíz de la visita del avernícola, se produjo de repente la aparición de una serie de personajes manejados por fuerzas oscuras? Elementos infer-

nales de muy mala reputación: aparecidos, trasgos, fantasmas, espectros y duendes, hombres lobo, pájaros de fuego, voladoras, güillanguilles, se dieron cita aquí para demostrar cual más la pericia que tenía en su oficio.

Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer nomás lo duro que representó esta época para la población, ya que sus moradores temían un casual encuentro con estos diabólicos personajes tan pronto como agonizara el día. Mientras la noche cubría el cielo con sus negras alas, las calles y los caminos reales se volvían desiertos y los accesos de las casas cerrados a calicanto en prevención de algún evento funesto. Pues ejemplos no faltaban de sucesos tremebundos en los que se vieron envueltos ciudadanos nada prudentes que, haciendo caso omiso de la advertencia de evitar deambular por la noche, en provocativa actitud, echaban a errar por descampado o dejaban las puertas de su morada sin correr el cerrojo.

¡A poco un terrible demonio necrófilo, bajo la apariencia de una mujer hermosa, había tomado el “Balcón de los Andes” como su coto de caza!

## **GUAYRAPAMUSKA**

(EL HOMBRE QUE LO TRAJÓ EL VIENTO)

## PRIMERA PARTE

Este relato que describe las peripecias de un singular viajero en el tiempo y en el espacio, no pertenece al género del legendario mito, como tampoco lo es una fábula con intención didáctica que manifiesta una moraleja final. Pues, sencillamente, se trata de una historia en el estricto sentido de la expresión. Un inusitado suceso que, pese a la enorme importancia que representara, su noticia jamás trascendió fuera del ámbito donde acaeció. Primero, debido a que sus testigos, humildes y pávidos labriegos, no querían atraer la maledicencia de los moradores de villorrios y poblados vecinos que los hubieran acusado de haber sido escogidos por Lucifer para albergar a uno de sus subordinados, sin duda con la consigna de incrementar con ellos la demografía del averno. Segundo, porque, luego de los primeros momentos de expectativa creada por la intempestiva aparición del extraño visitante, se acostumbraron a él, que, por cierto, les inspirara más que temor curiosidad y risa. Dos premisas de mediano peso para un silogismo razonable: el absoluto y sepulcral silencio.

Esta historia me la contó mi abuelo cuando apenas era yo un niño, afirmándome que lo había sido testigo. No obstante el tiempo transcurrido, lo recuerdo, palabra por palabra, todo su contenido, narrado con esa circunspección y cautela con que los viejos de otrora solían hacer cuando de confiar un secreto de añosa data se trataba.

—Verás hijo mío —empezó mi abuelo, decidiéndose al fin a revelarme uno de sus bien guardados recuerdos de cuando niño a su vez, que tantas veces se había negado a contármelo, aduciendo que a él mismo lo parecía irreal—, hay ocasiones en que advienen sucesos de insólito carácter que desa-

fían las leyes físicas y la lógica. Ante sus manifestaciones los sabios se muestran sordos y silentes, la religión especula con ellos y los explota en su propio beneficio, atribuyéndolos de origen diabólico, y la gente común y corriente, casi siempre de ignara condición, no tiene otra opción que la de someterse al dictamen anclado en la superstición.

“Pero no voy a extenderme aquí en circunloquios que, además de escapar a tu limitada comprensión de infante prorrogan el momento de mi prometida exposición –cargó su pipa con abundante tabaco, se retrepó en su sillón, invitó a sentarme frente a él, advirtiéndome que le concediera total atención, y retomó la palabra–. Todo ocurrió durante los meses de agosto y septiembre de 1906, o sea el mismo año en que acaeciera la guerra del Chasqui, una cruenta lucha que ocasionó cientos de muertos y heridos en ambos bandos contendientes, compuesto el uno por las “Montoneras de Alfaro” y, el otro, por las huestes leales al Presidente Lisardo García. Por aquel entonces, nuestra corta familia, compuesta únicamente de mi padre y yo, vivíamos en la circunscripción de Tanicuchí, más exactamente en Río Blanco, caserío ubicado a sólo tres kilómetros de Chasqui. Por entonces mi padre, emigrante y aún sin que pudiera encontrar en la ciudad un cargo digno de sus conocimientos académicos, hubo de conformarse con el de maestro de primera enseñanza, contratado por los notables locales, hacendados en su mayoría.

“Morábamos junto a la escuela, en una casita compuesta únicamente de dos piezas, situada a la orilla de la plaza y a sólo unos minutos del riachuelo del cual había tomado su nombre la aldea y que también lo proveía de agua fresca y clara. Sin embargo, muchos de los pobladores preferían, en especial para beber, la del Cutuchi, que contiene minerales u

otras sustancias disueltas que alteran su sabor y le dan un valor terapéutico. Este río, en oposición al Río Blanco, que discurre discretamente por el Este, fluye por el Oeste entre alegres murmullos que embelesan a los bañistas que, por lo regular, visitan su balneario durante las mañanas. El grato cosquilleo que siente uno al ser acariciado por su agua mineral lo es por cierto una delicia, una sensación que va de mano de la diosa Felicidad. Al respecto se comenta que el General Eloy Alfaro, que casualmente pasaba cerca de aquellas termas, no quiso continuar la marcha hacia el combate sin antes no haberse dado un prologado chapuzón en ellas. El gran hombre conocía sobradamente de las virtudes de aquella bienhechora linfa.

“Sin embargo, aunque la guerra había quedado a seis meses largos de distancia y Alfaro se había consolidado en el Poder, el miedo, la zozobra y la inseguridad eran calamidades imperantes aquí. Nadie se aventuraba solo por los extramuros durante la noche e incluso a la luz del día si deseaba continuar en el mundo de los vivos. Bandas de forajidos, formadas por desertores del ejército vencido, ahora lejos de sus lares y perseguidos por la Ley, y demás gentuza que habían decidido pescar a río revuelto, merodeaban los caminos reales, cayendo como aves de rapiña sobre los inermes viajeros. También las aldeas aisladas, pese a contar por lo regular con número respetable de hombres, que eventualmente hubieran podido fungir en sus defensores, eran a menudo devastadas sin que nadie opusiera resistencia. La impunidad campeaba por todas partes. Y en lo que a nuestro idílico caserío concierne, la fama de ser un reducto liberal, imponía algún respeto a los facinerosos a la hora de perpetrar sus desmanes. Los ricos patrimonios, comprendidos en latifundios, de los caciques Donoso, Ramos, Plaza y Lasso, lo ro-

deaban por los cuatro costados como las murallas de una prisión. Es necesario aclarar que los personajes citados ostentaban membrete liberal y hacían gala de su alto rango militar.

“Las consecuencias de una guerra, por breve que fuese, se hacen sentir a corto plazo bajo el signo del hambre, el miedo y la desconfianza en los lugares que fueron teatro de los enfrentamientos. Los componentes alimenticios escasean tanto por falta de producción local como por el alto precio que alcanzan los importados. El recelo de sus hombres, temerosos de una eventual incorporación a las fuerzas armadas, que les obliga a mantenerse escondidos o a emigrar, es su principal causa. Y como en nuestro villorrio no podía ser la excepción, padecíamos por la carencia de víveres, que nos obligaba a apretar cada vez más el cinturón y a nutrirnos del recuerdo de los días de abundancia. Sumándose a esta calamidad, que nos condenaba a la inanición, advino otra para hurtar la luz que ilumina el horizonte de la esperanza. Pues, la naturaleza, quizá en represalia de la lucha fratricida que acababa de ocurrir, no dejó de manifestar su disgusto. La desolación que ofrecían los campos de labrantío convertidos ahora en eriales como resultado del verano más cruel que se tenga noticia, dio cuenta con la música que anima el ritmo de la vida. Por tanto, con el vigor del ánimo en su nivel más bajo, parecía que nada podía ser capaz de anclarnos a la piadosa esperanza.

“Aquel nefasto mes de agosto, superando en mucho la expectativa, se había iniciado con abrasadoras canículas emparejadas a vientos huracanados que levantaban gigantescos torbellinos y arrasaban con cuanto obstáculo hallaran en su desenfrenada carrera, cebándose especialmente con las techumbres de las casas cuando no con éstas mismas. Los

bosques de eucaliptos, que hoy pueblan frondosos los campos de aquel sector y que hubiesen podido mitigar los embates de Eolo, aún estaban por nacer. A la sazón, salvo los raquíuticos capulíes y los agaves, con sus fantasmales pencos, ninguna planta perenne de tronco grueso y elevado, cubría la llanada barrida por el soplo destructor. Y pese a esta situación de hambre y desolación, la escuelita, regentaba por mi padre, cerró jamás sus puertas. Sus alumnos, aun en su aspecto de zombies, encontraban fuerzas para asistir a clase.

“Ciertamente, la sola vista de los enclenques chiquillos recordaba las leyendas tejidas acerca de aquellos desdichados que se les supone muertos y que han sido reanimados por arte de brujería, con el fin de dominar su voluntad. También las tenebrosas quimeras contadas sobre las almas en pena de los caídos en la reciente guerra contribuían a incrementar tan funesta impresión. Se decía que, durante la noche, era cuando los soldados fenecidos, burlando la quietud de la muerte, abandonaban sus sepulcros para deambular la llanada y los caminos reales entre suspiros y gemidos de dolor. Afirmaban que se podía ver claramente las heridas aún sangrantes, causadas por los disparos y las bayonetas.

“Y fue un jueves pasado el mediodía, cuando sobrevino aquel enigmático suceso, cuyo recuerdo lo llevo incrustado en la memoria sin que pudiera retirarlo jamás. Normalmente, las remembranzas de acontecimientos grandes o pequeños que hubieran rozado mi existencia, se han debilitado y perdido paulatinamente su consistencia absorbidas por el tiempo. Pero la que tuviera origen en el evento de aquel lejano jueves a mediodía, sin que supiera yo cómo, se ha negado a batirse en retirada, manteniéndose siempre incólume al rigor de las vicisitudes. En conclusión, ha sido un desafío mental al cual he sido impotente de vencerlo.

“Pese a que durante la mañana había galopado el viento entre rugidos y nubes de polvo, al llegar el meridiano le sucedió una calma absoluta. Ahora reinaba una quietud que, abrasada por el sol canicular, se volvía cada vez más pesada y asfixiante. Ventajosamente, dentro de poco tiempo no íbamos a notar sus estragos. Nos encontrábamos los alumnos (también yo figuraba en su grupo), en estricta formación, en el patio del plantel educativo, que era la misma plaza del caserío, dispuestos a ingresar a las aulas. Mi padre, como era su costumbre, de pie junto a la puerta, se mantenía atento del comportamiento de todos y cada uno de sus discípulos. Pero en esta ocasión, en vez de precautelar el ordenado y silencioso ingreso al “templo del saber”, como él lo denominaba a la escuela, nos distrajo con una exclamación de alarma que perentoriamente nos obligó a romper filas.

“—¡Eh! Muchachos, miren hacia allí —expresó visiblemente alterado, indicándonos con la mano el extremo opuesto de la plaza—. ¡Qué cosa tan extraña!

“Como movidos por un mismo resorte, todos los niños giramos la cabeza a la vez, para averiguar lo que acaecía a nuestras espaldas. Al comienzo yo no descubrí nada extraordinario, al menos en lo que ateniéndome a la fantasía podía esperar: “*¡Una niña de largos cabellos de oro cabalgando un unicornio, o un dragón cornudo echando fuego por las narices!*”, por ejemplo. Pero de pronto lo vi con sorpresa y exactitud lo que todos veían. Girando sobre sí mismo, como es propio del comportamiento de los remolinos de viento, se nos iba acercando lentamente uno de estos fenómenos meteorológicos de las características más curiosas. Pues, pese a desplazarse mediante giros vertiginosos, no levantaba del suelo el menor asomo de polvo ni una brizna de nada. Tampoco rozaba su improvisado camino ni producía ruido al

desplazarse. Semejante a un largo tubo de superficie tenue y regular, parecía estar formado por humo o vapor. Su diámetro no rebasaría los tres metros mientras que su enorme longitud que se confundía con el azur del infinito.

“—¡Cuidado! —volvió a dejarse oír el maestro, delatando en la inflexión de su voz, el pavor que empezaba a sentirlo—. ¡Puede ser peligroso! Debemos protegernos. Adentro todos.

“Cual manada de corderos perseguidos por una jauría de canes furiosos, nos precipitamos todos al interior de la escuela. Mas una vez dentro del inmueble, a nadie se le ocurrió buscar el lugar más recóndito para protegerse. Por el contrario, todos, incluyendo mi padre, nos agolpamos a las ventanas que tenían vista a la plaza. La curiosidad podía más que precaución.

“Al amparo de aquella sombra de protección, logramos ver maravillados el torbellino deteniéndose en el centro de la explanada. Y, como si en él se hubiese abierto una puerta invisible, salió un hombre, caminando lentamente y casi a tientas, como si se hallase deslumbrado por la claridad meridiana. Por su parte el remolino, en cuanto dejara salir a su “pasajero”, como si hubiera recibido un tirón desde arriba, se retrajo al cielo. Una forma de esfumarse más fugaz, imposible.

“No recuerdo con precisión cuál de estas últimas escenas me impresionó más, el hombre que acababa de salir del torbellino o la insólita forma de retirarse éste. Sólo recuerdo que, luego de un débil y efímero susto, que me mantuvo en silencio, no podía sustraerme al deseo de saber lo que realmente había ocurrido. Acercándome a mi padre que, pálido y ansioso como la mayoría de sus alumnos, se halla mirando al desconocido a través de los cristales de la ventana, le inquirí dubitativo:

“—Se trataba de un aeroplano y el hombre que se apeó de él es su aviador, ¿verdad papá?

“El aludido se limitó simplemente a mirarme en silencio, no sé si debido a mi absurda pregunta, ya que mediante ilustraciones conocía yo perfectamente esa clase de vehículos que acaban de ser inventados en el extranjero, o porque el mismo dudaba de lo que hubiera visto y no quisiera emitir un juicio sin sustento. De inmediato se olvidó de mí y fijó su atención en el sujeto que había sido conjeturado por mí como aeronauta, quien continuaba caminando con dificultad, en nuestra dirección, guiado sin duda por el rumor producido por nosotros.

“—Pero, ¡qué tonterías acabas de expresar, Fernando! —se dejó escuchar Bernardo, un chiquillo que me tenía ojeriza—. Verás, lo que acabamos de ver no era sino un automóvil, que en Quito para nadie es novedad, ya que estos bichos abundan allí tanto como las moscas aquí.

“—Los automóviles se desplazan sobre ruedas y no aparecen y desaparecen de repente —repliqué con la seguridad de quien dice lo que conoce—. Además, no poseen la forma de un torbellino.

“—Pero ¿quién asegura que a estas horas no se haya inventado ya automóviles con las características de un torbellino? —no quiso Bernardo dar el brazo a torcer.

“—Tal cosa es un absurdo, como todo lo tú pronuncias —terció Florencio Donoso, que a su vez tenía ojeriza hacia Bernardo—. A mi parecer no cabe duda de que fuera un tren, pues mi padre me ha contado que esa máquina corre como el viento.

“—Pero si el tren ni siquiera llega a Ambato —le recordó Simón Castro—. Además, para moverse necesita de raíles. ¿Aquello no te ha contado tu papá?

“—¡Basta de proferir tonterías! —intervino con autoridad el maestro—. Pues, ¿no han visto ustedes que no se trataba sino de un torbellino de los que proliferan en esta época seca?

“Y, sin duda considerando que el hombre llevado allí por el remolino no parecía peligroso y que más bien requería de ayuda, fue a su encuentro. Su intervención fue oportuna. Pues, cuando el citado personaje, inclinándose como un árbol que ha sido cercenado en la base de su tronco, se hallaba a punto de medir el suelo con su cuerpo, lo sostuvo y, luego, pasando uno de los brazos de éste por sus hombros, lo condujo hasta el interior de la escuela.

“Muchos de los pobladores que también habían presenciado el desarrollo del extraño acontecimiento, movidos por la curiosidad, ingresaron en tropel detrás del profesor. Manifestando no poco temor, trataban de prevenirle de lo riesgoso que podía ser el conservarse cerca de un *guayrapamushka*, es decir, hijo del viento o traído por él, en lengua quechua. En esa zona, por aquel entonces territorio de haciendas y, en consecuencia, con una alta proporción de quechua hablantes en su demografía, era inevitable que el lenguaje coloquial castellano no fuera mezclado con expresiones indígenas. Esta particularidad oral, no depende de la educación o el nivel sociocultural del hablante, sino que cualquier hablante, en las circunstancias que favorecen la asociación de factores, lo utiliza.

“Lo acostaron desfallecido sobre un banco y esperaron su reacción mientras el corro no cesaba de preguntarse en voz baja, como temerosos de despertarlo: “¿Quién será el *guayrapamushka*? ¿Será nada más que un mestizo o un blanquito de aquellos que te miran por encima del hombro? ¿Será un enviado del maligno o él mismo en persona? ¿De dónde habrá venido? ¿Vendrá de lejos, vendrá de cerca? ¿Cuánto

*tiempo habrá permanecido viajando en el huracán?...*” Un sinfín de preguntas motivadas por el temor inspirado por la insondable condición del desconocido. A poco, en tanto que yacía en el improvisado lecho era examinado atentamente por los presentes inmediatos, que no dejaron en él sitio por explorar. Miraron detenidamente su pálido y delgado rostro que apenas apuntaba el bozo y determinaron que se trataba de un adolescente. Descubrieron que tenía los ojos verdes y el cabello castaño claro y decidieron que pertenecía a la raza blanca. El buen paño y excelente confección del traje (aunque de un estilo nada convencional) y la camisa de seda que llevaba puesto les aclaró que el hombre en cuestión provenía de una familia acomodada y refinada, probablemente urbana. Según el criterio de los lugareños, de la forma menos convencional, el caserío contaba ahora con un huésped de alta categoría, que bien podía ser hijo de un banquero o de un ministro de Estado. Se preguntaban dubitativos si, a la postre, aquello les iba a redundar beneficioso o, por lo contrario, de alguna manera perjudicial.

“De pronto, don Calixto Mena –un ex oficial de las huestes de Alfaro que acababa de licenciarse y de volver al terruño–, que desde el principio de la inopinada reunión se había preocupado más que los demás en escudriñar al yacente, habiéndose fijado en los zapatos que éste llevaba puesto, sin perder tiempo, dio la voz de alarma, sobresaltándonos a todos.

“–Lleva los zapatos más extraños que se haya visto –atronó escandalizado el sujeto en tanto indicaba los objetos aludidos–. Apenas le cubren el empeine y el talón y su suela parece estar elaborada en fino cartón. Pues, miren ustedes mismos, lo delgada que es.

“Todos los examinaron con grande interés mientras movían la cabeza de arriba a abajo dando a entender que la alarma de don Calixto no podía ser más justificada.

“—De seguro que con ellos no se podría ir por caminos abruptos o siquiera caminar sobre grava —opinó Clemente Acuña, un vivaracho seminarista que en época de vacaciones disfrutaba con lucir su sotana en Río Blanco, su solar nativo—. Parecen tan frágiles como si estuvieran confeccionados para una delicada señorita. Digo, si desde luego la hipotética dama usara calzado de este material y diseño.

## SEGUNDA PARTE

—¡Oh, abuelo! —exclamé sin entender cómo la gente de entonces podía haberse alarmado por nimiedades como esa—. Pero calzado como el que llevara aquel desconocido, por raro que pareciese, no debía extrañar a nadie. Pues supongo que aun en esa época las personas iban vestidas de acuerdo a su gusto o capricho, ¿no?”

Mi ilustre ascendiente me miró moviendo lentamente su venerable testa de izquierda a derecha o viceversa (pues se me escapa este detalle), dando a entender qué me equivocaba. Cargó parsimoniosamente de tabaco su pipa, volviendo a darle fuego y, tras contemplar por unos instantes, a través de los cristales de la ventana, el Guagua Pichincha que se cortaba colosal en el azur del cielo, reanudó la narración.

—Definitivamente no —exclamó con énfasis mientras yo, ansioso de conocer el final de tan insólita historia, no me atrevía a mover un solo músculo—. En aquella época las costumbres ancestrales valían tanto como la Religión y la Ley y se las acataba en un marco de estricta sumisión. Vulnerarlas,

introduciéndolas exógenas modalidades, no significaba otra cosa que un repudiable acto de profanación a la ética y la tradición. Y los responsables de tamaña herejía debían responder no sólo a la ley moral, que debe ser acatada voluntariamente y apartada del interés personal, sino también a la civil e, incluso, a la penal. Pues, si bien las costumbres de antaño surgían, como en todos los tiempos, por el modo habitual de obrar o proceder establecido por tradición o por la repetición de los mismos actos, poseían la fuerza capital de precepto inquebrantable.

“Luego de esta digresión necesaria para ilustrar el modo habitual de proceder en aquella época, debo aclarar que a don Calixto Mena no le faltara motivo para haberse alarmado. El encontrarse así de repente con semejante ultraje inferido a una prenda que, como señal de nobleza de quien se sirviese de ella, se había conservado incólume a lo largo de incontables generaciones, le había sacado ipso facto de su consuetudinaria serenidad.

“En efecto, nada de lo edificado por el dilatado tránsito de la tradición, podía ser falseado. En tal contexto, la calidad del género, el diseño, la confección y hasta el color del atuendo en los diferentes estamentos sociales, tanto del hombre urbano como del campesino, jamás sufría variaciones. Por consiguiente, una importante prenda como el zapato, sometido a similares reglas del resto de la indumentaria, no podía ser su excepción. A la sazón, el zapato respondía a un único y parco modelo, diseñado más que nada para una función utilitaria, aunque, como es de suponer, se diferenciaba por su calidad y su precio. Concebido para soportar todo el peso del cuerpo, era elaborado íntegramente en resistente cuero, tratado con arreglo a la necesidad que requería cada lugar de la prenda. Por lo demás, como sucesor de la

bota, cuya vigencia estuviera presente a través de milenios, conservaba algunas de sus primitivas características, aunque en grado atenuado: caña mediana, suela aún gruesa y tacones. Se los denominaba botines y eran usados sin restricción de género ni circunstancia por quienes podían darse el lujo de poder adquirirlos. Sus sucedáneos carentes de caña y de suela delgada, como los que conocemos hoy, aún estaban por inventarse. Por esta razón, un tipo calzado apartado del ortodoxo y además parco en material, le habría parecido a la comunidad de este sector de la serranía, incluso a quienes usaran nada más que alpargatas o simplemente fueran descalzos, una inexcusable falta a la elegancia y una burla a la necesidad de proteger los pies. Pues, al fin y al cabo, habían sido concebidos para este menester. Tan arraigada estuvo esta usanza, que incluso con el advenimiento de la modernidad, que daría al traste con el respeto a las tradiciones y a los viejos conceptos sociales, habría de pasar varias decenas de años para que en la susodicha prenda se introdujera modificaciones.

“Y bien, la alarma desatada por don Calixto en los circunstantes (quienes primero dilataron el cuello para verificar con la vista lo que habían oído y luego lo retrajeron aceleradamente), extendiéndose como un gélido hálito en el reducido espacio del aula, se conmutó de inmediato en una atmósfera de pavor. Horrible sensación que tuvo el poder de congelar los movimientos y de entumecer las lenguas. Tampoco el maestro fue una excepción de valor en la aterrada congregación de curiosos. Destacándose entre los demás, ahora convertidos en sombrías estatuas, se le veía desencajado los ojos, exánime y pálido, como si hubiera perdido hasta la última gota de sangre en un ataque por una bandada de vampiros. Habiendo sido yo apartado de él por un grupo de cu-

riosos que se habían ido situándose delante de mí, me veía imposibilitado de juntarme en momentos tan cruciales. No obstante, desatendiendo el objeto de la novedad que concitaba la atención colectiva, no le perdía de vista. La expresión de inmensurable sorpresa retratada en su rostro, acentuada por la mirada fija proyectada desde el fondo de unos descomunales ojos, me condujo a la angustiosa presunción de que él, mi amado padre, había fenecido de susto. Entonces yo, sin columbrar que una acción violenta podía contribuir al desconcierto general, profiriendo lastimeros gritos, me precipité hacia mi progenitor, derribando a cuanto desprevénido hallara en mi impetuoso paso.

“Pese a la obnubilación generada por la angustia que experimentara, recuerdo con diafanidad que, mediante un violento empujón, conseguí abrirme paso entre una chiquilla, apodada “La Rana”, y Sequeira, un condiscípulo mío, que se encontraban adheridos el uno al otro, como soldados entre sí. Cayeron ambos agredidos, arrastrando en su corto viaje a sus vecinos inmediatos. Luego, buscando filtrarme entre dos moles que, cuando rodaron por el suelo entre ayes y blasfemias, supe que se trataba de don José García y de un mozalbate apellidado Cisneros. Finalmente, cuando había perdido ya casi todo el impulso, choqué contra la mujer del tabernero, matrona voluminosa y de explosivo genio, que asimiló mi investida como si se hubiera tratado la de una mosca. Sin embargo, fue suficiente para encender el furor que lo traía a flor de piel. Pues, volviéndose como una pantera hacia mí, sin pensar dos veces me aplicó un par de hostias, que por fortuna no llegaron hacerme demasiado daño, pero que sirvieron de combustible a mis alaridos, redoblando el nivel de sus decibelios. De pronto la improvisada reunión de volvió un pandemónium.

“Mi padre, habiendo salido bruscamente de su postración, quizá agitado por la batahola creciente, como si despertase de un profundo sueño, notó sorprendido, aunque tardíamente, mi esfuerzo por llegar hasta él. Sin duda ya se había recuperado cuando la mujer del tabernero me ponía sus manos encima, puesto que le miraba a ésta con mal disimulada aversión, pero nada le dijo. Únicamente se limitó a abrirme sus brazos.

“El desdichado incidente por mí provocado, que en otras circunstancias hubiera podido ocasionar serias reacciones, quedó olvidado con la prontitud que se había iniciado. Una preocupación infinitamente mayor le restó total importancia. Pues, cada uno de los presentes, no pensaba sino en conseguir situarse en primera fila frente del desfallecido personaje, quien, sin visos de recuperar sus facultades físicas, continuaba en el sitio que le acostaran. Mas ahora que la inmovilidad y el silencio generales se habían batido en retirada, gracias a mi malhadada intervención, hablaban y gesticulaban todos a la vez, como si quisieran resarcirse de la inactividad verbal perdida. Y fue entonces cuando, descollando por varios decibelios sobre la abrumadora vocinglería, se oyó nuevamente a don Calixto refrescar la alarma con el nuevo descubrimiento que acababa de hacerlo. Observador como él solo y agencioso como pocos, luego de haber puesto de manifiesto los extraños zapatos del desconocido, ahora se había fijado detenidamente en las manos de éste, develando de repente otra flagrante herejía a la tradición.

“—¡Miren ustedes, pero miren, lo que trae puesto en su muñeca izquierda el *guayrapamushka* —clamó entre iracundo y amilanado—, pues nada menos que un reloj de bolsillo! Una delicada máquina para medir el tiempo, diseñada y designada para ser llevada sujeta del ojal del chaleco mediante

una leontina de oro. ¡Qué irreverencia la de este fulano, que no tiene reparo alguno en renegar de los dogmas establecidos por la decencia y las buenas costumbres!

“Haciendo alarde de su valentía, el acucioso explorador, procedió a retirar la aludida prenda de la muñeca del paciente, que se mantenía adherida a ella con el auxilio de dos pequeñas correas unidas entre sí por una hebilla. Y con ello, la contagiosa sensación de miedo a lo desconocido que don Calixto venía siendo receptáculo, extendiéndose a los demás, alcanzó su clímax. Por cierto, hay que convenir que semejante hallazgo tampoco lo era para menos. Porque lo que estábamos viendo parecía enmarcado en la fantasía de un sueño imposible, una quimera producto de una mente afiebrada, que ha perdido la medida con respecto de las aspiraciones que la ciencia pudiera alguna vez otorgar a la humanidad. ¡Oh!... ¡Figúrate hijo mío, que las dichas correas del reloj, que acababa de tomarlas el ex militar Mena, estaban fabricadas nada menos que en cristal, un cristal transparente como el agua y, además, flexible como cinta de algodón!

—¡Oh! Abuelo mío —exclamé admirado de su asombro que se me parecía injustificado—, no me explico la razón de aquel guirigay porque a alguien se le hubiera ocurrido llevar un reloj en la muñeca en vez de hacerlo metido en la bolsa.

—Pues te equivocas, hijo mío. Para la época en que acaeció esta aventura, tal cosa suponía un execrable desacato a dogmas de cumplimiento ineludible, como ya te lo he puesto en antecedentes. A la sazón, el reloj de bolsillo o reloj de faltriquera, elaborado casi siempre en fino oro y piedras preciosas, constituía signo de elegancia y etiqueta y posesión de riquezas, restringido a unos pocos privilegiados. Y, además de representar una cuantiosa fortuna por su valor material,

era motivo de universal veneración, ya que un artilugio que podía medir el tiempo con increíble exactitud, no podía serlo más que de inspiración divina, según unánime criterio. Por tanto, esta magnífica joya no podía ser más venerada que llevándola junto al pecho de su propietario, sobre otra joya denominada Chaleco, cuya inclusión ha sido con la finalidad única de realzar la elegancia de aquella. Esta prenda de vestir sin mandas, que cubre nada más que hasta la cintura, a todas luces, poco apropiada para brindar abrigo, pero que no obstante ha recibido la atención de expertos filigranistas, convirtiéndola en un indumento de lujo insuperable, ha sido creado no para brillar con luz propia sino como un complemento indispensable. Porque estas dos alhajas lucen juntas con mayor intensidad de lo que harían cada una por cuenta propia. Las dos se necesitan mutuamente para fulgurar con la majestad de un claro amanecer. Con toda certeza, sin el invento del reloj de bolsillo nunca se hubiera conocido el chaleco.

“Disgregar esta especie de matrimonio establecido por la tradición y bendecido por el buen gusto no sería sino un atentado a esa célica armonía que funge como esencia de la belleza visual. Con privarle el uno del otro no se conseguiría sino verles languidecer de soledad en medio de un mar de atractivos vacíos e inconsistentes. Eran en fin el uno para el otro. Y de pronto, vulnerando instituciones y reglas de comportamiento ancestrales, se presenta alguien como diciendo, pues miren ustedes de lo soy capaz.

“El presentarse a nosotros con un magnífico reloj de bolsillo en la muñeca de la mano siniestra, extremidad nefasta útil sólo para menesteres que no me atrevo a decir. Y como remate de su osadía, lo traía atado con correíllas de cristal flexible, sin duda provistas por el mismo Satán. Era un tran-

ce que nos ponía los pelos de punta. No me explico cómo hubimos de soportar prueba semejante, a pesar de que sentíamos el pánico encaramado como un mono en el cogote.”

—¡Increíble! —exclamé sin poder reprimir la admiración sentida por lo que acababa de escuchar—. Abuelo, pese a su clara explicación concerniente a las rígidas costumbres que regían aquel tiempo, no puedo explicarme ¿cómo pudo haber provocado tal pavor un evento baladí, como el de llevar un reloj en la muñeca en vez de hacerlo sobre el abdomen, en conjunto con un ostentoso chaleco, y también la presencia de unas simples correas transparentes, fabricadas en material plástico y diseñadas para sujetar el cronómetro a la muñeca?

Mi abuelo, retirando por un instante la churumbela de sus labios, me miró con notoria condescendiente, en vez de mostrarse decepcionado por mi falta de penetración en la esencia de sus glosas. Me dedicó una amplia sonrisa y continuó:

—Por supuesto que también a mí me parece increíble, sobre todo mirado el asunto desde aquí, a más de siete décadas de distancia, y desde la actual perspectiva. Pero hoy no es ayer, cuando se contemplaban las cosas desde puntos de vista diferentes y opuestos a los actuales. El sometimiento a la fe religiosa, la fidelidad a los hábitos ancestrales, el terror a todo que oliese a extraño y la desconfianza a la ciencia era cuanto tenía la gente de entonces para ser felices. Cualquier idea de cambio en las costumbres estaba erradicada de estos pagos, y cuando en el extranjero se introducía alguna modalidad en las usanzas, se descubría o inventaba algo transcendental, tardaba al menos veinte años para qué tuviésemos noticia de aquello. Y fue precisamente lo que ocurrió con la introducción del reloj pulsera. Ésta diminuta máquina de precisión (cuya historia la conocí sólo después de un luengo

lapso de los sucesos descritos aquí) fue inventada en Francia allá por el año de 1914. Al principio no gozó del beneplácito de los caballeros, que lo consideraban de dudoso gusto y propio de mujeres llevar algo en la muñeca. Su popularidad sólo se hizo posible gracias a los pilotos de avión, que precisaban llevar un perfecto control del tiempo en todo instante. Como es de suponer, los relojes de pulsera aparecieron con dos correas ajustables que se colocan en la muñeca para facilitar su lectura. Sin embargo, mientras en los países desarrollados, a finales de la segunda década de este siglo, para nadie consistía novedad el citado adminículo, aquí ni siquiera se tenía noticia de él, ¡salvo nosotros que lo conocimos diez años antes de que fuera inventado, claro está!

“En cuanto a las correíllas, que erróneamente las creíamos elaboradas en *crystal flexible*, un material inexistente hasta el día de hoy, era la conclusión más admisible a la cual pudimos haber llegado. A pesar de que, como todo el mundo, conocíamos de sobra las propiedades del cristal: solidez, dureza, fragilidad, rigidez, transparencia e imposibilidad de poder ser doblado. Y fue precisamente su característica más notable, la transparencia, lo que nos confundió, haciéndonos creer que aquellas correíllas translúcidas y dúctiles podían ser de tal material inexistente. Un material imposible de ser fabricado hasta ahora, pero que el invento de su fórmula ha sido la más acariciada aspiración de los vidrieros de todos los tiempos. Y de pronto, en nuestro aislado y tranquilo villorrio, enclavado en el callejón interandino, aparece un fulano de extravagante catadura, cabalgando un torbellino y trayendo consigo asombrosos artilugios que no podían ser fabricados sino con poderes diabólicos. ¿Era el *guayrapamushka* un mago con poderes diabólicos o, aun peor, el mismo Lucifer en persona?

“Este suceso que hoy invita a la risa, por su cándida reacción frente a la manifestación de un detalle baladí, en su momento tenía la fuerza de una bomba de alto poder explosivo que pudo haber terminado en una tragedia, además de triturar los nervios de los presentes, claro está. Hasta aquella época, los adminículos personales de todo orden, livianos, versátiles y elegantes, como los que conocemos en la actualidad, ni siquiera se había soñado. El costoso y frío metal y la humilde y accesible arcilla, guardando su respectiva categoría, eran los reyes del mundo industrial a toda escala. Pero su hegemonía empezó a debilitarse, tambaleó y terminó por caer con la aparición de un milagroso producto, llamado material plástico.

“Fue en 1919 cuando se produjo el acontecimiento que marcaría la pauta en el desarrollo de los materiales plásticos. Desde entonces el uso del plástico se hizo popular y llegó a sustituir a otros materiales tanto en el ámbito doméstico, como industrial y comercial.

“Por cierto, en un principio aquel insólito acontecimiento, ante el prolongado y caviloso mutismo de mi padre y también debido al escaso acervo cultural de mis cortos años, igual que la gente ignara del lugar, anclé mis conclusiones al cenagoso fondo de la superstición. Atribuyendo lo ocurrido al rey del averno, me sentía liberado de dar vueltas el asunto sin llegar jamás a ninguna deducción válida. Sin embargo, más tarde, gracias a mi adhesión a la lectura, conocí que tanto el reloj de pulsera como sus translúcidas correíllas se habían inventado varios años después de los sucesos que me cupo ser testigo. Así llegué a la convicción de que, debido a alguna causa extraña, se había producido una especie de brecha en la estructura del tiempo, permitiendo que se le escapara el *guayrapamushka*. Increíble, ¿verdad hijo?

## TERCERA PARTE

Asentí la afirmación del padre de mi padre con una leve venia, cuidándome de formularle ninguna pregunta que de algún modo pudiese originar comentarios adicionales que pusiesen en riesgo la prosecución inmediata y escueta del relato de las aventuras del *guayrapamushka*. Cargó una vez más su churumbela con aromado tabaco y, para mi alegría, continuó:

—No obstante la exigua importancia esta historia, “El hombre que lo trajo el viento”, al llegar a este parte demandaba el análisis de ciertos detalles sin lo cual te hubiera resultado difícil comprenderla. Incluso a mí hubiese representado cierta dificultad el referirme a una peripecia lejana sin el soporte de elementos accesorios que contribuyesen al logro de una configuración exacta. Un evento histórico, por sencillo y breve que fuese, además de hallarse anclado sólidamente a puntos determinados en el tiempo y en el espacio, requiere de referencias que refuercen la evidencia de su incidencia y a los que se puede recurrir si aún la incertidumbre persiste. Y ahora volvamos a la escuelita, en aquel lejano jueves a mediodía, para encontrarnos con los pobladores del villorrio concurridos allí, aterrados a causa de los objetos descubiertos por don Calixto Mena en poder del misterioso huésped que, tendido sobre un banco, continuaba desfallecido.

“La nueva alarma desencadenada por don Calixto Mena, como hemos dicho, se derivó en una suerte de pánico difícil de ser desvanecida. La mayoría de los presentes, atónitos, silentes e inmóviles, miraban con ojos agrandados, el objeto acabado de descubrir. Sólo unos cuantos ciudadanos, aunque

inmóviles y estupefactos como los anteriores, pero que no habían perdido del todo la facultad del habla, dejaban oír sus susurrantes voces en son de plegarias y también de tímidos comentarios. “*¡Padre nuestro que estás en el...!*” – musitaban– “*¡Santo cielo, el guayrapamushka tiene que ser un enviado de Belcebú, que espera llevarnos con él...!* ¡*Blanco, catire, alto, guapo, y de ojos que han tomado para sí el color del cielo y del mar, no puede ser un hombre común como Galo, Gonzalo o Bermel!*” “*¡Que caray! Ahora mismo que se halla como dormido, ¿no sería lo mejor quemarlo!*” “*Pero ¡Satanás enviará a otros en su lugar!*” “*¡Quia! Así sabrá el maligno que con los rioblanquenses no van sus tretas.*” “*¡Entonces hay que quemarlo pronto!*”... Eran expresiones del temor que empezaba a exasperarlos, desde luego no engendrado precisamente por don Calixto Mena, que con sus observaciones tremendistas había contribuido apenas a prender la hoguera, sino por el *guayrapamushka* en sí. Suponían los presentes que, ¡un sujeto llevado allí por el viento Dios sabe de qué paraje tenebroso, no podía traer más que incalculables males! Para los ingenuos aldeanos, la perversidad del forastero se hacía patente en detalles de su atuendo y en el irreverente hecho de portar una joya cuasi sagrada, destinada perennemente a un lugar visible y noble, junto a la mano siniestra cual arma letal. Y no abrigan duda de que lo era, ya que además de poseer componentes elaborados en un material imposible de encontrarlo en la tierra, la traía disimulada bajo la manga, como lo estilan los tahúres con las cartas de juego y los asesinos arteros con su arma. Por tanto, temían que nada bueno prometía su presencia cuando, para mayor suspicacia, exhibía un comportamiento propio de quienes han abdicado a la fe cristiana para someterse al dominio de Satán.

“Una vez que de los individuos allí reunidos fuera evaporándose paulatinamente el temor hasta no quedar de él apenas un espinoso recuerdo, se sintieron unánimemente envalentonados. Y, en consecuencia, les volvió el prurito de calzarle alas a la imaginación, gracias a lo cual, empezó un controvertido parlamento que amenazaba con durar hasta las calendas griegas. Todas y cada uno de ellos, exceptuados los pequeños e inexpertos niños, emitían sus opiniones sin que nadie les prestase demasiada atención en aquel atronador guirigay. Pues, mientras uno era del parecer de llevar al desconocido a Tanicuchí, para que fuera entregado al Juez Parroquial; otro consideraba que si bien lo era necesario trasladarle hasta la mencionada población, no era la autoridad civil quien debía resolver este sui generis caso sino el sacerdote de allí, porque el *quayrapamushka* debía ser exorcizado de inmediato; alguien, nada amigo de andarse con rodeos, juzgó que, para evitarse molestias innecesarias, lo aconsejable era sepultarle en el jardín de la escuela ipso facto; alguien más declaró que estaba completamente de acuerdo con la sugerencia de quien le había antecedido en la palabra, pero que primero se le debía cercenar el gaznate... ¡Diantres! Esta batahola, en la cual nadie se ponía de acuerdo con nadie, se prolongaba por excesivo tiempo sin visos de poder llegar a consenso alguno. Sin embargo, una acción inesperada vino a poner fin a aquel galimatías. Pues, la mujer del tabernero, a quien nadie le había visto salir, apareciendo con una jarra de agua en sus manos, arrojó todo su contenido sobre el yacente sujeto, empapándole de pies a cabeza, mientras decía con el poco elegante estilo de quien tiene que vérselas a menudo con fulanos pasados de copas y zutanos de toda laya:

“—¡Vamos pequeño bribón, que es con agua bendita con lo que se da aquí la bienvenida a los emisarios del reino de las tinieblas! Espero que, en lo posterior, no te quede deseo de aventurarte por estos pagos.

“Todos se movieron, cual más diligente, buscando el mejor ángulo de visión para no perder detalle del terrible espectáculo que estaban a punto de presenciar. Desde luego, cuidándose de no ubicarse demasiado junto del sujeto que, de un momento a otro, empezaría a arder como una pira. Se suponía que el agua bendita, habiendo entrado en contacto con el presunto emisario de Lucifer, tendría un efecto tanto fulminante como espeluznante. Historias no faltaban de lo que le ocurría al maligno cuando se le echaba encima agua bendita. Pues, antes de que pudiera decir pio, se inflamaba como la pólvora.

“La expectativa era de ansiedad generalizada. También mi idolatrado padre, hijo ausente de su lejana Galicia, siendo un cultor de las tradiciones y por añadidura un fanático de la mitología cristiana, lo era tan supersticioso como los demás lugareños. Los segundos pasaban con desesperante lentitud, como arrastrándose penosamente, mientras que el sujeto yacente continuaba anclado a su inmovilidad, sin que pareciese haberle causado el mínimo efecto el baño recibido. De pronto se hizo presente la sombra de la duda en las miradas expectantes de la multitud que se veía truncada por la decepción. Y sin duda se preguntaba qué si, acaso, el agua bendita derramada sobre el durmiente no lo había sido tan bendita como se suponía o, quizá, en el lapso transcurrido entre su bendición y la hora de haber sido usada hubiera perdido su fuerza.

“¡Mas de pronto, sobresaltando de susto a los allí congregados, el *guayrapamushka* se levantó con movimientos elás-

ticos! Se sentó, para ser más exacto. Y empezó por mirar su entorno más con curiosidad que sorpresa, como si se hubiera encontrado de pronto en medio de una manada de timoratas liebres presurosa por ganar el monte. Ante una sorpresiva escena muy diferente de la que esperaban ver, todos retrocedieron con celeridad inusitada como si hubieran sido impulsados por la onda expansiva de una bomba de alto poder. Los menos valientes, tan pronto como sus piernas, entumecidas por el renovado terror, les permitieron moverse, optaron por buscar la salida. Apenas unos cuantos ciudadanos en los que se encontraba la mujer del tabernero, habiendo conservado algo de serenidad, fueron acercándose lentamente al desconocido que, a su vez, les miraba con una suave sonrisa pintada en sus ojos. Dirigiéndose a la dama de la jarra pronunció anheloso algo similar a una “o” cerrada y gutural. Y fue lo único que pronunciase durante su permanencia en nuestra aldea, que abarcara casi tres meses. Mi padre, que casualmente se había mantenido allí, musitó lleno de admiración: *¡Increíble! Pues resulta que el chico es francés, o al menos conoce esa lengua. ¡Increíble!* Y dirigiéndose a la tabernera agregó: *“Pide agua. Pues vaya usted a por ella”*.

“La aludida dama, sin emitir comentario, salió presurosa y retornó con el líquido solicitado en menos de lo que tarda un gallo en emitir su sonoro canto. Antes de entregar la jarra al sediento, miró a los circunstantes como si buscase en ellos su aprobación, pero, al encontrarse con un conjunto de rostros de expresión huidiza, la entregó con decisión al destinatario. Éste, tomándolo con premura la vasija, la llevó de inmediato a los labios, sin duda con el propósito de apurarla en unos cuantos sorbos. La tremenda sed que le agobiaba se patentaba claramente en la anhelante respiración, en los ressecos y agrietados labios y en el febril brillo de los ojos. Sin

embargo, toda su vehemencia por libar se desvaneció en cuanto consiguió llevar a la boca el ansiado líquido vital. Mas al punto dibujó en su rostro un rictus de desencanto y seguidamente procedió a devolver la jarra a la mujer. Luego, poniéndose de pie, se acercó a don Calixto Mena, quien conservaba aún en poder suyo los extraños zapatos y el pequeño reloj provisto de correíllas de cristal flexible, los tomó sin resistencia. Se calzó con parsimonia, abrochó con elegancia en su muñeca izquierda el precioso cronómetro y, acercándose a la traslúcida ventana que permitía ver el exterior, se puso a contemplar el panorama.

“El extraño comportamiento del huésped forastero, entendido como tal el acto de repudiar ipso facto el agua solicitada en cuanto intentara beberla, quedó debidamente esclarecida cuando la tabernera, en respuesta de una pregunta directa de mi padre, declaró que había tratado de dar a beber a aquel agua consagrada, la cual, por desgracia, a causa del largo tiempo que había permanecido guardada, se había corrompido. Adujo, como disculpa, que para tratar de obsequiar con semejante brebaje no había tenido otro motivo que el de hallarse segura de que no tenían por huésped a un demonio.

“—El agua, por consagrada que sea, en nada se parece al vino, que mientras más viejo es mejor sabor tiene —comentó mi padre y, dirigiéndose a la obesa mujer, le pidió que le trajera agua fresca.

“Ciertamente, que alguien bajo sospecha de tener negocios satánicos saliese indemne de la prueba del agua bendita, aquí y en todas partes, se reivindica automáticamente ante la sociedad, que se considera pura, limpia y de comportamiento sin dobleces. En adelante lo verán como una oveja más de su redil sujeta a temores y peligros comunes.

“Y bien, al conocerse que nada tenían que temer y que el ex sospechoso se hallaba lejos de personificar una entidad diabólica, la tensión nerviosa descendió totalmente, la tranquilidad volvió a sus cauces normales y los semblantes, alargados por un momento, se iluminaron como una mañana de sol. A partir de entonces a nadie se le ocurrió ver en el *guayrapamushka* más que un desdichado que se había dejado atrapar por la furia del vendaval. Por cierto, al respecto, uno de los ancianos de la localidad, rescatando del espejo fragmentado de la memoria, contaba que en una lejana ocasión había ocurrido algo similar en la población de Toacaso, lugar situado a unos diez kilómetros de allí. Con la diferencia de que, en vez de un hombre, había sido una joven la traída por el viento. Aseguraba que aquella dama, hermosa como la estrella matutina, había sido adoptada como hija por una familia pudiente y sin descendencia radicada allí mismo. Pero, desgraciadamente, el anciano no recordaba cual había sido el fin de la chica.

“Finalmente los curiosos perdieron interés por el *guayrapamushka* y de todo lo que concernía a él, y poco a poco fueron abandonando la escuela. También los alumnos, aprovechando un momento de irresolución que atravesaba su maestro, hicieron lo propio. De un instante a otro quedamos únicamente los tres, el hombre que había llegado cabalgando el viento, mi padre y yo. Aquél, habiendo sido invitado a sentarse junto a nosotros, afrontaba ahora una serie de preguntas formuladas por mi padre en todos los idiomas conocidos por él, sin que obtuviera respuesta alguna del interpeelado, que si bien lo escuchaba con atención permanecía con los labios sellados. Daba la impresión de ser completamente afónico. Entonces mi padre, en vista del fracaso en su intento por conseguir entablar un diálogo formal mediante la ex-

presión oral, optó por el sistema más corriente cuando de intercambiar información con un sordomudo se trata, el lenguaje de la mímica. Pero con este método lo único que consiguió fue hacer sonreír al objeto de su esforzada atención.

“—¡Diantres! Estoy seguro de que el muy bribón entiende perfectamente cuanto digo —expresó con visos de enfado mi padre—, pero se niega a manifestarlo. Porque resulta inconcebible que una persona de su pinta, probablemente de buena cuna y próspero, según su costosa indumentaria y cuanto trae consigo, no contase al menos con una mediana ilustración.

“—Tal vez lo conozca la escritura —dije no muy seguro de que mi padre tomase en cuenta mi intuición—. Hace un instante lo vi interesado en el texto escrito en el pizarrón. Parecía leerlo. En cuanto a la facultad de la audición, no hay duda de que la disfruta intacta. El mínimo sonido producido a su alrededor le atrae la atención.

“—Eso creo —replicó mi interlocutor, levantándose presto para ir a situarse junto al pizarrón.

“Acto seguido, tomando una tiza, fue atiborrarlo de palabras y palabras del más variado significado en diversas lenguas. Mas, con el profundo respeto que profeso a la memoria de mi delecto antecesor, parecía asunto de broma lo que, en su agitación, efectuaba él. Mientras que con una mano graficaba con celeridad representaciones gramaticales en el bruno tablero, con la otra trataba de incitar al extranjero a que se fijara en las frases que no cesaban en renovarse. Pero éste, además de mirarle con curiosidad, no decía pío. Finalmente, exhausto y decepcionado, arrojó la tiza y el borrador y renunció a entablar diálogo con la esfinge, como él lo dio en llamar al inopinado huésped.

“Luego, una vez que se hubo resignado a permanecer silente junto a la “esfinge”, supuso que lo más que podía hacer por el mozo era proporcionarle alimentación y albergue. Pues, al fin y al cabo, era su huésped, con quien tenía deberes sagrados tanto de cortesía como de caridad. ¿Acaso, tras apearse del torbellino, no se había dirigido a él como en busca de protección? En consecuencia no le dejaría desamparado quizá en el peor trance de su vida. Monologaba lleno de compasión: *“Sin duda el travieso Eolo, /más malvado que travieso, se ufana que bajo el cielo /nadie supera en lo avieso. /¿Lo habrá hurtado al garzón /de Germania o de Holanda, /o acaso del corazón /de la bella Samarcanda?/...*

“Asiéndole por un brazo con suma delicadeza, como si se tratara de un ánfora Ming, le condujo hasta nuestra casita y, aunque conocía de antemano que no iba a tener respuesta, le preguntó que si le agradaría alojarse con nosotros. El convidado, no dándose por enterado de aquella manifestación de hospitalidad, se puso más bien a examinar ciertas láminas que colgaban de la pared. Algunas de ellas, pintadas a color y donde predominaba el verde botella, representaban paisajes de la húmeda y lejana Galicia. Quizá mi padre las trajo consigo o, tal vez, incapaz de soportar la perenne morriña sentida por su suelo, las pintara él mismo una vez aquí. Pero mientras contemplaba las imágenes con indudable atención, como si pretendiese emitir luego un equitativo juicio sobre su evaluación, ni en sus ojos ni en su rostro dejaba traslucir la menor emoción. Se diría que miraba algo completamente ajeno a las figuras que debieron saturar los recuerdos de su existencia, aunque corta. Y tras este ejercicio visual, fue a sentarse en la única butaca que adornaba la habitación con su acogedora presencia. Un segundo después, con la espalda pegada al respaldo del asiento, la cabeza ladeada sobre el

hombro izquierdo y los brazos cruzados sobre el pecho, dormía plácidamente. Mientras tanto nosotros concurríamos a la cocina para preparar la cena. La nada floreciente situación económica que atravesábamos nos privaba del lujo de disponer de cocinera, de manera que teníamos que guisar personalmente la pitanza.

“La noche se avecinaba, descolgándose ominosamente del infinito. La luminosidad se escapaba a raudales hacia las abisales regiones del lado opuesto del día, como si se hubiera abierto una grieta en el paisaje serrano. Apenas las cumbres del colosal Cotopaxi y de las pirámides de los Ilinizas, ahora bañadas por un resplandor áureo rojizo, se dejaban ver en sus postreros momentos, antes de ser sofocadas por las tinieblas. También Eolo, como sorprendido por la paulatina y tétrica disminución de la luz, frenó sus briosos corceles que durante todo el día habían galopado embravecidos. Y un lapso de calma, que presumiblemente se extendería hasta el amanecer, acababa de iniciarse cargado de bellas promesas cifradas en una completa paz. Sin embargo, ese monstruo que llevamos enquistado en las entrañas empezó hacer sentir sus dentelladas, exigiendo que visitáramos de inmediato la cocina.

## CUARTA PARTE

“Las labores de cocina se diría que compartíamos armónica y equitativamente entre mi antecesor y este servidor. Pues, en tanto que aquél guisaba me encargaba yo de prove-

erle agua y leña y también de mantener viva la lumbre del fogón, usando un tubo elaborado en *chaguarquero* (tallo de maguey) por el cual soplaban. Esta excitante tarea en la que se destapaba el ánfora mágica de exquisitos aromas y promesas de una placentera existencia, se repetía tres veces al día y la realizábamos complacidos. Aunque disfrutábamos de carne apenas de vez en cuando, jamás estaban ausentes de la despensa la leche, el queso, los huevos, la panela, las patatas y los cereales, alimentos que garantizaban nuestra supervivencia. A esto había que añadir el *chaguarmishqui* (sangre dulce) extraído de los agaves que formaban el vallado del patio trasero de la casa. En ocasiones que, debido al rigor del período lluvioso, resultaba difícil el acceso de la panela proveniente de los valles subtropicales de Sigchos, obteníamos una deliciosa miel de este maravilloso jugo con sólo hervirlo por un par de horas. También se obtenía de él un agradable pulque del cual los aldeanos eran muy aficionados.

“Hallándonos de espaldas a la puerta de la habitación y ocupados en confeccionar la cena, no nos habíamos percatado de la presencia del extranjero que, habiéndose despertado, se hubiera juntado sigilosamente a nosotros. Miraba las actividades que realizábamos junto al fogón con esa misma curiosidad rayana en la apatía que usara con las pinturas. Mi padre, sorprendido, se volvió presto hacia él para inquirirle qué era lo que deseaba. Mas el intruso, fijándose apenas en él, prefirió ir examinando de cerca cuanto tenía por delante. Empezando por la vasija destinada a la reserva de agua, pasó minuciosa revista a las marmitas destinadas a la cocción de la vianda, las piedras que las sustentaban, la leña que alimentaba el fuego y finalmente su atención fue capturada por las inquietas y rojizas lenguas que bailoteaban debajo las

ollas. Sin poder substraerse de la tentación, del modo más infantil, procedió a tocarlas. Pero en cuanto sus dedos empezaron a escaldarse, sin proferir una queja ni manifestar un gesto de dolor los retiró velozmente. Recuerdo con exactitud fotográfica que aquí termino su incursión a la cocina.

“Cuando la cena estuvo lista, el huésped fue invitado a sentarse a la mesa. Acepto con una insinuación de sonrisa el convite, que, por motivos que sólo él los conocía, no fue de su completo agrado. De los modestos platillos que se le sirvió, apenas probó las patatas, despreciando con visible repugnancia el queso, los huevos y la sémola. Pero, en compensación, se sirvió con inusitado deleite varios jarros de pulque. Y durante los días que permaneciera en casa, sabiendo a qué atenernos respecto a sus preferencias alimenticias, no le dábamos a tomar otra cosa que patatas hervidas y pulque.

“El siguiente día se le notó más animado que cuando apareció. Se levantó en cuanto los pájaros, con sus melodiosas plegarias, daban la bienvenida a la tímida aurora que empezaba a pintar de rosada iluminación el cielo. Sorprendido gratamente por aquella música, que le parecía llegar del firmamento, se le vio sumergirse casi de inmediato en un profundo éxtasis del cual habría de salir sólo cuando las canoras cesaron su trinado. Luego, presintiendo que aquellas caricias auditivas no podían haberse originado sino cerca de él o, quizá, porque viera casualmente en la enramada una canora mientras desgranara su melodía, se puso a buscar a los maravillosos sinfonistas en el follaje de los árboles próximos. No sé si lo consiguió descubrirlos.

“Durante la mañana se mantuvo cerca de la escuela, a menudo distrayendo la atención de los estudiantes con su presencia. Caminaba de aquí para allá sin que pareciera pre-

ocuparse en otra cosa que no fuera la de otear la extensa llanada que se dilataba hasta el horizonte. A la vista de la menor polvareda creada por el viento dentro del área adyacente o aun en lontananza, se le iluminaba la mirada e incluso daba la impresión de disponerse a echar a correr hacia ella. Y nosotros, en vista de este sintomático detalle, llegamos candorosamente a la conclusión de que el mirar reptar el viento habría sido una de las distracciones predilectas del forastero.

“El tiempo transcurría lleno de tranquilidad a lo largo de aquella mañana, y a la hora de recreo, aunque “La Esfinge” (el adjetivo endilgado por mi padre al extranjero se había popularizado de inmediato) deambulaba cerca de nosotros había dejado de cautivar la atención. Pues, en oposición a lo se hubiera podido desear de un personaje venido de lejanas tierras, como los gitanos, éste no cantaba, no danzaba, no hacía piruetas, ni siquiera hablaba, en suma no inspiraba sino indiferencia. Sin embargo, esa misma mañana “La Esfinge” protagonizó algo que nos distrajo por un instante y nos hizo reflexionar por largo tiempo. Los estudiantes, en grupos vinculados por distracciones homogéneas, nos divertíamos en la plaza con las incidencias del juego, cuando fuimos sorprendidos de repente por un torbellino, que, rotando velozmente sobre el suelo terroso, levantaba polvo y capturaba fragmentos de rastrojo. Entonces “la Esfinge”, en cuando lo vio, salió al encuentro con insólita premura, cual desesperado pasajero que teme perder su vehículo que se ha puesto ya en marcha. Lo abordó sin dificultad mientras aquel fenómeno meteorológico se deslizaba por el suelo entre espeluznantes bufidos.

“—¡Se va, se ha ido! —gritamos todos al unísono en el convencimiento de que el viaje de retorno del extraño personaje sería acorde al de su llegada.

“Pero no se fue. Tras unos instantes de permanecer inmerso en aquella columnilla giratoria de aire, en que nos pareció verle encumbrar por su vórtice, salió de ella cubierto de polvo y casi ciego, pero sonriente. En cuanto a la columnilla, continuó ésta su inofensiva marcha. Y en tanto que permaneciera “La Esfinge” en nuestra aldea, se convirtió en rutina el verle, en la plaza de la aldea, ir al encuentro de los torbellinos con el propósito de abordarlos como si se tratase de una nave. Sin duda tenía la esperanza de que lo devolvieran a su lugar de procedencia.

“Los días pasaban y el forastero continuaba como al principio. No se podía comunicar con él mediante ningún sistema; tampoco había variado la dieta alimenticia, la cual continuaba siendo de patatas hervidas y pulque; casi toda la época, que en esa zona es cuando se desatan los vientos huracanados, se ocupaba en otear la planicie en busca de una columna de polvo que atravesara por ella, y durante las primeras horas de la noche, acudía al río para darse un prolongado baño que lo hacía completamente vestido. En ningún caso usó otra indumentaria que no fuera la que vestía cuando llegó, la cual, increíblemente, se mantenía siempre inmaculada e intacta como si acabase de salir de la sastrería. Por lo demás, resultaba un huésped apacible que, con su presencia, en nada vino a alterar la tranquila rutina de nuestro hogar. Por su parte, daba la también impresión de haberse acoplado a cabalidad con nuestros hábitos. Sin embargo, al finalizar la segunda semana de permanecer en casa, buscó una nueva querencia.

“Una noche, luego de acudir al río, no regresó ya a casa, causándonos desazón con su ausencia. Y fue sólo el siguiente día cuando, viéndole bajar hasta la plaza en compañía de los Castro, supimos que se había unido a éstos. La familia Castro comprendía de cinco personas: don Simón, padre de Juan de Dios, Diosdado, Dioscelino y Dulce Amada. Gallardos los varones y comparable a la estrella matutina la niña. Don Simón, como mi antecesor, procedía de Galicia, de donde viajara a estos pagos en compañía de doña Alejandrina, su esposa, contrariamente a la actual y generalizada creencia de que únicamente hombres vinieran de Europa a América. No había conseguido amasar una gran fortuna aquí, pero sí adquirir un bonito predio que comprendía todo el altozano que, por su lado noroeste, se elevaba a unos quinientos metros de distancia de la aldea. El predio se denominado “La Loma” y su dueño traficaba en ganado caballar. Por lo tanto se veía precisado a concurrir a las ferias que desde épocas remotas se efectuaba en las poblaciones del área vinculada por el comercio, como Mulaló, Saquisilí, Toacaso y Sigchos. “La Loma” era el lugar más atractivo de ese sector tanto por su imponente casona pintada de celeste como por su extenso alfalfal que daba la apariencia de un lago, ondulante y rumoroso, enquistado en medio del desierto. Opino que aquella finca, en vez de llamarse “La Loma” debía más bien designarse “Oasis”.

“La Esfinge” y los Castro a no dudar hicieron buenas migas, en especial con Dulce Amada, ya que a los dos se les vía juntos la mayor parte del tiempo. Cuando, por las tardes, abandonando “La Loma”, los cinco jóvenes bajaban a la aldea en busca de un momento de solaz en compañía de los demás mozos de la vecindad que a esa hora se congregaban allí. Mientras los hermanos de Dulce Amada se distraían en

el jugo de pelota o de las cartas, ella jamás se apartaba del forastero, que prefería la inactividad. Situados por lo regular en la puerta de la capilla y uno frente al otro permanecían horas y horas en lo que parecía ser un diálogo mudo. Para comunicarse de aquel modo entre sí ¿hubieron descubierto ellos un nuevo y privativo lenguaje, inarticulado e inaudible, que con la sola intervención de la mirada, fuera posible captar directamente todo ese caudal de sentimientos que el corazón es capaz de generar? No lo sé. Pero de lo que estoy seguro es de que a través de sus elocuentes miradas circulaba un fluido de mágicos efectos que les cautivaba y les abrazaba el corazón.

“Y como sucede comúnmente en estos casos, los murmuradores de oficio comenzaron a ocuparse en firme de los supuestos de esta relación amorosa. Conjeturaban unos, que habiendo de algún modo conocido “La Esfinge” a Dulce Amada se había enamorado locamente de ella. Pero, al mismo tiempo, enterado de la intransigencia de don Simón con respecto a ceder su hija al primer galán que se presentase, ya que no se trataba de vender un caballo al mejor postor, se había inventado uno de los ardidés más ingeniosos que se hubiese tenido noticia: hacerse pasar por un *guayrapamushka* mudo y amnésico. Pero los chismosos no sabían explicase cómo lo había convencido al viento para que le trasportara hasta aquí. En cambio otros presumían que el extranjero no podía ser sino un poderoso mago en posesión de poderes sobrenaturales que le permitían dominar los elementos y también la voluntad de las personas. Aducían como prueba irrefutable el mismo beneplácito de don Simón para que aquél pudiese morar en su mansión con los privilegios que tendría únicamente alguien de la realeza. Al respecto tenían aun fresco el recuerdo de lo que le sucedió al tuerto Loyola

antes de que él fuera tuerto. Este mozo, para su desdicha, había sido sorprendido por don Simón cuando, impelido por románticas motivaciones, rondaba la ventana de la hija de éste. Entonces el celoso e irreflexivo padre le vació un ojo de un certero pistoletazo. Asimismo, el recuerdo de los trabajos que hubo de pasar el Señor de Ortuño por parecerle la hierba del jardín de don Simón más verde que la del suyo, lo conservaban todavía fresco y lo sacaban ahora a relucir como otra prueba evidente de lo que ellos (los murmuradores) dejaban rodar.

## QUINTA PARTE

“El Señor de Ortuño se llamaba en realidad José Reverendo y era el feliz propietario de la hacienda Ortuño, en cuyas vastas dehesas se criaba los mejores toros de lidia de la región y finos caballos de paso. Poseía también labrantíos que le proporcionaban abundante y excelente cosecha y un sinnúmero de braceros que se esforzaban para que su amo descansara. Lo tenía todo menos esposa. Desde luego no porque faltaran en su perímetro social hermosas y respetables damas que anhelasen compartir su existencia con él, sino porque suponía que todas las chicas de la comarca eran solo para él. Además, tenía la convicción de que a las mujeres, por hermosas que fueran, debían mantenerlas sus padres.

“Y fue un 19 de marzo, el mero día de San José, cuando el poderoso Señor de Ortuño, obrando en oposición de lo que hasta ahora se hubiera permitido gracias a su estatus de gamonal y de donjuán, hubo de irse de allí con el rabo entre las piernas.

“En aquella memorable fecha, desde cuando la hacienda Ortuño pasara a pertenecer a su actual dueño, Río Blanco se embebía de alegría para homenajear a dos importantes personajes: San José Carpintero y don José Reverendo. La festividad se inició la víspera con halagüeños auspicios. La banda de música de la localidad prendió el alborozo en la aldeana con los cadenciosos sonos de una retreta. Luego se presentaría, en su orden, el desfile de antorchas, el espectáculo de fuegos artificiales, de globos volantes y el largamente esperado baile popular, regado con los *canelazos*, que aún en las frías noches de la serranía mantiene el ánimo en su nivel más elevado.

“Y el gran día se inició con el alegre saludo del albazo, envolviendo a los moradores del lugar en una caricia auditiva que se filtraba hasta el corazón. También las detonaciones de los petardos, lanzados al aire con regularidad, contribuían al jolgorio general. Luego vino la misa, celebrada por el cura de Tanicuchí en honor del santo del día y del patrocinador del festival, a la que concurrió todo el villorrio, comulgando al menos la mitad. Enseguida, con apenas una corta transición, se llevaron a cabo encuentros de pelota nacional y lidia de gallos por cuya causa cambiaron de bolsillo fuertes sumas de dinero. Pero estos eventos, por significativos que parecieran, era apenas una pálida muestra de lo que vendría al promediar la tarde, que era cuando la fiesta brava, con la intervención de los feroces astados de Ortuño, se daría inicio. La ilusión de presenciar este deporte, en cual el azar es el que decide la gloria o la tragedia de quien lucirse en el ruedo espera, lo venían acariciando los *ríoblanquenses* no sólo en los momentos inmediatos sino durante el año entero, ya que nada les resultaba más excitante que el ver a alguien jugarse la vida frente a las astas de una toro. Qué alguien, posible-

mente un ser amado, dejase su sangre o la vida misma en la arena, en nada menguaba el anhelo de presenciar el gran evento.

“La fiesta brava se daría comienzo en unos instantes. Todo estaba a punto para su lucimiento. La banda de música entonaba un alegre sanjuanito, los centauros hacían caracolear orgullosos sus corceles, las barreras se mostraban atiborradas de espectadores, el palco designado a los notables y a las niñas bonitas de la localidad, repleto. Y en la plaza se movían más nerviosos que decididos una docena de mozalbetes con el poncho en la mano.

“El Señor de Ortuño, cabalgando un hermoso alazán como jamás se hubiera visto, fue acercándose lentamente al palco de los notables y de las niñas bonitas que incluía a Dulce Amada, creando una atmósfera de expectativa en la concurrencia. Una vez junto al elegante grupo de espectadores, lo abarcó con una posesiva mirada y esbozando una sonrisa más propia en un sátiro que en un caballero, dijo de forma que su alocución quedara clara:

“—¡Damas, damitas y caballeros, quiero informarles que la corrida a realizarse en esta tarde lo está dedicada a la reina de mi corazón, la sin par señorita Dulce Amada Castro, que por cierto, no ha sido ella la primera en conquistarlo, pero ante todos vosotros lo prometo que será la última! —desde luego que esta frase expresada por el Señor de Ortuño no era una declaración de amor impelida por desbordantes emociones ni una promesa basada en románticos sentimientos, sino una advertencia categórica que no dejaba duda a cerca de su novísimo capricho. Y como notara que ninguno de los presentes, habiendo sido tomados por sorpresa, no hiciera otra cosa que no fuera mirar con ojos desmesurados a la también desconcertada Dulce Amada, añadió—: Señores, por favor,

no seamos descorteces con la mencionada señorita. Invito a todos ustedes a brindarle un apoteósico aplauso.

“Pero no todas las personas allí presentes adoptaron aquella actitud de estupefacción. Don Simón, sintiéndose aludido por las expresiones nada discretas que afectaban a su hija, se dirigió perentorio al Señor de Ortuño, que aún no dejaba de sonreír:

“—Señor Reverendo, habiendo escuchado el comentario que ha expresado usted con respecto a mi hija, me veo en la obligación de pedirle a usted una explicación concreta sobre sus aspiraciones. Por cierto en el supuesto de que tal cosa hubiera sido formulada de buena fe. Caso contrario, le exijo retractarse de inmediato.

“—Vamos, don Simón —respondió el Señor de Ortuño, sin dejar de sonreír simiescamente y casi sin mirarlo—. Pues, créame usted, que no veo razón valedera por la cual tengamos que dirimir públicamente un asunto que más adelante podríamos zanjar en privado. Desde luego si le parece a usted que tengamos algo que convenir. En cuanto a lo que a mí concierne, lo está decidido todo acerca de la futura relación entre la hija de usted y su servidor —volviéndose hacia los peones que se mantenían junto al toril, con un movimiento convenido de la mano, ordenó que permitieran salir el primer toro de la tarde. Luego, como si el estado de ánimo general dependiese de su exclusiva voluntad, agregó—: ¡Ahora a divertirse todos!

“Don José Reverendo, apartándose con indolencia del palco de los notables y las niñas bonitas del lugar, intentó llevar al centro de la plaza su brioso corcel. Pero su determinación no pasó del mero intento. Don Simón, que de un espectacular salto había aterrizado delante de la montura del hacendado, la detuvo tomándola de la brida. El equino, asus-

tado por la repentina aparición junto a sus ojos, se encabritó violentamente, poniendo a prueba la pericia de su jinete. Pero éste se mantuvo hábilmente pegado a la silla y aquél asido con firmeza a la brida. Entonces don José, que no se andaba por las ramas, espoleó sin piedad a su caballo con la intención de atropellar con él al inoportuno. Mas su oponente, a pesar de no parecerse ni de lejos a un gigante ni mucho menos poseer su fuerza, sirviéndose de la circunstancia propicia que se la presentaba, empleando una hábil maniobra lo derribó el caballo, con su jinete, como si se hubiese tratado de abatir a un débil cordero. Claro que el gallego sabía cómo tratar a los caballos, ya que por algo constituían éstos la mercancía con que traficaba.

“De súbito, por lo menos una veintena de jinetes, entre amigos, lacayos y esbirros del hacendado, rodearon a los tres de la discordia con miras a intervenir en el espinoso incidente. Las intenciones de los secuaces de aquél no dejaban duda, pues, además del anhelo de prestarle ayuda urgente, les movía el prurito de la venganza. Y en muy mala situación se las hubiera visto don Simón si sus decididos hijos no hubiesen ido en su inmediato auxilio. Plantándose frente a los potenciales agresores de su antecesor común, los desafiaron a que hicieran un solo movimiento que significase su intromisión en el conflicto. Y los fieros y amenazantes sujetos, en vez de seguir adelante con su truculento propósito, sin pensar dos veces eligieron hacer recular sus caballos. No se les podía tildarles de cobardes ni propensos a amilanarse ante los escollos que se presentasen en la ruta de sus aspiraciones, sino de poseer sentido común, de saber renunciar a tiempo al paso que les llevaría irremisiblemente a la pérdida. Porque los cachorros de don Simón tenían tremendas pistolas en sus manos y sabían cómo usarlas.

“El furibundo gallego, en cuanto hubo derribado al alazán, llevando a su jinete consigo, se precipitó sobre éste, que manoteaba y aullaba, como un perro que está siendo pisado en la cola, pidiendo le liberasen del caballo que se le había caído encima. Para desgracia suya el animal, como resultado de la traumatizante maniobra que le fuera aplicada, se mantenía inmóvil, como anestesiado, sobre una pierna a su amo. Y fue con el auxilio de su flamante adversario que consiguió salir de esa especie de cepo y también incorporarse, pero sólo para verse en peores dificultades. Ahora sentía atenazar la garganta dos férreas manos y una voz, como surgida de las entrañas del averno, que le exigía retractarse de lo dicho un rato antes. Aceptó lo que le pedían con un ademán ejecutado con supremo esfuerzo y, ni corto ni perezoso, no sólo que se limitó a revocar explícitamente lo expresado a la ligera sino que prometió además, poniendo a la parroquia por testigo, no volvería a mirar ni de lejos a Dulce Amada, ya que se iría para siempre de la zona.

“El Señor de Ortuño, habiendo empeñado su palabra ante el público, no volvió a mirar a la hermosa hija de don Simón, enajenó su heredad y, como se suele decir, se mandó a cambiar.

“Un buen ejemplo de lo que puede sucederle a un desaprensivo mujeriego cuando ha puesto sus ojos en la hija de padre que se respeta. Yo nunca no le conocí personalmente y todo cuanto me enteré de él lo fue por terceras personas. El caso es que cuando mi padre, conmigo a cuestas, arribó a Río Blanco, el mencionado terrateniente era aquí sólo una didáctica historia.

“También se tejieron otros supuestos, cual más de absurdo, en torno de la admisión del *guayrapamushka* en casa de los Castro, quien, al parecer, disfrutaba en ella las mismas

prerrogativas de sus dueños. Últimamente el joven forastero había aprendido a cabalgar (actividad que hasta poco antes lo detestara) y ahora, con frecuencia, se le veía recorrer la llanada en compañía de Dulce Amada, montando sendos corceles y originando celos en los garzones locales. Tampoco consistía una casualidad cuando él se dejaba caer por la aldea, que ahora lo hacía raramente, verle caminar junto a la bella adolescente, tomados de las manos e inmersos en un diálogo silente que sólo ellos comprendían.

“A pesar de mi niñez, que limitaba la apreciación cabal de la estética, y el tiempo transcurrido entre el desarrollo de los sucesos descritos y el momento actual, poseo de Dulce Amada la más vívida evocación. Recuerdo su rostro radiante y puro, su nariz modelada delicadamente, la mirada de sus preciosos ojos cual manantial de ternura, sus labios sonrosados, y sus diminutos dientes iluminados perennemente por una dulce sonrisa magistralmente diseñada. En muy pocas ocasiones he vuelto a encontrar un rostro femenino con estas cualidades, y cuando lo he visto, he tenido la sensación de hallarme en un campo cubierto de flores.

“Era el último sábado de octubre cuando nos volvió a sorprender el *guayrapamushka*. Lo tengo bien presente porque en aquel día conocí el tren, que llegó por primera vez hasta las inmediaciones de nuestra aldea. Las personas mayores del villorrio, formados en grupos repartidos en la plaza, comentaban acerca de las impresiones que tenían de la monstruosa máquina que había llegado al país para quedarse con nosotros. Se quejaban de su insufrible fetidez, de su ruido estrepitoso al desplazarse, del terrorífico ulular de su sirena, que casi había matado de susto a los niños y había ahuyentado a los animales, del peligro que representaba a la tranquila sociedad la posibilidad de que ahora los maleantes

y facinerosos podrían trasladarse en unas horas desde los confines de la patria para cebarse con sus fechorías, etc. Pero en cambio los optimistas definían las enormes ventajas que el ferrocarril traía consigo. Decían que aquello significaba la inclusión de Ecuador en la modernidad. Por nuestra parte, los pequeños, como era de esperar de un grupo humano apenas en el inicio del tránsito por la vida, nos limitábamos a escuchar con inusitada admiración las opiniones en franco debate de quienes gozaban de voz y voto. Aquella tarde ningún pequeño jugaba, sólo escuchaba atentamente.

“El suceso del día exigía congregarse a la población. Quienes, por alguna razón no habían podido llegar aún hasta el centro de la aldea, empezaban ahora a darse cita allí con urgencia. Los Bustamante, los Mena y los Clavijo, que moraban algo apartados del núcleo de población, se acercaban a paso forzado, como si en ello les fuese la vida. También los Castro se encontraban entre los rezagados y, seguramente dolidos por contingencia semejante, apresuraban el paso. Con ellos venía el inseparable *Guayrapamushka* tan campante como siempre. Formando un alegre y gallardo grupo, que solo en la juventud es posible, arribaron juntos hasta la esquina noreste de la plaza y, de pronto, el extranjero se apartó de los demás mediante una rauda carrera en dirección de mí, que me hallaba cerca de la escuela. En mi ingenuidad supuse que la satisfacción de encontrarme al cabo de varios días, le hubiera impelido a apresurarse para envolverme en un afectuoso abrazo. Pero no fue así. Pues, sólo cuando pasó junto a mí, sin reparar en mi presencia, intuí que algo más importante que la salutación a un amigo reclamaba su premura. Le seguí con la mirada y comprendí su extraño comportamiento.

“Presentándose sin que apenas hubiera viento para justificar su presencia, una tenue columna de polvo, apareciendo por la esquina suroeste, se desplazaba perezosamente hacia el centro de la plaza mientras rotaba vertiginosamente en posición vertical. A nadie pareció impresionarle su incurción, ya que allí, durante la larga temporada seca, lo que más se puede ver son torbellinos. Sin embargo, esto no ocurrió con “La Esfinge”, que en cuanto lo tuvo a su alcance se precipitó hacia ella.

“La concurrencia, en conocimiento de similares escenas protagonizadas a menudo por nuestro amigo, empezó a reírse con la seguridad de que en breves segundos volvería a verle, ennegrecido y casi ciego a causa del polvo. Pero, para su sorpresa, esta ocasión fue completamente diferente. El torbellino, en cuanto lo fuera abordado por el forastero, en vez de continuar desplazándose hasta perder fuerza, se contrajo hasta una nube que parecía navegar casualmente por el cielo azul.

“Este espectacular suceso se produjo de manera tan rápida que sus testigos apenas se dieron cuenta de lo que allí ocurrió. Dulce Amada, con entristecida mirada, buscó por largo rato en el cielo a su amador. Y al no tener ninguna respuesta visual, en compañía de sus hermanos, que daban la impresión de un cortejo funerario, regresó a “La Loma”. A partir de entonces ya no se la vio más. Tampoco nadie conocía con exactitud lo sucedido con ella. Sin embargo, se rumoreaba que se había marchado a Quito en busca de consuelo en el discreto regazo de un monasterio. Seguramente ella, y quizá también sus familiares, mediante sus diálogos de estricto género mental, conoció en realidad quién era y de dónde procedía aquel misterioso hombre que lo trajo el viento”.

## COLOFÓN

Al concluir el padre de mi padre este extraño relato que figurara entre su acervo de recuerdos y que, según propias expresiones, tanto para su protagonista como para sus detalles accesorios, aún no tenía una explicación a prueba de controversias, entendí que las cosas jamás exponen su real naturaleza a primera vista y que incluso ésta, una vez detectada, se halla sujeta a cambios vertiginosos e irregulares, haciéndolas ver cada vez con un rostro diferente. Además, vislumbré que bajo el sol nada puede marchar con precisión matemática, ya que los componentes de la gran máquina del tiempo, como los de cualquiera otra, son susceptibles a fallos e imperfecciones. De ahí los desfases que tantos enigmas nos presentan.

Hasta entonces yo, en una edad en que todo lo que percibes te parece auténtico y de genuina procedencia, miraba y entendía las cosas como ellas se mostraban, creyéndolas inmutables y exentas de cambio y evolución. Mi abuelo, con su ameno relato, además de ir plasmando el tema central con sugestivas descripciones, me situaba ante una mágica ventana que permitía divisar exóticos panoramas hasta ahora velados por la inopia. En adelante, mi mente no tendría que desplegar demasiado esfuerzo para que pudiese adéntrame en aquellos pintorescos escenarios consignados al pretérito con el afán de posibilitar el advenimiento de nuevos sucesos que el tiempo los ha concebido para comparecerlos en secuencia perdurable. Y comprendí que el tiempo no era otra cosa que una máquina de sucesos, flemática e imparable, que los dejaba caer como una lluvia de ceniza volcánica,

cuyas partículas no tenía otro destino que el de sepultar, bajo su peso, a sus sucedáneas precedentes y, a su vez, el de ser sepultadas por las que llegaban detrás de sí.

Es así que los sucesos una vez producidos, a veces con la potencia de una explosión volcánica que estremece no sólo su área de influencia sino que también alcanza, con su onda expansiva, ámbitos muy alejados, caen finalmente en aquel osario llamado olvido. Rescatar sus recuerdos de entre esa compacta mezcolanza de escombros intangibles resulta a más de complejo (debido a la dificultad que supone el poder extraerlos exentos de sedimentos impregnados por evocaciones de otros acontecimientos), un esfuerzo y una dedicación formidables, y todo para obtener en recompensa apenas unas cuantas imágenes imprecisas que invitan a variadas interpretaciones. Sin embargo, envueltas en esa aureola de misterio, ejercen una atracción irresistible.

*Quito, 12 de febrero de 2013*

De estos monstruos que habitan la selva me enteré gracias a un altercado ocurrido entre dos exploradores de minas que se hospedaban por unos días en la misma casa que albergaba a mí. Fue luego de apenas una semana de mi llegada al subtropical de Las Pampas. El grupo de exploradores se componía de siete personas: el jefe, un joven ingeniero, candoroso y sin dobleces, y dotado del carácter más irascible que se hubiese tenido noticia, llamado Juan Navarrete, y seis bribones de la peor calaña que a la sazón se desempeñaban como braceros y muleteros. El incidente se originó cuando uno de éstos, en franca rebeldía a una orden recibida del ingeniero, se negaba rotundamente a ingresar a cierto sector de la selva, aduciendo que lo menos que él deseaba era exponer su preciosa vida. Recuerdo claramente las razones que esgrimía el insubordinado y todo lo que aconteció por su causa aquella mañana brumosa, mientras nos hallábamos todos en el patio de la casa.

—Yo no me muevo de aquí solo —exclamó atemorizado el jornalero, a quien le llamaban "Doctor", tan pronto como acabara de oír la orden emanada de su jefe—. Debería estar loco como para arriesgarme a los peligros de la selva tal como me encuentro, es decir, sin armas de alto poder que avalen la seguridad de mi integridad física —sus compañeros le miraban sorprendidos, intuyendo que él no bromeaba. En efecto, en su semblante se hallaba pintado el terror de quien hubiese sido objeto de la imposición de ir desarmado a la guerra. Y con voz insegura continuó—: Los peligros que, por desgracia, entraña esta parte de la selva no se reducen a un posible encuentro con un tigre voraz y asesino, o a la emboscada de la artera víbora, cuyo riesgo más bien seduce al hombre sediento de aventuras. ¡Nada de eso! Existen,

pues, otros peligros realmente espantosos, de los cuales apenas unos cuantos afortunados se han salvado para contar su experiencia. Conozco de buena fuente no pocas tragedias acaecidas como resultado de este azote que asola precisamente a esta zona. Y todas las víctimas fueron personas conocedoras de la jungla, para quienes el lidiar con las fieras, los ríos crecidos y los pantanos no era más que el pan de cada día. Sin embargo, no siempre va el cántaro al agua y vuelve sano.

"En estos bosques, de apariencia tranquila, habitan diabólicas plantas, dotadas de inteligencia y de facultad de movimientos según su voluntad, que sienten aversión mortal por las personas, en especial fuereñas. —Al llegar a este punto las advertencias del timorato "Doctor", hasta el más valiente de sus colegas empezó a mirar con pánico la selva vecina que se dilataba al frente envuelta en un velo de misterio. Sólo Navarrete no vio la menor alarma en lo que él consideraba una burda patraña, inventada por su bellaco ayudante para burlar a la autoridad que él representaba. Y, con mayor fiereza del tigre más feroz, se abalanzó, con las manos abiertas cual afiladas garras, sobre el cuello del desprevenido "Doctor" con la intención de estrangularlo ipso facto.

Y éste se hizo cargo de la situación tan sólo cuando sintió que unas poderosas pinzas ceñían su garganta. Entonces pensó tal vez que su fin había llegado. Navarrete la fue apretando con la seguridad y la sabiduría de quien conoce perfectamente lo que hace. ¿Había tenido acaso un estrangulador por maestro? Lo cierto es que una bocanada de sangre espumosa cubrió los labios y la quijada de su víctima, ahogándola. Seguramente, el ataque hubiese tenido funestas consecuencias si yo, en un acto de misericordia, no me hubiera interpuesto entre los dos, introduciéndome como una

cuña, para impedir que el enfurecido agresor continuase apretando la gaxnate del aquel pobre diablo que ni siquiera intentaba defenderse.

Acababa yo de salvar una vida.

Luego de que la calma quedase restablecida, pedí a Navarrete permitirle a mi protegido que continuase hablando sobre aquellas plantas misteriosas que habían despertado gran interés en mí. En alguna parte, que de momento no recordaba, ya había escuchado o leído yo algo acerca de ese tema.

Navarrete consintió de mal grado a mi petición, como si con su actitud quisiera advertirme: "Allá usted si consiente en dejarse embaucar por semejante pillo". En cuanto al "Doctor", su condición de locuaz innato no le consintió dejar pasar por alto la coyuntura de retomar la palabra.

—¡Mi profundo reconocimiento a usted! —musitó el bracero, dirigiéndose a mí, no lo sé si por haberle salvado la vida o, simplemente, por posibilitarle la oportunidad de continuar dando vuelo a la lengua. Y, luego de enjugar con la manga de su camisa los restos de sangre que aún manchaban la quijada y el pecho, prosiguió lagrimoso y algo ronco—: Para nadie de este sector constituye un secreto las propiedades perniciosas del arbusto llamado *aluvilla*, el cual, por desgracia, abunda aquí. ¡Basta con sólo acercárselo para que el cuerpo del incauto se llene de inmediato de sarna!

"A sus infelices víctimas, cubiertas de sanguinolentas y fétidas llagas y bordeando el abismo de la locura, las he visto y, posiblemente, las verán ustedes antes de marcharse de aquí. No hay corazón ni estómago capaces de tolerar la proximidad de semejante carroña. Pero éste no es el único ni el peor enemigo vegetal que, escondido entre inofensivas plantas, alberga la selva, ¡saben! También prolifera aquí la liana denominada *bejuco del padrastro*, la cual se agita visi-

blemente colérica en cuanto alguien se le acerca. Y si, por obra de la fatalidad, el imprudente se lo pone a su alcance, le da de latigazos hasta arrancarle en tiras la piel.

"Y existen hermosas flores cuyo delicioso aroma es venenoso, y abundan plantas que ofrecen a los sensuales besos de la brisa sus temblorosas hojas abiertas como estilizadas manos de mujer, ostentando actitud apacible y suplicante. Pero en cuanto se las toca, se transforman en monstruosas víboras ansiosas de clavar sus letales colmillos en el infeliz que ha osado tocarles. Este demonio verde del bosque, se llama justamente *manos de mujer*.

El "Doctor", en estoica espera de un posible impropio en su contra, lanzado por parte de su jefe o de sus compañeros, que no parecían conocer demasiado la selva, interrumpió el relato. Mas al notar que nadie se proponía molestarle, pasó complacido a referir sobre cierto árbol llamado *Fernán Sánchez*, cuyas rojas flores, tan hermosas como las del clavel, eran la causa de la fiebre palúdica. Aseguró paladinamente que ciertos pajarillos de multicolor plumaje y dulce trino, en cuanto llegada la noche se metamorfoseaban en horribles sapos. Habló también acerca de unas raras hojas en forma de monedas que, al tocarlas, se volvían mortales tarántulas. Pero que luego de permanecer así unos minutos, recobraban su estado anterior, en espera de sorprender a otras personas. Contó además de árboles caminantes y de piedras dotadas de la facultad del habla.

De pronto se cumplió lo que el narrador temía. —¡Mentiroso! ¿A quién tratas de hacer comulgar con ruedas de molino? —se dejó oír un mozalbete llamado Tipanluisa, subiendo la voz por encima de las escandalosas risas que los demás dejaron escapar como un chiflón.

—¡No miento! Los he visto a los leprosos. Y lo demás lo sé de boca de quienes moran aquí —se defendió el "Doctor".

—Y ¿quiénes son quienes? —le acorraló un mozo nombrado Ventura, mugiendo entre ahogados jadeos y esforzándose por hacerse entender.

—Ustedes no los conocen —afirmó el "Doctor", con la seguridad de taparles la boca—. Pero uno de ellos vive no lejos de aquí y es un personaje muy notable. Se trata nada menos que del mismísimo pionero de los colonizadores y el artífice del desarrollo agropecuario de estas tierras. Es, pues, lo que se dice: el primer ciudadano de Las Pampas. ¿Es qué se han olvidado acaso de mi General Cisneros, a quien todos ustedes deberían conocerlo?

Mas para todos resultó ser un ilustre desconocido el mentado personaje.

—Vamos. Pero ¿de qué General hablas? —interrogó un mozo cespío y de remangada nariz, que respondía cuando le llamaban Heredia—. Les conozco a todos los moradores de aquí. Todos ellos son pobres labriegos o arrieros, honrados, eso sí, pero ninguno ostenta el grado de General.

—Pues vive él apenas a media hora de aquí —replicó el narrador—. Se puede ver su casa desde la loma que tienes ante tus mismas narices. Ya habrá ocasión de poder presentarte uno de estos días. Es todo un caballero. Durante mi anterior visita a este lugar tuve ya la oportunidad de tratarlo. ¿No sabes acaso que el verano pasado estuve ya aquí?

Heredia no estaba muy convencido de la existencia de aquel caballero. De seguro pensaba que se trataba de otra mentira inventada por el "Doctor". Se disponía ya a manifestar su disconformidad cuando el dueño de casa, apareciendo del lado donde se hallaba el corral, dijo:

—Amigo "Doctor", mucho me temo que ya no podrá usted presentar al General a nadie. Pues no hará cosa de dos meses que se le encontró muerto como consecuencia de haber sido flagelado por el *bejuco del padrastro*. Pobre señor, ¡de qué le sirvió haberse salvado de las *manos de mujer* por dos o tres ocasiones, para morir poco después como el más desdichado de los entenados!

No pude continuar escuchando aquel interesante coloquio, la hora de trasladarme a mis labores había llegado y debía yo cumplir con mi responsabilidad. Mientras caminaba recordé haber leído en diario El Comercio acerca de aquella extraña muerte del General Cisneros, un militar en retiro, dedicado al quehacer agropecuario.

*Quito, 1996*

Fin del libro *TRES INVEROSÍMILES RELATOS*.

## LAS ORAS LEYENDAS ECUATORIANAS

### PREFACIO

#### LEYENDAS ESPECTRALES

Se dice que los espectros no son sino seres tangibles como usted o yo mismo, que habitan junto a nosotros pero en una dimensión diferente de la nuestra, la cual constituye su mundo natural. Por ese motivo, aunque su mundo permanezca incrustado en el nuestro, o viceversa, sus respectivos inquilinos jamás se interfieren unos a otros. Por supuesto, ellos viven ocupados en resolver sus propios problemas como nosotros los nuestros, sin la posibilidad de poder notarnos mutuamente.

Sin embargo, como efecto de alguna circunstancia especial, cuya causa aún la desconocemos, en ocasiones se dan las condiciones adecuadas como para que se produzca una brecha en la barrera dimensional, permitiendo a sus habitantes escapar por ella y, a veces, morar temporalmente en aquel mundo hasta ahora vedado. Es entonces cuando se les puede ver a los intrusos, inmersos en su naturaleza etérea y tangible a la vez, deambular desconcertados en un escenario que no les pertenece.

Tal vez esta teoría resulte difícil de probarla y, por tanto, demasiado complicada como para, mediante ella, explicar la existencia de los espectros. Pero lo cierto es que no se puede ocultar ni ignorar la presencia de éstos aquí y ahora. Conviven con nosotros, aunque raramente les notamos. Ahora

mismo, mimetizado en la atmósfera que le rodea, es posible que uno de estos seres se halle junto a usted. ¡Cuidado... que, a veces, son peligrosos!

¿Absurdo?

No del todo. Entonces, ¿cómo surgieron las leyendas de fantasmas?

Y dentro de esta pandilla de espectros, podemos distinguir individuos de diferente índole, carácter y costumbres: Los “viajeros”, que detestan permanecer estáticos en el mismo sitio, como, por ejemplo, La Loca Viuda, que tiene su origen en la provincia de Cotopaxi, pero que su presencia se deja notar mucho más allá de sus fronteras; los “locales”, personajes unidos al terruño y muy remisos a dejarlo; los “urbanos”, refinados individuos, que prefieren la comodidad que brinda la ciudad, etc.

*Carlos Villamarín Escudero*

## El Chulla Quiteño

Es conocido que cada ciudad, cada villa y hasta cada casa tiene su fantasma favorito, el cual disfruta de franca simpatía de sus moradores. Desde luego, no porque él hubiese hecho nada por congraciarse con ellos, ni mucho menos porque fuera más bonito que los demás, sino debido a su constancia en permanecer en el mismo lugar, dando así el tiempo necesario para que le conocieran cada vez mejor. Ciertamente, una forma sencilla y segura para conseguir que se fijasen en él y se acostumbrasen a su presencia.

Por lo demás, a nadie le interesa que el fantasma en cuestión perteneciera a una persona de existencia ilustre o a otra de insignificante trayectoria, que al fin y al cabo no les interesa para contraer matrimonio con él. Con haberlo visto alguna vez, o creerlo así, tienen bastante para referirse a tamaña experiencia durante el resto de sus días.

Es así como la franciscana ciudad de Quito, cuyos residentes, aparentemente, no creen en cucos, posee su fantasma predilecto. Lo llaman *El Chulla* y —según afirmación unánime de quienes lo han tratado, o al menos lo han visto de cerca— es todo un personaje que, además de respirar buen talante por todos sus poros, posee modales de gran señor. Pero sus cualidades no se circunscriben únicamente a la dulzura de carácter y la buena educación, sino que abarca también otra muy importante: innegable belleza varonil. En resumen, todo un cúmulo de atributos para hacer de *El Chulla* el más agraciado y popular de los espectros quiteños. En comparación con esta eminencia, el de *La Torera* y el de *El Diablo Ocioso* no son más que miserables gusanos.

No obstante, debido a que el demonio del miedo está latente en toda persona y que no requiere sino la menor señal de

alarma para salir a flote, incluso un encuentro con *El Chulla* no deja de ponerlo en marcha. Un ramalazo de susto que, aunque parezca paradójico, jamás sobreviene cuando lo tienen a la vista, sino más bien en cuanto éste, usando las tretas que conoce todo fantasma que se respeta, desaparece de escena en menor tiempo del que necesita uno para pestañear. Claro, todo esto tiene la configuración de una broma que, mirada a distancia, invita a la risa. Pero, por raro que parezca, nadie que haya presenciado semejante tipo de escamoteos, se siente divertido por ese motivo.

El fantasma de *El Chulla* es sin duda el que se ha permitido dejarse notar con mayor persistencia durante largos años. El número de apariciones registradas son tantas que sus detalles llenarían las páginas de un libro de voluminoso tamaño. No se conoce cómo ni cuándo hizo su debut este simpático personaje en la ciudad de Quito, pero debió ser durante los primeros años del pasado siglo, o quizá mucho antes, porque en la década de los años veinte se habla ya de *El Chulla* como un viejo vecino de la naciente metrópoli. Además, para la ciudadanía de aquella época resultan tan familiares sus costumbres, que hasta se da el lujo de criticar su inveterada costumbre de despedirse a la francesa. Por cierto, una peculiar modalidad que no ha podido o no ha querido enmendar nunca.

La tradición oral, pese al tiempo transcurrido y a las múltiples vicisitudes que han conmovido a la ciudad, conserva intactos los detalles de casos como el ocurrido a la señorita Luz de Funes. Ella era una joven secretaria que, al final de la década de los cuarenta, prestaba sus servicios en un departamento adscrito al Ministerio de Previsión Social. Cierta tarde, como de costumbre, abandonó sola la oficina con la intención de trasladarse sin tardanza y directamente a su

casa. El camino lo hacía siempre a pie, ya que la distancia que mediaba entre un punto y otro era relativamente corta y no ameritaba la molestia de tomar transporte. Pero aquella tarde las cosas se las complicaron, pues, precisamente, cuando se hallaba en mitad del trayecto, se hizo presente la lluvia, amenazándola con empapar en sus gélidas linfas si no encontraba refugio de inmediato. Pero nada donde poder alojar tenía a la vista, además, no llevaba paraguas consigo.

Fue entonces cuando, desprendiéndose del grupo de transeúntes que se veían en similar situación de ella, un joven y desconocido caballero le cubrió solícito con un amplio paraguas, mientras, indicando con la mirada una cafetería que se hallaba a una veintena de pasos de ellos, le decía con acariiciadora voz:

—Por favor, señorita, allí estará usted protegida en tanto amaina la lluvia. ¡Venga conmigo!

La atractiva mujer acogió encantada la oportuna ayuda del desconocido, pero mientras caminaban apenas se fijó en él. Una vez dentro de la cafetería, a solicitud del joven, la pareja fue atendida personalmente por su propietario, un gallego tacaño y suspicaz, que destilaba constante desconfianza hacia los demás. El desconocido caballero, luego de acomodarse en una silla, frente a Luz, sonrió mostrándole unos dientes parejos y muy blancos. Poseía un rostro viril y, cuando sonreía, se le formaban hermosos hoyos en las mejillas.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó él.

—Luz —sonrió la dama—. ¿Y Usted?

—Puede usted llamarme *El Chulla*, señorita —replicó el caballero.

Luz se extrañó. ¿Por qué le había dicho un nombre a todas luces falso? Porque Chulla no era un nombre, en el estricto

sentido de la palabra, sino el alias con el cual se distinguía al quiteño proveniente de la clase media, aquel legendario tipo oportunista y cortés a la vez, generoso aunque nunca trae un centavo en el bolsillo, embustero pero excelente conversador. Mas no se lo dijo a él. ¡Cielos! Todo ello le parecía el inicio de una ventura extraña que a ella, dama circumspecta y apegada a los convencionalismos predominantes de la época, le podía redundar en mengua de su honor. Pero ¿por qué no? Aquel hombre le resultaba atractivo desde todo punto de vista. No podía ser más que un Chulla como él mismo se había auto denominado, pero, ¡qué caray!, no se podía pedir más.

Mientras la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas y la tarde agonizaba envuelta en la tétrica mortaja tejida en grises nubarrones, la pareja, experimentando mutua afinidad, entabló desde el principio un animado diálogo que prometía el inminente advenimiento de un sólido vínculo de amistad cuando no de amor. Recíprocas miradas abrasadoras, sucediéndose unas a otras, se cruzaban entre sí, y los suspiros menudeaban a la par de las tazas de café que, dicho sea de paso, Luz bebía casi maquinalmente, al contrario del llamado *El Chulla*, que se limitaba apenas a probar el aromático y oscuro brebaje.

La lluvia había cesado sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta, ocupados por completo en consolidar la confianza que cada uno de ellos procuraba inspirar en el otro. Parecía que nada ni nadie hubiese sido capaz de interrumpir aquel idílico coloquio, mas el encanto se quebró cuando el gallego, receloso siempre de las parejas acarameladas que, desconectadas de la realidad, con frecuencia se olvidaban de abonar el consumo en el momento de marchar-

se, se acercó con la factura en la mano para presentarle al elegante galán.

*El Chulla* ni siquiera se molestó en prodigar una ligera mirada al pedazo de papel que le tendían, limitándose a levantar levemente los hombros y a permanecer inmóvil y silente, como dando a entender que él nada tenía que ver con el asunto. Pero el gallego, sin impresionarse por semejante actitud, le conminó a que cancelara la cuenta ipso facto so pena de entregarle a la policía, acusándolo de estafador. Ni aun así pareció *El Chulla* conmoverse. Por lo visto la amenaza recibida lo tenía sin cuidado y continuó sin mover un solo músculo, frente a su compañera de mesa que le miraba roja de vergüenza. Por un momento pensó ella en recurrir a su monedero y satisfacer la justa exigencia del furibundo gallego, pero al notar que era blanco de las malévolas miradas de los parroquianos presentes, hubo de abdicar a su magnánima intención, no obstante que avizoraba el escándalo como único desenlace del incidente. Ciertamente, la furia del avaro iba en aumento.

—Vamos, bandido —increpó el gallego, de repente transformado en verdadero ogro, disponiéndose a saltar sobre el impertérrito joven—, que de mí no se burlará usted. Sepa que me quedaré con su leva, su sombrero y su reloj como pago del consumo efectuado en mi negocio por usted y su compañera.

Pero en cuanto el ogro estiró las zarpas para sujetar a su silente y potencial víctima, éstas no apretaron más que el vacío. El joven había desaparecido en una fracción de segundo, dejándose al fin notar que se trataba sólo de un fantasma. En ese instante —se asegura—, una canción que parecía tener su origen en el firmamento, inundó el salón en sus cálidas notas. La canción era la de *El Chulla Quiteño*.

El revuelo que se armó en consecuencia fue mayúsculo. El ogro, ahora transformado por el miedo en inofensivo corde-ro, no cesaba de persignar mientras con entrecortadas pala-bras invocaba a una docena de vírgenes tanto criollas como peninsulares. Algunos de los presentes, sacando fuerzas de flaqueza, elucubraban los más absurdos comentarios en tor-no del acto de prestidigitación de *El Chulla*, que para ellos no era más que un burdo truco de magia usado por aquel pícaro. Pero otros, los más juiciosos, aprovecharon las cir-cunstancias para irse sin pagar la cuenta. Por su parte la hermosa Luz de Funes, que poco antes empezara a acariciar doradas perspectivas, se desmayó tras apretar el pecho con trémulas manos. Y se dice que ella jamás volvió a confiar en un desconocido.

También es digna de tomarse en cuenta la anécdota (en época más reciente) ocurrida a ciertos alegres y simpáticos jóvenes, vecinos de la Plaza del Teatro, quienes, entre sus devociones predilectas tenían la de llevar, las más de las noches, serenatas a las guapas de las inmediaciones. Todos ellos, o casi todos, poseían el don de poder cantar como se asegura que cantan los querubines. Pero, en contraposición, desconocían el arte de tocar guitarra y mucho menos otro instrumento más complicado. En consecuencia, les resultaba imprescindible la asistencia de algún músico dispuesto a cooperar a tanto por canción cuando de lucir sus gargantas se trataba. Un inconveniente que muchas veces les resultaba un verdadero problema. Con todo, esto no era lo peor ni lo más difícil de superar. El peligro de no encontrar un guita-rrista disponible en el momento más apremiante era lo que realmente les intranquilizaba. Por este motivo, alguna oca-sión se vieron ya en la dolorosa situación de no poder arru-

llar el sueño de las dueñas de su corazón. ¡Una verdadera lástima!

Y fue la víspera del día consagrado a Santa Rosa cuando, por falta de fondo musical, los cantantes de esta anécdota, se hallaron a un tris de ver frustrado el anhelo de rendir homenaje a ciertas amigas suyas que precisamente llevaban el esplendoroso nombre de la citada santa. Aunque se habían preparado con antelación para llevar a feliz término evento tan especial no encontraron músico alguno que estuviese disponible a la hora prevista. Tratándose de tan importante fecha del santoral y, en consecuencia, tan festejada mediante los agasajos más diversos, especialmente con la delicia de la música, resultaba obvio que todos los músicos de la ciudad fueran contratados con antelación para amenizar tal conmemoración. De manera que para los trovadores la suerte estaba echada.

Pero no se arredraron ante el mal momento que atravesaban, pues buscarían la manera de sortear la mala racha. Acordaron adquirir una guitarra, como primer paso encaminado a solucionar tan adversa situación. Con ella bajo el brazo, recorrerían bares y tabernas en busca de algún chulla en permanente acecho de una oportunidad para embolsarse unos cuantos sures que nunca faltaba en esos antros. Pero eso sí, que tuviese él la suficiente habilidad como para arrancar unas cuantas notas del instrumento. Fiel a este propósito, ingresaron en el primer almacén de instrumentos musicales que, pese a lo avanzado de la hora lo encontraron abierto, y compraron una esbelta y sonora guitarra manufacturada por el maestro Víctor Ibarra, el Stradivarius ecuatoriano.

Por raro que parezca, el encontrar un guitarrista vacante en las cantinas, donde generalmente pululan a toda hora quie-

nes se vanaglorian de ser los protegidos de Euterpe, les resultó tarea inútil y molesta. Ni siquiera en las tascas de alta categoría como *La cueva del oso* y *El Chagra Pérez*, lugares de reunión obligada de músicos, poetas y locos, tuvieron mejor suerte. En cada taberna que visitaban no faltaban parroquianos que, viendo a uno de ellos con la guitarra en el brazo, pidiesen y hasta exigiesen que entonara alguna melodía. Y aun más: tomando como ofensa personal la negativa del supuesto *músico* a complacer con prontitud su solicitud, a menudo amenazaban con emprendérselas a golpes. Ante tales conflictos creados sin habérselo propuesto, los jóvenes se veían en la apremiante necesidad de poner pies en polvorosa.

Era evidente que en tales circunstancias en toda la noche no darían con la persona indicada. Por descontado que esto significaba para ellos una calamidad, puesto que, desde hacía largo rato, la competencia proclamaba a los cuatro vientos su melódica presencia, inundando la ciudad entera en la música y canciones procedentes de sus serenatas. ¿Qué hacer?

Al borde de la desesperación, que les ponía rabiosos y les hacía acusar mutuamente de lerdos e incapaces de congraciarse con la musa Euterpe, empezaron a deambular sin esperanza por las calles de la ciudad. Iban tan preocupados en el insalvable escollo que tenían delante que en más de vez, al cruzar la calle, estuvieron a punto de ser atropellados por los vehículos que transitaban. Sin embargo, no hay pesadilla que malogre toda una noche sin que al durmiente le sobrevenga una etapa poblada de hermosas imágenes. Y fue precisamente esa esperanza la que acariciaba la ilusión de los frustrados trovadores, impulsándoles a seguir adelante. Pues quizá a la vuelta de la esquina inmediata les esperara su salvación.

Y fue así cómo al virar la esquina donde la calle Manabí desemboca en la Guayaquil y juntas forman uno de los ángulos de la Plaza del Teatro, vieron a un sujeto que, saliendo del Gran Pasaje, avanzaba directamente hacia ellos. Notaron de inmediato que el hombre era alto, joven y casi tan guapo como ellos y que vestía con cierta elegancia, aunque ateniéndose a una moda en desuso desde muchos años atrás. Llevaba sombrero de hongo, leva de faldones y bastón de abenuz con empuñadura y contera doradas. Cantaba a media voz la canción de *El Chulla Quiteño* y parecía hallarse algo bebido. Les saludó con una inclinación de cabeza cuando se situó junto a los cantores, quienes a su vez le correspondieron con igual cortesía. Y sin preámbulo solicitó le prestasen la guitarra, ya que debía llevarla serenata a su novia, que moraba no lejos de ahí. Adujo que instantes antes había perdido la suya.

—La cederemos encantados —respondió uno de los noctámbulos cantarines, intuyendo que de este inopinado encuentro saldría algo bueno en beneficio del grupo— si antes usted coopera con nosotros. Sólo tiene usted que acompañarnos con la guitarra unas cuantas canciones que las cantaremos nosotros no lejos de aquí. Luego el instrumento será completamente suyo. ¿Le parece bien mi proposición?

—De acuerdo —replicó escueto el hombre del sombrero de hongo, tomando la guitarra antes de que la ofrecieran. Acto seguido, se permitió demostrar su valía de experto músico, tañendo con perfección la introducción de cierto pasillo en boga.

—Perfecto —aprobó el mismo mozo que hablara antes—. Ahora venga con nosotros. Ventajosamente no tendremos que ir muy lejos para que pueda usted cumplir con su com-

promiso. Tres canciones por *santa*, además, ellas no son más cinco. Y basta.

Sin más, los cantores, llevando en medio de ellos al músico, enfilaron sus pasos por la calle Guayaquil, en dirección de la plaza de Santo Domingo, a ritmo acelerado, casi en volandas. Atravesaron sin dificultad la intersección con la calle Olmedo, que por fortuna se hallaba despejada. Imprimiéndole a sus pasos aun mayor velocidad, llegaron al cruce con la Mejía y sin observar la menor precaución, no obstante que el tránsito motorizado de esa vía tenía luz verde en ese preciso momento, la atravesaron. Una efímera y apresurada travesía que desató una borrasca de espeluznantes chirridos de frenos, alaridos de cláxones e improperios de conductores enfurecidos.

Pero no todos lo consiguieron. Los cantantes, como se suele decir, se salvaron por un pelo. Salieron milagrosamente indemnes de casi debajo de las ruedas de un pesado autobús que circulaba cuesta abajo, en sentido oeste este. Pero no así el pobre músico que demostró ser menos ágil que sus fortuitos acompañantes. Tal vez las copas de licor que parecía llevarlas dentro le hurtaron reflejos, o fue una de esas malas jugadas que a veces nos reserva el destino. Lo cierto fue que el terrible golpe que recibió, del vehículo, en mitad de su anatomía, lo lanzó, haciéndolo dar vueltas en el aire, a varios metros de distancia. Aterrizó fuera de la calzada, exactamente en el ángulo formado por la acera y la pared de un edificio, donde quedó doblado e inmóvil, congelado por el hielo de la muerte. Probablemente no había recibido lesiones externas, ya que no sangraba. Conservaba todavía el sombrero puesto y sostenía la guitarra en sus brazos, la cual increíblemente había salido ilesa.

—Pobre hombre —se compadeció uno de los mozos cantores, contemplando apenado al caído.

—Menos mal que la guitarra parece haber salido bien librada —se consoló el sujeto que había recorrido media ciudad con ella bajo el brazo. Debía haberle cobrado cariño en ese tiempo.

—Pero ¿ahora quién podrá respaldarnos musicalmente? —se lamentó otro, a punto de derramar lágrimas—. Sin alguien que se las entienda con ella, equivale a no tenerla. Más vale olvidarla y ahuecar el ala antes de que a algún *chapita* vividor se las dé por acercársenos atraído por la curiosidad.

Ciertamente, la intención de abandonar de inmediato el lugar de la tragedia era una inspiración inteligente, aunque de ninguna manera caballerosa. El golpeado podía estar únicamente en estado de shock, como consecuencia de algún grave traumatismo, resultándole vital el socorro inmediato de un alma caritativa. Pero también existía el peligro de que, a pesar de tratarse de un simple accidente, se les implicaran de algún modo en el caso. Un lujo que no podían darse frente a la suspicacia de las dueñas sus afectos —que si bien llevaban faldas no carecían de afiladas uñas—, sobre todo, porque desconocían la verdadera razón de la ausencia de sus canciones en un día tan importante para ellas. Apenas les bastó una mirada de inteligencia entre sí para comprender lo que debían hacer, y ambos a la vez, empezaron a batirse en retirada.

Pero la cautela de poco iba a servirles. Como si hubiesen adivinado las intenciones de los cantores, las gentes que empezaban a aglomerarse junto al presunto cadáver, les cortaron el paso suponiendo que la falta de interés de los jóvenes por aquel espectáculo gratuito, no podía ser meramente casual. Nadie deja de lado un suceso que forzosamente será

mañana noticia de primera plana, máxime, hallándose en primera fila. Creyeron de buena fe los curiosos que su obligación era la de entregarlos a la policía, que no tardaría en aparecer, advertida telefónicamente por alguien. Ciertamente, el ulular de una sirena que poco antes se había dejado oír lejanamente, se hacía cada vez más potente.

La policía y una ambulancia llegaron al mismo tiempo. Los de la policía pidieron a los presentes detalles de lo ocurrido, y no faltó quien señalara a los cantores como responsables del percance, asegurando que habían empujado a la víctima hacia la calle cuando el autobús pasaba frente a sí. Mientras éstos se defendían de los gendarmes con vanas protestas, el médico de la ambulancia examinaba al herido. Pero apenas unos instantes después declaró que nada se podía hacer ya por él, puesto que había perdido todo signo vital y que estaba tan muerto como su bisabuelo. Y fue justamente entonces cuando ocurrió algo que dejó estupefacta a la concurrencia.

El cadáver sufrió un ligero estremecimiento, primero y luego, como si despertase de un sueño, abrió los ojos y miró sin inmutarse a los presentes que contemplaban sobrecogidos aquella prodigiosa resurrección. De inmediato, apoyándose en uno de sus brazos que lo situó en el suelo, se puso de pie mediante ágiles movimientos, levantando consigo la guitarra.

No manifestaba el individuo haber sufrido la menor lesión como consecuencia de la embestida del automotor y daba más bien la impresión de hallarse tan saludable y optimista como el más vigoroso de los mortales, ya que en su varonil rostro iluminaba una radiante sonrisa. Buscó con la mirada a los cantores, que permanecían asidos por los policías, y les recordó la urgencia que tenían de cumplir con lo estipulado.

Arguyó que la serenata que él debía llevarla a su novia, era impostergable. Pero, claro está, ninguno de los aludidos hizo el mínimo intento de seguirlo. Entonces el hombre del sombrero de hongo, sin dirigirles una palabra más a efímeros compañeros ni a nadie, se esfumó en menos tiempo del que se requiere para pestañear, llevándose consigo la guitarra.

Sin embargo, por breves instantes fue posible escuchar, como un murmullo que llegaba del éter, la canción de *El Chulla Quiteño*, la cual fue apagándose poco a poco como absorbida por la lejanía. Y sólo entonces comprendieron los congregados que habían sido víctimas de las consabidas bromas de *El Chulla*.

Desde luego, no son éstas las únicas anécdotas en las que el Chulla fuese su protagonista. Existen muchas de estas historietas que los quiteños suelen contarlas como sucesos verídicos. Y se asegura que, donde hay un festival, una boda e incluso un funeral se halla presente *El Chulla* disimulado entre la concurrencia.

---

\*La palabra *chulla* que en Ecuador sirve para designar al quiteño de clase media, como la de *chilango* al oriundo de la ciudad de México, nada tiene que ver con el vocablo quechua que se escribe y se pronuncia de similar forma, cuyo significado es: solitario, impar, etc. Sólo es una mera coincidencia. (Nota del Autor)

## UN ANGELICAL FANTASMA

EL apartamento que acababa de tomar en arriendo el cuarentón y enjuto Gustavo Avellano, en un vetusto edificio de aspecto colonial, situado en la calle Sucre, número 214, de la franciscana ciudad de Quito, era a primera vista una ganga. Sus ventajas no podían ocultarse: una mensualidad evidentemente baja que debía ser abonada al finalizar el semestre, amplias habitaciones provistas de hermosos ventanales que daban a la calle principal, apacible silencio en todo el edificio y grata holgura. Todo esto, sin contar con el privilegio de encontrarse en el mero centro de la urbe.

Don Gustavo Avellano, conocido también como “El hombre de la leonera” (de quien se decía que en su infancia había sido alimentado por una leona, al igual que Remo y Rómulo por una loba), no era el único inquilino de aquella casona poco menos que abandonada, pues en ella habitaban también, además una anciana pareja que apenas daba muestras de vida, un individuo de mediana edad a quien se le veía de vez en cuando. Los tres ocupaban aposentos del piso superior inmediato al de don Gustavo. Esta sui géneris situación le dejaba como el único usuario de toda una planta de aquel caserón, que quizá otros se habrían negado a habitarla, dada su reinante desolación. Por cierto, había algunos detalles que enervaban el espíritu con sólo poner los pies allí, como por ejemplo, los grandes pasillos escasamente iluminados por alguna bombilla eléctrica, cuya débil luz se esforzaba por atravesar la gruesa capa de inmundicia que las moscas habían ido depositando durante prolongados años; las crujientes escaleras de madera, que lanzaban espeluznantes alaridos al menor contacto con sus peldaños, y esa quietud asfixiante

originada por un silencio sobrecogedor. Estas minucias hacían de esta mansión un tétrico refugio tan acogedor como un cementerio a mitad de la noche. Sin embargo, don Gustavo, hombre de jovial carácter y serenos nervios, no se inmutaba por tan poca cosa. Allí se sentía a gusto y hasta disfrutaba de aquella soledad difícil de encontrarla en otro lugar. Claro que, cuando alguna vez se le daba por ponerse sentimental, buena falta le hacía la compañía de alguien cercano con quien poder departir, ya que solamente en raras ocasiones era visitado por sus escasos amigos.

Con el paso de los años, don Gustavo, el edificio que le albergaba y el silencio sobrecogedor de éste, se habían soldado entre sí para formar una bien definida unidad. Quienes estaban al corriente de esta situación, al ver a don Gustavo, se acordaban de inmediato del inmueble de la calle Sucre en su aspecto desolado. Y lo mismo, si miraban el viejo edificio, automáticamente pensaban en don Gustavo, deslizándose por sus interiores, como un vampiro, en la más tétrica soledad.

Mas para “El hombre de la leonera” aquella rutina pareció terminarse cuando cierta noche que el sueño se mostraba reacio en llegar en su ayuda, oyera lleno de sorpresa las notas de un piano, reproduciendo magistralmente una clásica melodía no lejos de sus habitaciones. La escuchaba arrobado, pero no tardó en quedarse dormido. A la mañana siguiente se acordó perfectamente el incidente de la víspera, pero se imaginó haberlo soñado y, como tantos otros sueños, lo olvidó por completo. Sin embargo, a mediodía, que era la hora de retorno a su domicilio, volvió a escuchar la misma melodía y descubrió, además, que provenía precisamente del apartamento situado enfrente del suyo. “Vamos. ¡Hasta que al fin tengo compañía!” Se dijo, dando por supuesto que

aquellas habitaciones, antes vacías siempre, serían al cabo ocupadas.

Transcurrieron un par de días sin que don Gustavo pudiera ver a su flamante vecino, no obstante su curiosidad por conocerlo. Las puertas de la morada de la cual emanaba la música, permanecían siempre cerradas. Mas una noche, cuando “El hombre de la leonera”, como de costumbre, se disponía a dejar su alojamiento para visitar su cafetería favorita, se vio de pronto ante unas puertas despejadas enfrente de él, mostrando generosamente todo el interior de un salón lujosamente amoblado. Y grande fue su sorpresa al descubrir que el personaje a quien lo suponía hombre, resultó ser en realidad una mujer. ¡Una joven y bella mujer que, instalada junto a un piano, interpretaba la melodía de siempre! Era alta, esbelta, de rostro ovalado, quizá demasiado pálido pero decididamente hermoso. Este rostro perfecto, enmarcado por una bruna cabellera que descendía en bucles hasta los hombros, poseía dos grandes ojos velados por largas y rizadas pestañas, que habían tomado para sí el color de las semillas de cafeto tostadas, una nariz clásica, que acreditaba el origen noble de su dueña, y una boca deliciosa que inspiraba cándidas sensaciones. Vestía una bata suelta color celeste, acercándose éste más al blanco que al azul, que le confería a la joven un aspecto etéreo similar al de una tenue nube.

Don Gustavo Avellano, obsequioso y cortés como todo *chulla* bien nacido, se sintió obligado a presentar sus respetos a la bella del piano. Y, con esta loable intención, efectuó un verdadero derroche de cuanto truco se le ocurrió a su viva imaginación con la finalidad de que ella advirtiese su presencia. Mas su deslumbrante vecina no se dio por enterada y continuó arrancando notas de su instrumento. Entonces

nuestro héroe, experto en sortear escollos parecidos, cambió de táctica y atacó frontalmente.

—Me llamo Gustavo Avellano— dijo éste, situándose estratégicamente en el umbral de la puerta del aposento de la bella mujer—. Vivo en el apartamento de enfrente. Y deseo presentar mis respetos a la beldad que, con su sola presencia, ha traído a este lugar alegría y felicidad.

Ahora sí se fijó en él su vecina. Detuvo la música y le miró sin sorpresa. Se puso de pie y, desplazándose con elástica suavidad, que parecía flotar más que caminar, se acercó al galante caballero, permitiendo que le mirase en toda su majestuosa belleza. Le obsequió con una sonrisa y, sin invitarle a pasar, expresó con acariciadora voz:

—¿Ha dicho usted, que mi presencia es motivo de felicidad y alegría? ¡Vaya panegírico al cabo de tanto tiempo!

—¡Oh, señorita! —se apresuró a responder don Gustavo, creyendo ser objeto de un reproche— Le aseguro que es ahora la primera vez que tengo el superlativo placer de verla.

—De ello estoy segura —aclaró la beldad para alivio del sorprendido hombre—. Pues la situación que atravieso, me impide que alguien me viese tanto como yo quisiera.

—¡Cómo! ¿Le tienen acaso secuestrada?— exclamó intrigado don Gustavo, intentando dar un paso adelante y atravesar el umbral de la puerta. Pero, pensándolo mejor, se quedó donde estaba.

—Tanto como eso no, caballero. En cambio, soy cautiva de alguien muy poderoso —aclaró la joven con profunda tristeza.

—¡Oh! ¿Qué me dice usted? —se maravilló don Gustavo y añadió evidentemente disgustado—: Pero ¿cómo es posible violaciones de los Derechos Humanos de esta magnitud cuando el siglo veinte está por fenecer? Por fortuna existen

leyes que salvaguardan los derechos de las personas, sin importar cuán grandes sean los tiranos. Pues ahora mismo podrá usted librarse de esa opresión con sólo recurrir a la autoridad más cercana. Y créame, señorita, que si usted precisa de una ayuda, no seré yo quien se niegue a ponerse de inmediato a su servicio.

La hermosa mujer quedó pensativa por un instante, luego dijo:

—En verdad me hace falta una persona de buen corazón dispuesta a prestarme ayuda. Su generosa contribución me permitiría alcanzar la paz que anhelo desde mucho tiempo atrás. Mas el auxilio que preciso no se reduce a orientarme cómo entablar un litigio que a la postre habría de redundar en mi beneficio, sino a la entereza para seguir exactamente mis instrucciones después de enterarse de quien soy en realidad.

—Estoy dispuesto a consagrar mi vida entera a su servicio —prometió “El hombre de la leonera”, demostrando que se hallaba interesado de verdad en ayudar a la dama.

El coloquio tomaba a todas luces un cariz interesante. La dama declaraba precisar del socorro de una persona bondadosa, para poder librarse de la calamitosa situación que sin duda la estaba pasando. Bastaba con fijarse en su expresión, ensombrecida por la melancolía, para concluir que era presa de una honda preocupación. Por su parte, don Gustavo, situado junto a la puerta como al principio, seguía atentamente el mínimo gesto de su interlocutora, que parecía no tener en mente invitarle a pasar adentro, no obstante la confidencial plática que se había iniciado ya. Esta actitud poco cortés no le extrañó en absoluto. Experto conocedor del espíritu humano, supo comprender las desfavorables circunstancias que

dominaban el estado emocional de la delicada mujer. Mas lo que vio dentro de la estancia, sí le llamó la atención.

Se hallaba él frente a un verdadero museo de antigüedades. Todo el mobiliario y demás bártulos que contenía el salón, respondían al más gusto refinado por su diseño, material y perfecto acabado, aunque, extrañamente, pertenecían a una época muy anterior a la actual. Su estilo parecía ser más bien propio de la época colonial. Hasta las lámparas guardaban armonía con el escenario. No eran alimentadas por energía eléctrica sino por combustible. Sus amarillentas llamas titilaban constantemente mientras dejaban escapar diminutas columnas de acre humo que alcanzaban el cielo raso para marcarlo con sus renegridos besos. Don Gustavo estaba desconcertado.

—Señor Avellano, ¿puedo realmente contar con su ayuda? —interrogó la joven, sacando al aludido de sus pensamientos que por un instante se habían desviado de la ruta preconcebida.

—Desde luego que sí —respondió un tanto azorado el caballero, como sorprendido en una falta grave—. Cuente usted con mi concurso para lo que estimase conveniente. Pero, señorita... señorita... —y cortó él intencionalmente la frase.

La dama, contrariamente a lo que esperaba su interlocutor con la capciosa repetición de aquel eufónico diminutivo, no fue en su ayuda.

Éste, visiblemente decepcionado, no tardó en retomar la palabra:

—Pues bien, señorita mía, ruego me informe ¿quién es aquel desalmado opresor que trata de retener a usted contrariando su voluntad? Y también, ¿cuál es el dulce nombre de la deidad, que con sólo una de sus miradas ha logrado avasallar mi corazón?

—Quien me tiene prisionera —respondió ella— es conocido con mil nombres distintos, mas nadie puede llegar a él mientras la vida anima su cuerpo. Por cierto, su infinita potestad jamás me sometió deliberadamente a la pena de mantenerme apartada de la gloria, la cual no podré alcanzarla sino cuando los pormenores de mi existencia terrenal sean esclarecidos. En cuanto a mi nombre, sigo llamándome Marieta.

Don Gustavo, que mientras escucha las últimas frases de la dama, fue perdiendo poco a poco el color, comprendió plenamente que bajo las apariencias de una escena ordinaria, cuando menos lo esperaba, se hallaba frente a un suceso sobrenatural. Al terminar Marieta su alocución, no pensó sino retirarse de allí sin pérdida de tiempo, poniendo así su persona fuera del alcance de aquella mujer que aseguraba no pertenecer a esta vida. Mas de inmediato le asaltó la duda y, reconstituyendo someramente su aplomo, exclamó:

—¡No es posible algo semejante! ¿Trata usted de asustarme, verdad? ¡Ah, claro que sí! ¿Lo que me ha dicho no es más que una broma, verdad?

—¡No, amigo mío! —replicó Marieta, centrando su diáfana mirada en los medrosos ojos de su vecino—. En la situación que me veo no hay lugar para bromas ni tiempo para fijarse demasiado en la patética cobardía de un hombre que, pese a sus reiteradas promesas de ayuda, intenta huir frente a los escollos de la realidad. Se me antoja que pierdo el tiempo con usted —remató decepcionada la joven.

—¡Oh no, eso nunca! Pues en mí no existe un ápice de cobardía —se defendió inquieto don Gustavo —¿Acaso el intrépido león no se estremece al repentino zumbido de una mosca?

Desde luego que “El hombre de la leonera” no era un pusilánime, pues en incontables ocasiones se había enfrentado al peligro con proverbial valor. Las amenazas de sus rivales y mal-querientes jamás le habían arredrado. Pero esto de vérselas con un fantasma era un asunto muy especial.

—Entonces, ¿ratifica usted su promesa de caballero?— inter-peló ella.

—Desde luego, reina mía —respondió él, imprimiendo rumbosa majestad en su voz y permitiéndose por primera vez cierta libertad con ella. Algo le decía que todo lo que estaba ocurriendo no era más que una broma urdida por sus socarrones amigos con la colaboración de aquella atractiva mejer, quizá la amiga de uno de ellos. Por tanto, seguiría él gustoso la corriente mientras trabajaba para consolidar la amistad con su fingida vecina. Ya verían los bromistas quien se divertiría mejor a la postre.

—Bien —reanudó la conversación Marieta—. Empezaré diciéndole que el martes pasado se cumplieron doscientos años de mi muerte física e igual tiempo del que permanezco prisionera en este lugar...

—Querrá usted decir que ha pasado encerrada aquí doscientas horas y que tal circunstancia le ha parecido terrible como la muerte —interrumpió “El hombre de la leonera”, intentando demostrar a la dama que nada tenía de lerdo.

—Quise decir doscientos años, don Gustavo —enfaticó Marieta, sin manifestar molestia por la impertinencia de su vecino, y continuó—. Lo cierto es que, de momento, disfruto de mi segundo periodo de sosiego. Porque un alma en cuarentena (o, si se prefiere, en pena o en el purgatorio), dispone solamente de una semana de reposo cada cien años. Durante este lapso puede el alma penitente dejarse ver por los

vivos y, por supuesto, también comunicarse con ellos. Claro está, sin abandonar el lugar donde le fuera confinada.

“Esta especie de vacación, sin embargo, no le es otorgada para emplearla en recreación ni mucho menos, sino para recabar ayuda de alguna persona caritativa que quisiera concederla. El camino de la Gloria se alcanza sólo desde el mundo terrenal. Y yo ruego a usted, por lo que más quiera, otorgarme el socorro que necesito para poder abandonar este mundo que dejé de ser el mío desde hace mucho tiempo. Si en el pasado fue ésta mi comfortable casa, ahora es tan sólo mi opresora cárcel.

De modo alguno, por excelente actora que Marieta fuese, hubiera sido capaz de representar una comedia con la conmovedora naturalidad de quien es realmente objeto de un sufrimiento inmensurable. Sus palabras parecían surgir de las profundidades de un piélago de amargura.

Don Gustavo, desechó sin más todo recelo de superchería por parte de su interlocutora. Conjeturó que si ella decía que llevaba dos siglos fallecida, pues bien, ¿qué iba a ganar con engañarlo? Una patraña de ese bulto, inventada sólo con la finalidad de fastidiarle, ciertamente, no tenía sentido. Mas, la certeza de que se había inmiscuido en un caso sobrenatural, le había puesto pálido nuevamente y sentía que sus piernas eran invadidas por un temblor ascendente, que, de continuar su avance, muy pronto se vería castañeteando los dientes. Notaba que el miedo empezaba hacerle presa, pero esta vez se hallaba muy lejos de pretender poner los pies en polvorosa. Iría hasta el final sin que le importase el precio que, a la postre, habría que pagarlo. Una promesa era una promesa, e incumplirla con un fantasma, por hermoso que fuese éste, sería peligroso.

La dama, sin percatarse del apuro que atravesaba su vecino, siguió adelante con su discurso.

—Decía que el martes pasado —continuó— había cumplido yo dos siglos de permanecer prisionera de la lúgubre soledad, sin conseguir desprenderme del lastre que mis pasados errores fueron acumulando en mi cuenta. Confinada en un profundo pozo, adonde fui a dar en cuanto abandonara mi envoltura material y fuera juzgada, miro constantemente desde su oscuro fondo el brocal que anhelo alcanzarlo para dejar mi prisión. Intento continuamente ganar la cima, que no es otra que la conquista de mi libertad, pero no soy lo bastante liviana como para poder ascender su perpendicular muralla. El pesado fardo de culpas, con el cual me regalara la vida, me impide remontar las alturas. Y continuaré así mientras no encuentre una persona caritativa que consienta en ayudarme. Si bien, el auxilio que preciso es determinante para mi salvación no requiere de colosal esfuerzo ni prolongado tiempo para efectuarlo. Y si, afortunadamente, encuentro en usted a esa persona bondadosa, podré al fin purificarme. Caso contrario, habré de permanecer cautiva siglo tras siglo en espera de la persona que vendrá en mi socorro —la joven exhaló un profundo y dilatado suspiro que encontró eco en la estancia débilmente iluminada que la albergaba y en el desierto y extenso pasillo que tenía enfrente. Don Gustavo sintió que se le erizaban los pelos y le faltó poco para proferir un grito de terror—. El tiempo apremia —continuó—. Una hora más y la facultad de poder comunicarme con alguien aún vivo habrá concluido para mí.

“El hombre de la leonera”, aún presa del sobresalto que acabara de sufrir, apenas había puesto atención a las últimas palabras expresadas por su vecina. No obstante, se rehízo pronto.

—¡No comprendo! —formuló estupefacto don Gustavo— Pero ¿cuál ha sido la falta cometida por usted para merecer castigo semejante?

—El haber permitido deliberadamente que la gente me creyese mejor de lo que en realidad fui. Haber falseado la majestad de la Verdad en mi propio beneficio —respondió Marieta.

—¡Imposible! —se maravilló aun más don Gustavo— Me hace difícil creer que fuese usted una mitómana.

—Para su cabal comprensión es mejor que escuche la historia de mi vida terrenal —profirió la joven con gesto perentorio y empezó: —Nací en esta ciudad y en esta misma mansión, hace doscientos diecinueve años, en el seno de una distinguida familia, flor y nata de la sociedad capitalina de ese entonces. Habiendo sido yo, por luengo tiempo esperada por mis padres, cuando me hice presente a ellos, guiados por el amor que les inspirara mi presencia, me concedieron homenajes dignos de una princesa. Mas no conformes con ello, pronto me atribuyeron cualidades sobrenaturales que no tardaron en crearme una aureola de santidad. Esa apócrifa fama, rebasando el cerco familiar, llegó a la crédula ciudadanía capitalina que, de inmediato, no hablaba más que de mis virtudes. Y, para abonar este fraude, no faltaba de vez en cuando algún ingenuo que creyese haber sido agraciado con un milagro otorgado por mí.

“Sin embargo, aunque acostumbrada yo a una deferencia especial desde la infancia, no alcanzaba a comprender por qué me debían los demás una consideración superior a la que se merecían ellos mismos. Pues no era de ningún modo mejor que otra niña de mi misma edad. Más tarde, consciente del barullo que había originado esta farsa, intenté proclamar la verdad y destruir así la imagen labrada en mi honor por el

desmedido afecto que me profesaran mis padres. Pero al darme cuenta de la vergüenza a la cual se verían ellos enfrentados, ahogué los gritos de mi conciencia y cobardemente callé la verdad por el resto de mi corta existencia. Cuando cumplí dieciséis años de edad, mis progenitores, que supieron consolidar mi reputación de santa a prueba de detracciones, habían bajado ya a la tumba. Me hallaba en la época en la que el vino de las ilusiones embriaga con facilidad la mente, presentando la vida llena de espléndidos mirajes dignos de ser contemplados incesantemente....

La joven se vio obligada a interrumpir el relato estremecida por un nuevo suspiro que don Gustavo apenas lo notó. O bien no lo fue tan fuerte como el anterior o bien se había acostumbrado pronto a estas sordas manifestaciones de dolor. Lo cierto es que sufrió tan sólo un leve respingo.

—¿Entonces sus buenos propósitos quedaron relegados? —interrogó el caballero— ¿Le faltó valor para revelar la verdad?

—Quizá —respondió la dama—. Además, a esa altura de mi vida, de nada me hubiese valido declarar que mi santidad no era superior a la del común de los pecadores. Figúrese usted que, en cierta ocasión, incómoda de continuar simulando ante los ojos de los demás una vida de penitencia, donde las oraciones fueran mi único sustento, decidí adquirir una vihuela y, tan pronto como mi destreza me permitió obtener unas cuantas notas, acompañada por ella, inundé el vecindario con la desbordante alegría de mis canciones. Con aquella escandalosa conducta esperaba que mis devotos cambiasen de opinión respecto a mí. Y ¿sabe usted cuál fue la reacción de ellos? Pues la de arrodillarse para escucharlas extasiados, como si se hubiera tratado de salmos interpreta-

dos por un ángel. Y desde entonces se dieron en llamarme “La Santa Canora”.

Al escuchar este nombre, don Gustavo emitió un grito de sorpresa, congoja y alegría a la vez, que retumbó como un trueno en todo el vetusto edificio y, poniéndose de hinojos, profirió con profundo fervor—: ¡Oh, bendita seas tú “Santa Canora”! ¡Oh flor de la pureza! ¡Felices mis ojos que tienen el privilegio de verte personalmente! Dichosos mis oídos que escuchan la divina melodía de tu voz. ¡Oh, “Santa Canora”, bendita seas mil veces por concederme esta entrevista personal! Perdón por mi torpeza de no haberte reconocido cuanto antes.

Marieta, o la sombra de ella, que no esperaba tamaña reacción por parte de su interlocutor, luego de haber explicado que ella era sujeto de castigo precisamente porque le creyeran santa, no pudo reprimir su enojo y, agriamente, dijo:

—Pero ¿qué es eso, don Gustavo? Y basta de arrastrarse por el suelo como un reptil. Pues ¿también usted va a atribuirme dotes divinos a sabiendas que jamás los poseí y que, además, contribuiría con ello a aumentar el peso de mi carga? Vamos. Déjese ya de comportarse como un insensato. Por otra parte, amigo mío, ¿quién le ha dado a usted permiso para tutearme? ¿Se ha olvidado que apenas nos conocemos? A mi entender, al ser el alma superior al cuerpo, ella debe ser objeto de mayor consideración que él, ¿no le parece? Por tanto, continúe tratándome con el pronombre personal “usted”.

El pobre hombre no podía estar más abochornado. Un reproche de ese tinte, aunque viniese de la santa de su devoción, sería siempre un reproche de feísimo colorido. Avergonzado, tanto por la reprimenda recibida como por sentirse reo de una falta de lesa cortesía, se irguió, prometiéndose

que iba a mantenerse quieto y a permanecer en lo sucesivo con la boca cerrada. Sin embargo, la necesidad de justificarse le exigió volver a tomar la palabra.

—Ruego a usted acepte mis disculpas por el *lapsus linguae* que acabo de cometer —dijo con temblorosa voz—. Aunque si mal no recuerdo, cuando se trata de dirigirse a un santo, todo el mundo suele tratarlo de “tú” a secas.

—¡Cuidado! —exclamó Marieta sin ocultar su enojo, levantando una mano, nívea y bella cual azucena, hasta la altura del rostro de su interlocutor, como si quisiera valerse de ella para detener el vacuo alegato que adivinaba venir— Merezco que se me respete y no permitiré que nadie me confiera un trato despectivo. El haber fallecido hace dos siglos no es motivo suficiente como para que el respeto por mí se degrade. Y en cuanto a la alusión de mi santidad, no consiento que se me vuelva a atribuirme.

—¡Oh! ¡No puede ser! —clamó don Gustavo, a punto de caer de hinojos nuevamente mientras movía las manos sin poder controlarlas— Por repetidas ocasiones he leído la relación de la vida de usted, señorita Marieta, y sus páginas no hablan sino de profusos sacrificios, privaciones, recogimiento e incommensurable amor al prójimo, que tan sólo una genuina santa pudo haber poseído.

—De pertenecer yo al mundo de los vivos, donde la vanidad prima sobre todas las cosas —dijo la dama moviendo con decepción su hermosa cabecita—, de buena gana le dejaría que continúe inmerso en un ridículo error que invita a la risa. Pero en mi actual condición, estas opiniones que tienen de mí, me resultan altamente perniciosas. Se lo he dicho ya, caballero. Por tanto, me opongo a que también usted sea parte y, además, fomento una creencia que, para mi desgra-

cia, hace ya más de dos siglos naciera fundamentada en falsas apreciaciones y que continúa vigente como auténtica.

Sin ser nuestro amigo, “El hombre de la leonera”, un fanático de la religión católica, era respetuoso de sus preceptos más conspicuos: oía misa los domingos y fiestas de guardar, se confesaba llegada la Cuaresma y cuando presentía peligro de muerte a causa del reumatismo que padecía, daba limosnas a todo menesteroso que le extendía su enflaquecida mano y, por supuesto, contaba con una santa de su devoción. Y vaya peregrina coincidencia, la santa que escogiera como su patrona, era precisamente “La Santa Canora”. Desde luego que él se hubiera decidido por ésta, no era nada raro, ya que los católicos de la localidad, atentos a la infinidad de milagros que con facilidad concedía ella a sus devotos, le retribuían con su devoción.

El prestigio que, a través de los siglos, “La Santa Canora” se había ganado como campeona en otorgar milagros, despertó en sus conciudadanos el afán de adquirirla un puesto de honor junto al sillón del Señor Dios. Se decían: “favor con favor se paga”. Y por verla cuanto antes canonizada, trabajaban denodadamente. Eran razones de peso para que don Gustavo se negara a someterse a la advertencia que acababa de oír, aunque la oyese de la boca de la misma beata. Debido a eso supuso que lo dicho por ella no podía ser más que una prueba con la finalidad de medir la consistencia de su fe, quizá porque tenía en mente encargarle la fundación de su orden religiosa. Y para demostrar que su fe estaba plenamente arraigada, decidiéndose a poner de rodillas, dijo:

—¡Oh, Santa Canora! Nada podrá erradicar de mi corazón la devoción que por usted siento. Cada vez que mis ojos recorren las páginas de vuestra historia repleta en penitencia, dolor y sacrificio, mis ojos no pueden reprimir el torrente de

lágrimas que afloran a ellos. Siento en lo íntimo de ser el beneficio de sus enseñanzas, que las practico, y la veneración por usted es mayor cada día.

—¡Por favor, don Gustavo! —dijo Marieta decepcionada más que nunca— ¿Cuándo se verá usted libre de tan molesta ingenuidad? Comprenda de una vez que en mí no hubo más dolor ni sacrificio de los que padeció María Magdalena antes de conocer al Nazareno.

—¡No! —gimió incrédulo don Gustavo, manteniéndose arrodillado— Entonces, —¿qué significado tuvieron sus ayunos y autoflagelaciones?

—¡Eh, amigo mío, poco a poco! —se apresuró a responder Marieta, esbozando en sus ojos una graciosa sonrisa—. Pero si jamás me negué a ingerir alimento con la intención de mortificarme. Que a veces despreciara algunos manjares se debía únicamente a que ellos no satisfacían plenamente las exigencias de mi delicado paladar. Y en cuanto a las flagelaciones que usted se refiere, pues no las recuerdo.

—¡No puede ser! —exclamó don Gustavo, incorporándose sin siquiera darse cuenta— Pues la historia de su vida las relata claramente.

—Empiezo a recordar tales comentarios ahora que usted los cita —comentó Marieta luego de permanecer por varios segundos silente—. Pues lo que los originó fue lo siguiente: Hubo una época de mi existencia en que, con frecuencia, era yo objeto de agudos dolores de cuello y espalda que no respondían a la acción de ningún medicamento. Mas un buen día descubrí que estos desaparecían como por ensalmo en cuanto aplicara suaves golpes en los lugares afectados. Y como la dolencia se presentara en cualquier sitio y momento y no siempre disponía de un objeto adecuado del cual valerme, en más de una ocasión me veía forzada a usar alguno no

muy elegante que digamos. A veces debía conformarme con el mango desprendido de una sartén, un trozo del astil de una escoba o hasta con mi propio cinturón. Sin embargo, estos actos llevados a cabo con la intención de propiciar alivio físico, fueron interpretados en sentido contrario a su fin y, al volar de boca en boca de quienes especulan con la exageración, se modificaron y se magnificaron. Pero esta falacia resulta insignificante al lado de aquella tejida acerca de mi muerte. Como usted habrá leído, la historia afirma que, a cambio de la salvación de mis compatriotas de la terrible epidemia que por entonces se desencadenó en el país, llegué a ofrendar mi vida. Pues, don Gustavo, la verdad es muy distinta, fui yo su primera víctima. Y bien, ahora que conoce usted mi legítima historia, incuestionable causa de mis sufrimientos actuales, le suplico preste atención a las instrucciones que voy a dictarle, porque apenas me queda tiempo para hacerlo —la dama miraba a su interlocutor con expresión de súplica, temiendo sin duda que la obsesión que se había apoderado de éste le restara concentración—. En el marco superior de la única ventana de este salón —continuó—, disimulado con el tapiz que cubre las paredes, existe un intersticio donde reposa un pequeño libro que contiene mi diario íntimo. Éste debe ser remitido de inmediato al Sumo Pontífice para evitar mi canonización y, con ella, mis penalidades.

Al escuchar estas últimas palabras, la reacción de “El hombre de la leonera” no pudo ser más extraña. Su actitud que hasta unos segundos antes fuera de humildad, tomó un giro brusco para situarse en el polo opuesto. Nuevamente le asaltó la idea de que era víctima de una broma confeccionada en su honor por sus pícaros amigos. Recapacitó que “La Santa Canora”, por apurada que se viera, no se habría toma-

do la molestia de abandonar la tumba, donde reposaba en completa paz durante doscientos años, únicamente para concederle una entrevista y mucho menos para andar de confianzas con él. Se sintió avergonzado, pero de inmediato la vergüenza se trocó en disgusto que lo disimuló a duras penas bajo una sonrisa tensa. Se dijo entonces que de él nadie se iba a burlar.

Usando el cuello como un aceitado eje de la cabeza, barrió con reiteradas y veloces miradas el área del enorme pasillo que tenía a sus espaldas, no obstante, de saberlo desierto. Pero debía estar seguro de que no había moros en la costa. Bien podían hallarse sus bellacos camaradas, disimulados por la penumbra, mirándole divertidos desde el vano de las puertas vecinas. La experiencia le decía que, por precauciones que una persona tome para asegurar su privacidad, siempre hay alguien asechándola a sus espaldas. Pero, presentes o ausentes, ellos no se iban a salirse con la suya. Por cierto, también para la bribona tenía una sorpresa.

Y moviendo los brazos con velocidad supersónica, intentó rodear con un apretado abrazo el talle de la mujer. Mas, en el instante en que sus brazos se cerraban, increíblemente se esfumó ella, llevando consigo todo lo que había a la vista. Ahora, ante los asombrados ojos de don Gustavo, no quedaba otro objeto que la indiferente puerta, cerrada como de costumbre, que tantas veces la vieran. El defraudado caballero, imaginándose que la tal Marieta fuera más veloz en hacer girar la puerta que él en pestañar, ya que ni siquiera había podido ver la maniobra, se puso molesto. En un intento por pasar al interior de la habitación, empujó con violencia y por repetidas ocasiones la hoja de madera que cortaba su paso. También llamó con ansiosas palabras, que en el silencio absoluto de la mansión fueron respondidos con atronadores

ecos, pero sin resultado. Pues antes se enronqueció que conseguir ser escuchado.

—Ahora mismo sabré qué es lo que está sucediendo aquí —masculó y fue presuroso en busca del conserje.

El conserje, un viejo de aspecto bonachón y de movimientos pesados, similar a los de un pato cebado, negó que aquel departamento hubiera estado habitado al menos durante los últimos cuarenta años, que era el tiempo que él servía en esa casona. Pero ante la obstinación de nuestro heroico amigo, no tuvo otra opción que la de ir en busca de las llaves para franquear aquella bendita puerta.

Tras un chirrido de herrumbrosas herraduras, la puerta quedó abierta, mostrando el interior de la lúgubre estancia desprovisto completamente de mobiliario e impregnado de una atmósfera pesada e irrespirable.

—¡En verdad era “La Santa Canora” —dijo don Gustavo, exhalando terror hasta por sus poros—, o me estoy volviendo loco!

Extrayendo valor de su abatido corazón, como se obtiene unas gotas de zumo de un limón nuevo, caminó hasta la solitaria ventana de la estancia y, ante la extrañeza del conserje, rasgó sin miramiento el papel tapiz, en el sitio que unía la pared con el marco superior de aquella hoja de madera y cristal. Y de pronto, en el intersticio que acaba de descubrir, tal como le indicara Marieta, encontró el librito al cual hiciera referencia. Luego de hojearlo brevemente, comprobó que se trataba del diario de la extinta mujer conocida como “La Santa Canora”.

*Madrid, 24 de mayo de 2002*

## EL FANTASMA DEL HIDALGO

La idílica ciudad de Latacunga no siempre fue un lugar de calles y parques concurridos hasta altas horas de la noche, donde el amigo del aire fresco y las parejas de enamorados pasean despreocupados bajo la cénica mirada de las estrellas. Hubo, pues, una época en que no había sitio para semejantes caprichos, no obstante la frustración de las almas románticas. Por entonces, el devoto del fresco debía conformarse con las caricias del agua fría y los amantes no tenían otra opción que la de entrevistarse a la luz del día y ser blanco de miradas indiscretas. Mas este sacrificio, por grande que pareciese, resultaba un precio insignificante para evitar el peor susto de su vida.

El miedo, un miedo pánico, que se abatía como una ominosa y negra nube sobre los noctámbulos paseantes, surgía del peligro de encontrarse de repente con el abominable espectro de don Álvaro de Espín y Villavicencio, quien concluyó sus días, en la más absoluta demencia, ahogándose en aguas del Cutuchi. Tal vez los latacungueños de aquella época fueran aprensivos, pero si la décima parte de lo que decían era cierto, tenían más que suficiente para estar aterrados.

En cuanto caía la noche y con la complicidad de sus sombras que obraban como catalizador para generar temor sobre la natural desconfianza del noctívago, el espectro hacía suya la ciudad. Surgiendo de improviso de una sólida pared, de un árbol, o simplemente de la nada, como si atravesase una puerta invisible, la espeluznante figura de un hombre de rostro cadavérico y ojos de chispeante mirada, vestido a la usanza de los nobles del siglo pasado y armado de espada,

cerraba el paso a los transeúntes, paralizándoles de terror. Y mientras éstos le miraban alelados, con voz de trueno y frases obscenas, les conminaba a devolverle su novia, que aducía tenerlos secuestrada.

Ante semejante aparición, que confirmaba la existencia del reino de las tinieblas y la perversidad de sus diabólicos súbditos, los nervios del más valiente quedaban destrozados. Sin embargo, los amedrentados peatones, impelidos por su instinto de conservación, extrayendo fuerzas de flaqueza, emprendían acelerada huída, perseguidos de cerca por aquel engendro dispuesto a rebanarles el pescuezo con su espada, de cuya pavorosa hoja arrancaban las estrellas tétricos destellos.

Una vieja crónica dice que el fantasma, vociferando que le entregasen a su amada, perseguía a los forzados corredores únicamente hasta cuando conseguían estos refugiarse en el interior de alguna casa, adonde a menudo ingresaban tumbando la puerta y echando espuma por la boca. Luego, expresando su frustración con atronadoras blasfemas, se dirigía al puente del río Cutuchi, cuyas aguas atraviesan la ciudad, y desde él se lanzaba hacia su gélida corriente.

Otra fuente de información más reciente afirma que el espectro aterró a los latacungueños durante ochenta largos años, y que sólo cesaron sus andanzas cuando sus huesos fueron recogidos del lecho del río (esto es del sitio mismo donde se suicidara don Álvaro de Espín y Villavicencio, lanzándose desde el puente) y enterrados en campo santo. No obstante, aun hoy existe quienes aseguran que aquella alma en penas jamás ha renunciado a deambular por las noches y que más bien ha extendido su campo de acción a las ciudades vecinas.

Pero ¿quién fue don Álvaro de Espín y Villavicencio cuando pertenecía a este mundo? La misma "vieja crónica" aclara algo sobre la tempestuosa vida de aquel hidalgo, dando cuenta de una serie de tropelías adjudicadas a él. Y lo que dice, ciertamente, nada bueno abona en favor suyo. Lo acusa de esclavista, de ladrón consuetudinario, de flagelador, de espadachín asesino y de Satán en persona. Parece que el ánimo del cronista, quizá víctima o testigo presencial de alguno de los desafueros cometidos por el hidalgo, lo predispusiera en su contra. Pero si se examina con imparcialidad lo que acontecía hace casi dos siglos aquí, los cargos contra don Álvaro, aunque no pueden ser desvanecidos así como así, al menos merecen atenuantes. Ya que él, como muchos otros coetáneos suyos, ¿no fue sino una víctima del sistema predominante de la época? Y basta sólo con mirar la historia del Ecuador para entender cómo marchaba la sociedad de ese entonces.

Finalizaba el primer cuarto del siglo diecinueve y los tempestuosos días de lucha por la emancipación política de España habían quedado atrás. Ahora corrían aires de libertad por todo el país y, al fin, los ecuatorianos podían elegir libre y democráticamente a sus gobernantes de entre los gamonales compatriotas más hábiles en el engaño. Qué felices se sentían, pues ya podían ser tiranizados por su propia gente. Sin embargo, en la práctica, ni siquiera eso ocurría. Eran los mismos españoles, que habiendo avizorado el resultado de la lid fingieron apoyar la causa independista, quienes continuaban tras bastidores gobernando despóticamente el país de la Mitad del Mundo. En cuanto a los "criollos", eran considerados ecuatorianos, ecuatorianos de primera clase, desde luego. En consecuencia, con derecho a detentar tanto el po-

der civil como el eclesiástico. La nobleza de su prosapia era la mejor vía para llegar a la meta que se hubieren impuesto.

En semejantes circunstancias, era raro que un español o un criollo descuidasen de llenar su faltriquera en el menor tiempo posible. Y el hidalgo Álvaro de Espín y Villavicencio no era precisamente un criollo descuidado ni alguien que se hubiese distinguido por el dispendio. Gracias a su privilegio de corregidor de la ciudad, que equivalía a poseer patente de corso, sin ocuparse más que en economizar hasta el último “calé”, fue amasando una cuantiosa fortuna que le aseguraba llevar, en compañía de su futura cónyuge, una vejez nadando en la opulencia. Y bien, ahora que contaba ya con fortuna, sólo le quedaba por elegir esposa para ponerse a disfrutar de las excelencias de la vida. Además, no iban a faltarle en la ciudad hermosas damas predispuestas al matrimonio, ya que él era un excelente partido aun para la más exigente de ellas. Tras examinar y evaluar la belleza de cada una de las jovencitas casaderas de la localidad, se decidió por Virginia, una mujer verdaderamente hermosa. Y, tan sólo con elegirla en secreto, dio el hidalgo por sentado que ella sería su esposa.

Pero con lo que don Álvaro no contaba era con que la mujer elegida por su corazón no podía aceptar su amor, porque estaba prometida desde su niñez al gobernador de la provincia. Semejante noticia le quitó el sueño a nuestro hidalgo, que en adelante se tornó en un ser arisco e irascible, que disfrutaba con descargar su furia en la servidumbre con sadismo inusitado. En su ofuscación, que no le permitía razonar, jamás pensó en curarse, recurriendo a otra mujer, que hubiera sido lo más idóneo para paliar el desengaño. Y en esas circunstancias fue fácil presa de la obcecación que le conduciría a la locura.

En su enajenación, se convenció de que la bella Virginia había sido secuestrada y que él era el llamado a rescatarla, utilizando su destreza de espadachín experimentado. Y con semejante idea royendo la mente, espada en mano, recorrió calles y plazas de la ciudad sembrando el pavor y dejando maltrechos a más de uno de sus habitantes que los tomaba desprevenidos. Mas un buen día, el hidalgo loco desapareció sin dejar huellas de sí. Surgieron rumores acerca de que, en su desesperación por ignorar siempre el paradero de su amada, se había lanzado al río. Pero las autoridades hicieron caso omiso de los chismes y nadie movió un dedo para buscar, lo que quedaba de él, en las turbulentas y frías aguas. Y todos empezaron al fin a respirar tranquilidad.

Mas para los latacungueños, aquella tranquilidad había sido una efímera ilusión que se desvaneció apenas una semana después de la desaparición del hidalgo, que fue cuando se franquearon los portales del averno, para permitir la salida del espectro de éste. Los primeros en verlo fueron unos mozalbetes que, algo bebidos, se habían congregado en la plaza del Salto, cerca de puerta de la iglesia próxima, para ver a las “hijas de María” cuando salieran del sagrado recinto. La naciente noche se presentó oscura y algo lluviosa, asunto que parecía no importarles a los chavales, que continuaban en su actitud de ansiosa espera como si nada. Entonces, la aparición del infernal espíritu, surgiendo de repente de la nada, de poco no les mata de susto. Pero, reaccionando positivamente, huyeron como almas perseguidas por el diablo.

Fue en esa ocasión cuando aquel macabro personaje hizo su debut se dio y, por luengo tiempo, se apoderó de una de las más pacíficas ciudades.

## PERFUME DE ROSAS

***Al despuntar la mañana,  
transportado por la brisa,  
el aroma de las rosas  
se filtró por mi ventana.***

....

La proverbial afición de Cecilia por las rosas, hubiera menguado importancia de aquel poema que, como tantos otros que los había compuesto sobre el mismo tema, lo habría relegado de inmediato al rincón más apartado del olvido y su lugar, gracias a la prolífera inspiración que poseía, lo ocuparía con otro, como era costumbre. Pero esta vez su labor poética no se enmarcaba en la mera distracción sino en un propósito mucho más concreto y saturado de solemnidad. Pues la seriedad y delicadeza con que había asumido la responsabilidad de transcribir al papel el dictado de su inspiración, eran obvias. En cada verso, como en un diáfano cristal, reflejaba el especial cuidado puesto en él al componerlo. Además, los había escrito al pie de una ilustración que representaba una hermosa flor de rosal, la cual guardaba como un verdadero tesoro, sin permitir siquiera que otros la mirasen. A esto se suma que lo había efectuado hallándose muy enferma.

—Madre —dijo Cecilia, ofreciendo un pedazo de cartulina a Sara, la joven y pálida mujer que, reclinada sobre ella, le miraba sin conseguir disimular la tristeza que le subyugaba—, quiero que la imagen de esta rosa, acompañada de mi última composición, sea para ti mi mejor recuerdo.

La angustiada madre recibió embargada de emoción el obsequio que le dedicaba su hija y, mientras leía los versos

de la poesía, plasmados con aquella cándida alegría que caracterizaba a su hija, sentía sumergirse en un océano de ternura.

....

***Aquel saludo divino  
acarició mis sentidos  
que yacían suspendidos  
cual guijarros del camino.***

....

De pronto, como movida por una fuerza misteriosa, suspendió la lectura para llevar su trémula mano a la afiebrada frente de la niña, cada vez más debilitaba por la dolencia que la consumía, y prorrumpió en incontenible llanto. Sus sollozos, teniendo como fondo el repiqueteo de la gélida y pertinaz lluvia que golpeaba la ventana, producían un efecto conmovedor.

—Madre —insistió la niña —, quiero que tengas presente siempre lo que te pido.

La mujer volvió a poner su mirada en los versos:

....

***Las tinieblas de mí mente  
depusieron su presencia  
ante la real inminencia  
de un despertar sonriente.***

....

Pero enseguida se puso a contemplar a la enferma.

—Sí, hijita mía. No lo olvidaré nunca. Te prometo, además, memorizar tu bello poema —musitó la angustiada mujer, acrecentando su llanto. Pero dándose cuenta de inmediato de que con semejante actitud no hacía otra cosa que fortificar el pesimismo de la enferma, intentó enmendar su error apelando a un comentario revestido de optimismo y,

suspendiendo a duras penas las lágrimas, añadió—: Vamos, pequeña mía, que tu indisposición no es para tanto. ¡Oh! Pero si es hora ya de suministrarte el medicamento. Don Pedro me ha asegurado que unas cuantas cucharaditas de este maravilloso jarabe son capaces de acabar en un santiamén con la enfermedad más perniciosa. Debes saber, ángel mío, que don Pedro no siempre fue tendero, pues en su juventud sirvió al ejército como enfermero. Ya lo verás, niña mía, cómo te recuperas enseguida y el día de tu noveno cumpleaños, que será el viernes de la próxima semana, lo celebraremos llenas de alegría en compañía de tus condiscípulas. A propósito, por la mañana estuvieron aquí Rosaura y Magdalena para saludarte. Dormías y preferí no despertarte.

—¡Mamá! —exclamó Cecilia con debilitada voz— ¿Por qué continuar engañándonos más? Bien lo sabes tú que todo está perdido para mí en este mundo. Mi cumpleaños lo celebraré en el cielo.

De los enrojecidos ojos de la acongojada madre volvieron a surgir copiosas lágrimas que parecían no agotarse nunca. Sentada al borde de la cama en la cual el fruto de sus entrañas tenía impostergable cita con la muerte, era la imagen misma de la desolación, que se la hubiese podido comparar con la Virgen de “La Piedad” de Miguel Ángel. Sin embargo, anclaba aún la esperanza en el advenimiento de un milagro que surgiría para interponerse entre su hija y la dama de la guadaña. Su fe en Dios era grande y, en consecuencia, de manera alguna podía descartar su oportuno socorro. Pero para que aquello se cumpliera era también indispensable la intervención de ella, ateniéndose a cooperar con la ciencia médica. La vía más idónea para que arribara el portento era ésa.

—Hijita —dijo tiernamente a la niña, ofreciendo la droga prescrita por el doctor—, tómala, por favor. Tengo la confianza de que te sentará bien.

—Madre mía, no exijas complacerte con algo inútil y, además, desagradable —expresó la niña, negándose a tomar la medicina—. Sólo te pido me traigas una rosa. ¡La flor que tanto amo! Lo sé que no será fácil, pero la presencia real de ella me hará sentir feliz.

....

***Mis ojos en su alegría,  
buscaban con persistencia,  
sin detectar la presencia  
que mi olfato percibía.***

....

—La buscaré y te la traeré, niña mía —dijo a su pesar Sara, consciente de que le sería imposible cumplir la promesa— iré ahora mismo a buscarla a dónde sea —y salió de la alcoba.

Ciertamente, encontrar una delicada flor, como la solicitada, en aquel inhóspito paraje barrido siempre por el gélido viento cordillerano y castigado por granizadas constantes, donde Sara desempeñaba la función de maestra, era menos que imposible. Su clima no permitía más que la existencia de escuálidos matojos de mortiños y de pajonales y, desde luego, la fantasmal presencia de cierta variedad de cactus propia de las alturas. Con seguridad, una planta sujeta a extremo cuidado no habría prosperado allí ni siquiera al amparo de un invernadero. Las únicas plantas de ornamento con que contaban Sara y su pequeña eran en pintura. Lo virtual, con la contribución de la generosa imaginación, que todo lo puede cuando se trata de volar con alas de la ilusión, reemplazaba con algún éxito lo real. Sin embargo, Cecilia, no

obstante su disposición para conformarse nada más que con la fotografía de su flor favorita, anhelaba poseer su modelo.

....

***Su perfume halagador  
en su esencia me envolvía,  
y a mi alma sometía  
con su abrazo embriagador.***

....

Desde hacía dos semanas se encontraba Cecilia recluida en el lecho del dolor, aquejada de una rara enfermedad que los más renombrados curanderos de aquel poblado de la serranía, situado en lo más recóndito de la ruralidad, no conseguían diagnosticarla. Pero, eso sí, aun con sus precarios conocimientos de ciencia médica, coincidían todos en que la enfermedad era mortal con seguridad. La paciente, abrasada por una fiebre incandescente que desde el principio había dado cuenta con su apetito, a la sazón no era ni la sombra de sí misma. El mal, como el agua que, con su contacto, ablanda y termina por diluir un trozo de papel en breve lapso, la salud de Cecilia se hallaba en proceso acelerado e irreversible de desintegración. Para su desenlace fatal era sólo cuestión de escaso tiempo.

Sara, que por complacer a su hija hubiese dado sin titubear su vida, ni por un instante pensó en trasladarse a lugar alguno en procura de cumplir la promesa que acababa de formularla. Conocía perfectamente que en la vecindad ni en otro sitio del inhóspito páramo que habitaba, le sería posible dar con una rosa, quizá, ni siquiera con otra flor adaptada al riguroso clima predominante. Las tempestades de granizo que habían azotado a esa zona durante los últimos días, habrían reducido a escombros a todas ellas.

En tal caso, lo lógico hubiera sido concurrir a la ciudad más cercana o a lugares en disfrute de temperatura benigna, donde el obtener una rosa no hubiese constituido dificultad ninguna. Pero, desgraciadamente, a ello se oponían dos inconvenientes: Primero, la falta de transporte adecuado que abreviara la significativa distancia que mediaba entre aquel pueblo olvidado y la civilización; segundo, tenía Sara el presentimiento de que su hija se iría con mayor celeridad del que se requería para tronchar la apetecida flor de su tallo. ¿Qué debía hacer entonces?

La desdichada madre, en su desesperación por cumplir con el último encargo de su hija, iba de un lado para el otro, pero sin apartarse demasiado de la casa, buscando lo que sabía de antemano que no lo iba a encontrar jamás.

Fue entonces cuando alguien le sugirió que ante esa circunstancia sería de gran utilidad una pequeña mentira piadosa. A falta de una rosa real, que resultaba imposible de conseguir, llevarle una artificial, de aquellas con que, por lo general, en cada casa, adornan el altar del santo de la devoción de la familia. El estado de postración de la niña, quizá no le permitiría notar la diferencia de ella.

Y Sara procedió así.

Cecilia parecía dormir sosegadamente. Su quietud era absoluta y la respiración regular. Mas, en cuanto percibió la presencia de su madre, abrió los ojos y al ver que ésta llevaba consigo el objeto solicitado, valiéndose de un supremo esfuerzo, extendió sus debilitados brazos para alcanzarlo cuanto antes. La entristecida madre temió por la decepción que su hija iba a llevarse al notar que habían intentado engañarla. Pero en cuanto las manitas de la niña tocaron aquel artificio de papel y cera, que pretendían ser una rosa, ¡se transformó éste en una fresca y perfumada flor tan real como

todas las rosas del mundo! Besó repetidas veces la inmaculada flor de sutiles y aterciopelados pétalos, luego, delineando en su pálido rostro una sonrisa angelical, cerró los ojos para siempre.

....

***Y mi espíritu sediento,  
anhelante de emoción  
bebió lleno de efusión  
el almíbar de su aliento.***

Ese mismo instante, la estancia se inundó de una exquisita esencia de rosas, como jamás se percibiera otra semejante, la cual acompañó a la fallecida hasta la sepultura.

Quienes fueron testigos de estos portentos, aseguran, además, que días después, sobre la sepultura de Cecilia, surgió espontáneamente un florido rosal que, con los pétalos de sus níveas flores, formó durante mucho tiempo un perfumado manto, como galardón a quien amara tanto a su especie.

## EL GATO AZUL

Por: *Alexander Herrera y Carlos Villamarín*

Todo comenzó cuando tía Irene llegó a casa con un gatito rojizo en brazos. Tenía sólo un par de meses de nacido y aún precisaba de cuidado esmerado. Cuando el felino fue introducido en casa fue un día de inmensa alegría para los niños del hogar, mi hermanita y yo. Ella dejó a un lado sus muñecas para adoptarlo de inmediato al animalito y me pidió sugerir un nombre para bautizarlo. Le dije que podíamos llamarlo Gabriel, en recuerdo de cierto primo de mamá, cuya pelambreira tenía una extraña semejanza con el rojizo pelaje del gatito.

La tarde y parte de la noche de ese día, la grata presencia de *Gabriel* nos otorgó mucha felicidad, ya que estábamos acostumbrados a contentarnos con juguetes inertes, o de aquellos mecánicos, que funcionaban contados minutos mientras dura la carga de su batería. Mas ahora gozábamos de un “artefacto” que no requería de elaborada alimentación eléctrica, cuyo costo asumía mi padre a regañadientes. En cambio a nuestro actual juguete todo lo que le hacía falta para funcionar a la perfección era unas cuantas cucharaditas de leche y unas migajas. Sobra decir que con semejante combustible contábamos ilimitadamente.

En cuanto el diminuto felino llegó a mis manos, concebí la idea de convertirlo en un gato bailarín con el cual visitaría las ferias y haríamos las delicias de chicos y grandes con su graciosa danza. Desde luego, no era un proyecto aventurado pretender amaestrar un dócil gato y, con algo de suerte y mucha paciencia, convertirlo en experimentado artista. Pues

en el circo había visto yo danzar a las mil maravillas a feroces osos.

Con miras a realizar cuanto antes mi ambición, tomándole por las extremidades anteriores y llevándolo acompasadamente de un lado para otro sobre sus pies, como lo haría con una pareja de baile, puse de inmediato a iniciarlo en ese bello arte mientras marcaba el ritmo musitando un sanjuanito en boga.

Todo iba bien hasta que Dejanira, a viva fuerza, trató de arrebatarme a *Gabriel*. En el forcejeo, éste, desprendiéndose de las manos se precipitó al vacío con gran peligro para su preciosa existencia. Lancé un terrible grito de terror sintiendo que mis ilusiones se desvanecían en un instante, pues ya nunca me exhibiría en las ferias de los pueblos con un gato danzante. Pero para mi sorpresa, al magnífico gato nada le sucedió. Con gran agilidad efectuó una increíble pirueta en el aire y aterrizó con suavidad sobre sus pies. Acto seguido, perseguido por mi hermanita, trató de encontrar refugio debajo de los sillones de la sala. La proverbial agilidad que había mostrado el animal, me dio la idea de que más bien podría convertirlo fácilmente en acróbata.

Luego Dejanira se apoderó de *Gabriel* y no hubo razón ni fuerza humana capaz de obligarla a dejarlo libre. Acunando en sus brazos no cesaba de arrullarlo y acariciarlo como a un bebé. Con la esperanza de que algún momento se cansara de su nuevo juguete y entonces poder yo disponer de la compañía de él, fui a la cama, pensando siempre en el proyecto de amaestrarlo. Aquella noche soñé con ferias y circos en donde al gato y a mí nos obsequiaban con aplausos.

Me desperté temprano y, antes de que mi posesiva hermanita pensase nuevamente en apoderarse de *Gabriel*, lo tomé y reinicié con ahínco las lecciones de danza. Sin embargo,

mi alumno se mostraba poco predispuesto a aprovechar mis doctas enseñanzas y, profiriendo lastimeros maullidos, trataba a toda costa de huir de mí con la intención de refugiarse en el rincón más oscuro de la casa. Me sentí decepcionado y poco a poco me hice cargo de que había tratado de ayudar a un ingrato. Definitivamente de *Gabriel* no conseguiría siquiera un bailarín mediocre, ya que lo único que sabía hacer era saltar con agilidad como un verdadero saltimbanqui. Pero ¿qué mejor cosa podía esperar yo que el poseer un gato atleta que, con sus espectaculares acrobacias, causase sensación en el benemérito público? ¿Acaso los trapecistas del circo no eran los más aplaudidos?

Reanimado, me dediqué a entrenar a *Gabriel* en la disciplina del deporte, especializándole en el arte de ejecutar brincos, saltos y volantines con la mayor gracia y perfección. Afortunadamente no encontré la menor dificultad para impartir las nuevas lecciones, puesto que el pelirrojo gatito mostraba verdadera aptitud y buena disposición para ello. Durante todo el día me convertí en su profesor.

¡Me sentía el niño más feliz de la tierra!

Casualmente, por la tarde, una de nuestras vecinas apareció con otro gatito de color gris azulino para obsequiarnos, el cual parecía ser más inteligente y vivo que el primero. Pronto los pequeños felinos, ateniéndose al llamado de la raza, se buscaron mutuamente. Jugaban y se perseguían divertidos de la mañana a la noche, por cierto cuando se los permitíamos. Fue entonces cuando creí descubrir que también el Gato Azul (que así lo bautizamos de inmediato) había pertenecido a la misma escuela de *Gabriel*, ya que los dos eran expertos en conseguir caer sobre sus pies cuando los soltábamos desde cierta altura. Además, sin duda el *gato azul* sería el alumno más aprovechado, ya que efectuaba sus

actos de acrobacia con mayor perfección y elegancia que su congénere. Eso iba a facilitarme las cosas acerca de mi proyecto de incursionar en el campo circense, ya que mi trabajo se reducía tan sólo a explotar su innata habilidad. Por otra parte, esto me satisfacía enormemente, puesto que *Gabriel* iría aprendiendo poco a poco de la pericia de su compañero.

Pero no todo era color de rosa. Tal como me temía, ahora Dejanira no sólo que retuvo con ella a *Gabriel*, sino que también se aficionó del *gato azul* a quien lo colgó inmediatamente a su cuello a manera de corbata, sin permitirme que lo tomase siquiera por breves instantes. Pasaba junto a los gatos durante el día y, a veces, llegada la noche, pretendía ir con ellos a la cama, cosa que la abuela conseguía impedir a duras penas. De modo que yo apenas disponía de oportunidad para el entrenamiento de mis futuros artistas.

Pasaban los días y el tiempo parecía no afectar a *Gabriel*, que se mantenía casi tan pequeño como cuando lo trajeran, mientras que el *gato azul* crecía con la celeridad que lo haría un cachorro de león. La explicación debía estar en que el primero pertenecía a una raza pequeña, y el segundo a una grande, muy grande, de aquella que la llaman de “angora”. Pero su acelerado desarrollo nada bueno trajo consigo. Con el incremento de su tamaño se presentó con una notoria agresividad manifiesta en despiadados arañazos que ponía en riesgo la integridad física de quien tenía la osadía de ponerse a su alcance. Además, peleaba a menudo con el pobre *Gabriel*, disputándole la carne de su plato, provocando quejumbrosos maullidos al perjudicado. Pero su peor manía consistía en morder y arañar a quien trataba de impedir sus desmanes. De pronto resultó imposible hacer buenas migas con semejante demonio que esgrimía sus zarpas por un quítame de allí esas pajas.

Ahora arañaba con frecuencia las manos de Dejanira y en cierta ocasión faltó poco para que llegase a partir en dos uno de mis pabellones auditivos. Muy lejos de domesticarse, cada vez se tornaba más indómito y misántropo, echando con ello por tierra mi ilusión de verlo convertido en un aclamado artista. Pero, a decir verdad, con *Gabriel* tampoco había tenido yo mejor fortuna. Este gatito, llorón y algo torpe, si bien no había adquirido la mala costumbre de morder y sólo en contadas ocasiones se le había dado por enseñar las uñas, en cambio hacía caso omiso de mis desvelos por educarlo. Y todo terminó cuando una mañana, al despertarme, me enteré que durante la noche anterior había desaparecido éste. La opinión general era la de que alguien se lo había robado, sin poder substraerse de sus encantos, porque a todos les parecía un animal de estima. Mas yo estaba convencido de que lo habían secuestrado y que pronto recibiríamos la consabida nota reclamando su rescate. Sin embargo, nunca se volvió a saber nada de él.

A medida que transcurría el tiempo, el *gato azul*, que parecía no cesar de crecer un solo instante, no mejoró su comportamiento. Arisco y altanero, prefería merodear los tejados al calor del regazo de sus amos. Poco después —aseguraban— que andaba él en malas compañías y que se había convertido en contumaz asesino. Exterminaba con proverbial sadismo a los gorriones y colibríes que visitaban el jardín de nuestra casa y los de la vecindad.

A partir de entonces, el malvado felino se dejaba ver sólo en muy contadas ocasiones. Sin embargo, en altas horas de la noche, con frecuencia se le oía maullar, mejor expresado, rugir cual tigre enfurecido no lejos de casa. Aquello, más que sembrar en mí el pavor, me embargaba de tristeza. La pérdida de aquél en quien había cifrado la esperanza de verlo

convertido en algo útil, no podía asimilarla. El saberlo descarriado me descorazonaba.

Buscaba constantemente la manera de atraerlo con la ilusión de ganarme su confianza, mas todo intento para acercarme a él era diligencia inútil. El ingrato, en cuanto notaba mi presencia, huía sin permitir que le demostrara mis buenos propósitos. Con el paso del tiempo, la intención de regenerar al *gato azul* fue debilitándose en mí y finalmente se desvaneció. Había llegado a la conclusión de que era un caso perdido. Pronto encontré otras distracciones que ocuparon completamente las horas del día. Sin embargo, soñaba siempre que él, arrepentido de sus fechorías, había vuelto al buen camino.

## EL ESPECTRO DEL TROLEBÚS

(El último pasajero)

Es así como le han dado por llamar a este turista del Más Allá, que sin duda lo es el más joven de los espantos quiteños. Producto de las comodidades introducidas por la era de la tecnología, gusta de viajar plácidamente en trolebús. Su presencia fue notada por primera vez por el conductor de uno de estos vehículos tan pronto como arribara a la última parada. Éste, extrañado de que uno de los pasajeros no parecía tener la menor intención de apearse al término del recorrido, se le acercó con la idea de solicitarle que dejara el vehículo. Entonces descubrió que el pasajero en cuestión era muy diferente a cuantas personas conociera hasta entonces. Se trataba de un hombre joven y apuesto, de rasgos perfectos y ojos sonrientes, vistiendo traje color azulado, confecciona-

do en un material semitransparente, casi tan traslúcido como la tenue columna de humo de un cigarrillo, que permitía ver a través de él. También la anatomía del hombre debía estar constituida de similar materia, porque tampoco ofrecía obstáculo a la vista.

De pronto, el excepcional sujeto, sin emitir sonido alguno ni mostrar agresividad, fue desvaneciéndose poco a poco ante el asombrado conductor, que tampoco consiguió articular palabra durante muchos minutos.

A partir de entonces, este extraño personaje se ha permitido dejarse ver en múltiples ocasiones tanto a conductores como a usuarios de este medio de transporte urbano de la ciudad de Quito. Jamás ofende a nadie y es siempre el último pasajero en abandonar el vehículo.

Pero ¿a quién pertenece este pacífico espectro que, sin embargo, despierta pánico en quienes lo ven? Tal cosa resulta imposible saber, aunque suponen los entendidos en negocios de fantasmas, que pertenecería a cierto joven que muriera atropellado por un trolebús, a sólo una semana de que fueran puestos en circulación estos gigantes motorizados.

## EL SALTADIENTES

Perder parte de la dentición cuando menos se lo espera, es sin duda una verdadera lástima, sobre todo si la pérdida consiste en las piezas incisivas. Porque nada más ridículo, ingrato y patético resulta mirar, y mucho más llevar, una boca coronada por encías vacías, aunque sea por breve lapso, ¿no lo creen?

Ciertamente, la dentadura es el marco de la sonrisa. Sin aquélla, ésta no supera el plano de la mueca simiesca. ¡Cielos! Una calamidad que asusta y que con frecuencia da pie para formular nada halagadoras suposiciones y acerbos conclusiones. Así, si una mujer ha perdido los dientes se dice que ha perdido la belleza, y si un hombre ha corrido parecida suerte, bueno, se dice lo mismo y, además, que ha perdido la pelea.

Y bien, estas consideraciones plantean la necesidad de conservar el conglomerado dental intacto y resplandeciente para prestigio y felicidad de toda persona que se respeta. Además, todo el mundo está en el legítimo derecho de presentar su rostro con el aspecto más atractivo que pudiere procurarse incluso con la magia del artificio. Mas, por desgracia, existe en esta ciudad un diabólico personaje empeñado en arrebatarse este invalorable tesoro a la gente.

Si se ha de dar crédito a las crónicas que han venido ocupándose de esta cuestión, este malvado ser, que prefiere siempre el lado opuesto del día para consumir sus fechorías de lesa estética, suele acechar a sus víctimas oculto en los vanos de las puertas y zaguanes, de donde sale de repente para atacarlas. No es amigo de circunloquios ni de aducir razones que justifiquen más o menos su violenta actitud. Se diría que está siempre deprisa. Un certero golpe de puño en la boca, un solo golpe pero ejecutado con la potencia de la coz de una mula, que resulta suficiente para hacer saltar buena parte de la dentición, y asunto liquidado. Y es, precisamente, esta especialidad que le ha valido al contumaz asaltante el nombre de "*El Saltadientes*".

Quienes han visto al "*El Saltadientes*" —por haber sido vapuleados por él, principalmente— coinciden en señalarlo como un hombre de estatura, volumen y edad medianos, de

ojos verde amarillentos, cabellera gris y atuendo negro. El aspecto general del espectro no infunde pavor a primera vista ni desconfianza cuando se acerca, caminando con pasos reposados, como quien no deseara sino continuar adelante sin provocar a nadie. Debido a ello, sus víctimas se ven sorprendidas sin posibilidad de pre-parar la defensa. Y sólo se enteran de que acaban de chocar contra un puño cuando les han dejado listas para alimentarse únicamente de papilla durante el resto de la vida, si no cuentan con dinero para procurarse una prótesis, por supuesto.

Y mientras el vapuleado, sin acertar todavía a explicarse la razón de la sin razón ni tiene lógica al por qué, se pone a escupir uno tras otro los dientes que no los ha tragado, el espectro se encamina, con una pincelada de burla en el rostro, hasta la pared más cercana para atravesar su sólida estructura como si se tratase de una cortina de vapor o de humo.

Existen por lo menos dos versiones que pretenden identificar al distraído sujeto que dejara olvidado su espectro cuando hubo de marcharse de este mundo. Y, claro, nadie sabe a qué atenerse cuando trata de inclinarse por una de las dos ponencias, ya que, para mayor complicación, el “*El Saltadientes*” jamás ha dicho esta boca es mía. Una de ellas da por seguro que el misterioso asaltante no es otro que el fantasma de un viejo y desalmado púgil, apodado casualmente “*El Saltadientes*”, fallecido en el cuadrilátero, sin duda de excitación, mientras machacaba la cara de su contrincante, hace tres o cuatro generaciones. La otra, tan pintoresca como la anterior, se basa en un suceso ocurrido en las postrimerías del siglo pasado y que describe las peripecias de un infortunado seminarista llamado Hernando, también conocido como “Oso”, quizá por sus movimientos torpes o por su fuerza

poco común. En su parte substancial dice que “Oso”, a pesar de su incuestionable vocación para el sacerdocio y de su excelente talento, fue expulsado del seminario precisamente la víspera misma de ser coronado sacerdote. El motivo para la adopción de semejante disposición había sido la denuncia de que entre los antecesores de “Oso” existió más de un orate comprobado. La comisión encargada de investigar la imputación halló, para su desgracia, pruebas fehacientes de ella.

El pobre “Oso” abandonó el seminario muy a su pesar, jurando por todos los diablos destrozarse la boca del denunciante si algún día llegase a descubrirlo. Pero el tiempo corría y el delator continuaba en la sombra por esfuerzo que efectuara el perjudicado por develarlo. Y fue entonces cuando la mente del ex seminarista, víctima del agente atávico originado en sus ascendientes, empezó a desquiciarse. A partir de ese instante, en toda persona de mirada furtiva creía ver un sospechoso y a quien, por las dudas, había que saltarle los dientes.

Pronto, esta clase de ataques se volvieron frecuentes y el contumaz agresor hubo de ser encerrado en una casa para enfermos mentales donde se dice que falleció al poco tiempo. Sin embargo, estas agresiones, que llevan implícito en sí el *made in Oso*, han continuado sucediéndose a lo largo del tiempo.

Pero, ¿a quién de estos dos individuos pertenece el malvado fantasma denominado “*El Saltadientes*”? Bueno, tal cosa no es trascendental para quienes suelen recorrer la ciudad de Quito por las noches. Lo importante es que él jamás se los encuentre.

## KILLA JUNT'ASQA (Plenilunio)

Cae la noche en el altiplano y de inmediato ésta se llena de inescrutables presagios que gravitarán en el estado de ánimo y la conducta misma del habitante andino. Es que el lado opuesto del día es feudo natural del misterio y en sus intrincados laberintos se agazapan mil desagradables sorpresas y peligros horribles difíciles de poder sortearlos.

La oscuridad, asesina contumaz del color y las formas, no encuentra mayor satisfacción que en devorar todo cuanto cobijan sus fuliginosas alas. El ponerse bajo su protección equivale a desprotegerse. Porque entonces el peligro, en sus múltiples expresiones, está presente en todas partes. Y es cuando el noctámbulo se expone a la perversidad de inopinados espíritus que pueblan la noche. Salir bien librado de su imperio, significa nada menos que andar de mano de la fortuna.

Sin embargo, las tinieblas de la noche, con todos sus males, son un peligro menor en comparación con los que trae consigo el plenilunio, esa poesía nocturnal expresada en platinada luz. Un riesgo que adquiere mayores proporciones, cuando el espectador no quiere o no puede substraerse a la atracción del hechizo lunar.

Cuando la majestuosa *killá junt'asqa* (luna llena), en toda su opulenta redondez, contempla desde el cielo a los seres terrestres, patéticos juguetes de sus travesuras de diosa caprichosa, nada permanece estable en quienes constituyen su objetivo. El mágico arrobamiento que, junto a sus luminosos rayos, fluye de ella, origina en éstos diferentes y antagónicas reacciones según su particular temperamento.

Bajo su influjo, un hipnótico embeleso se adueña de los sujetos de índole soñadora, anulándoles la voluntad y tornándoles insensibles a cuanto les atañe o les rodea. En esas circunstancias, bien podrían ser desollados vivos sin que se diesen cuenta de ello. En cambio, los tipos propensos a la animosidad asumen la sensación de verse de repente transformados en verdaderas fieras, que sienten la perentoria necesidad de aplacar con sangre la sed de venganza que experimentan por sus semejantes. El don de la razón se les abandona para dar sitio a la instintiva fobia agresiva de la bestia acorralada. Es entonces cuando se producen atroces crímenes sin aparente razón. El cobarde como el pendenciero, tampoco consiguen escapar con el espíritu ileso del embrujo que les ha hecho víctimas la reina de la noche. Tanto el uno como el otro, sufrirán alteraciones idiosincrásicas significativas que les harán aparecer muy diferentes de lo que son en realidad. Así, el uno, de pronto envalentonado, será capaz de vapulear al próximo por un quítame de allá esas pajas, y el otro, convertido en sumiso cordero, se dejará maltratar sin levantar la vista. Una extraña locura se apodera de la gente.

Nada es igual ante la omnipresencia de la diosa **Killa**. Bajo su escrutadora mirada todo se altera. Aún los representantes del reino animal registran en lo profundo de su fuero la irradiación mágica de **Killa junt'asqa**, demostrándola con extraño y repentino comportamiento. Los equinos emprenden veloz carrera, como acicateados por un jinete invisible; las canoras, olvidándose de pronto sus musicales trinos, atruenan el ámbito con desaforados chillidos, y los canes se desgañitan con lúgubres aullidos.

Temeroso de las consecuencias nefastas que representa el advenimiento de **Killa junt'asqa**, el campesino del altiplano,

evitará a toda costa el placer de contemplarla, aunque sea éste un sacrificio difícil de asimilarlo.

## UKHUPACHA (El gran viaje)

Para los súbditos del antiguo Tawantinsuyo no era la Muerte el término fatal de la existencia. Es decir, el salto hacia la nada. Tampoco el principio de una nueva vida estrictamente inmaterial, tal como la iglesia católica predica. La Muerte para ellos no era más que una especie de vehículo para trasladar a un mundo perfectamente identificado, densamente poblado, que se hallaba dentro de este mundo. A este lugar subterráneo lo llamaban **Ukhupacha** y creían que por sus caminos peregrinaban quienes habían realizado el gran viaje.

La meta de estos peregrinos era cierta región paradisíaca donde la Felicidad, que era su emperatriz, se manifestaba con proverbial generosidad a sus súbditos. En aquel lugar, sin restricciones, podían regalarse todos con una placentera vida. Para materializar este anhelo inherente en el hombre, lo único que hacía falta era disposición al bienestar, ya que sus ingredientes estaban al alcance.

La vida era allí una fiesta perpetua jamás opacada por la sombra del tedio. Músicos y trovadores recorrían los caminos reales y las calles de las ciudades, manteniendo viva la llama de la alegría con la expresión de su arte. Junto a ellos iban las bayaderas, obsequiando a la vista con deliciosas

escenas de coreografía que obtenían gracias a las armoniosas contorciones de sus cimbreados y sinuosos talles.

Aquí, allá y por todas partes se hallaban presentes esbeltas y curvilíneas *sipas* (mujeres jóvenes), a quienes las insinuaciones galantes no caían jamás en oídos sordos. Aún más: eran ellas quienes tomaban la iniciativa, mientras que el hombre se limitaba apenas a escoger a la postulante que le ofreciese mayores posibilidades de dicha con su compañía. Sin embargo, tal cosa no era tan sencilla como parece, ya que la tarea de elegir a la más bella de un grupo de mujeres hermosas por igual, ciertamente, no podía ser una tarea más difícil. Pero también, debido a la uniformidad de belleza de las jóvenes entre sí, tampoco cabía el peligro de salir perjudicado con una posible equivocación. En todo caso, el elector tenía asegurada la felicidad de su existencia, si se ha de convenir que la felicidad de una persona radica en la perfección de su pareja, claro.

En aquella venturosa región, situada en algún lugar de *Ukhupacha*, el bienestar no se reducía únicamente al que otorga la compañía de una agradable pareja, que de sí es mucho. A él se sumaban motivaciones que otorgan a la existencia del humano ser una auténtica complacencia. Sus praderas se hinchaban de rebaños de guanacos, alpacas y vicuñas, que proveían de carne y lana en abundancia. Sus bosques vibraban con la música de las canoras y los jardines se vestían sempiternamente del multicolor de las flores y las juguetonas mariposas. Y, algo más allá, naciendo del pie de la montaña vecina, discurría alegremente el arroyo que iba a engrosar las aguas de un gran lago apacible, donde ufanas deslizaban las barquitas de totora.

Pero llegar a semejante paraíso no era tan simple. Aparte de esporádicos encuentros con malvados demonios que tra-

taban de estorbar el avance de la marcha, los caminos de ***Ukhupacha***, entretejidos entre sí, constituían un laberinto difícil de superar. Así los peregrinos se veían las más de las veces en la necesidad de vagar años y años por aquellos caminos hasta que pudiesen, casi siempre por obra de la casualidad, alcanzar su dorada meta. En tanto, cansados y hambrientos, requerían a menudo del socorro de sus deudos que aún moraban en el mundo de los vivos. Para tal fin contaban los difuntos con un día de vacación en el año, en el cual podían abandonar sin dificultad ***Ukhupacha***.

Esta fecha tenía lugar el uno de mayo y la denominaban “Día del Reencuentro”. El reencuentro se llevaba a cabo en el cementerio y su tiempo, como era de esperar, transcurría entre preguntas mutuas, copiosos jarros de chica y succulentos platillos que fueran precisamente de la preferencia del visitante cuando era éste todavía parte de la demografía de este mundo. El agasajado no se hacía de rogar y, con el hambre acumulada durante todo el año, hacía los honores de cuanta vianda le ponían por delante. Llegada la noche, el difunto se marchaba a ***Ukhupacha*** y sus deudos a sus respectivas casas. No volverían a verse sino hasta el próximo año, por supuesto, si aquél continuase aún vagando por el intrincado laberinto.

Con el advenimiento del cristianismo ***Ukhupacha*** fue transformado en el infierno de acuerdo con la concepción católica, y el “Día del Reencuentro” fue reemplazado por el de los Finados. Sin embargo, en muchas poblaciones rurales de los Andes, junto a las ceremonias impuestas por el clero, se practica todavía la del “Día del reencuentro”.

## EL DUENDE

¡El duende! ¿Quién no ha oído mentar alguna vez a este mítico personaje? Quizá nadie. Sobre todo en la zona central de los andes ecuatorianos la creencia de la existencia del duende está tan arraigada como la realidad del viento o de la lluvia.

De manera que, si a alguien se le ocurriese decir a su amigo que la noche anterior se había ido de parranda en compañía de un duende, el aludido sin vacilar y de inmediato preguntaría a su confidente cómo le había ido en asociación de aquel pillastre. Y, ciertamente, por increíble que parezca, no se imaginaría que su interlocutor le estuviese contado una broma, ya que tal cosa no tendría el mínimo objeto, porque que el duende es allí como alguien de la propia familia.

Las experiencias que los moradores de esos lugares dicen haber pasado con este singular personaje son tantas y tan diferentes que difícilmente podría el investigador analizarlas todas. Desde luego, no todas estas “experiencias” soportarían el rigor de un examen concienzudo sin quedar reducidas a meras patrañas. Pero sin duda existen las que, por proceder de personas dignas de crédito, merecen ser catalogadas como acontecimientos verídicos.

Y uno de estos sucesos reales, que por cierto contó con innumerables testigos, tuvo lugar en Sigchos, provincia de Cotopaxi, y se desarrolló como se relata a continuación.

En un pequeño caserío llamado Cusipe, moraba feliz la familia Lasso, habitando una casita situada en medio de una llanura tendida al sol y acariciada por la brisa proveniente del vecino río, que, entre remolinos y cacofónicos cánticos, viajaba rumbo al lejano mar. Los Lasso eran a la sazón una

familia corta, compuesta de cinco personas: padre, madre y tres hijos pequeños que iban de los ocho años a los tres. Rosario, una bella niña de grandes ojos y abundante cabellera, era la menor de la prole. Tranquila y apegada a su madre, no compartía los juegos que sus hermanos mayores solían organizar en el huerto, persiguiendo a las multicolores mariposas que revoloteaban junto a las flores, ni gustaba de participar del “juego de las escondidas”, al que también eran aficionados los muchachos. Prefería no rebasar los límites del patio de la casa. Debido a ello, Moisés y Cecilio, sus hermanos mayores, la llamaban “Cenicienta”.

Sin embargo, una mañana, la niña desapareció del hogar sin que nadie pudiera explicarse cómo. Ningún conocido ni desconocido que pudiese despertar sospechas como autor la desaparición de la pequeña Rosario había llegado durante las horas críticas a la casa. Al principio todos creyeron que la niña, renunciando siquiera por una vez a su proverbial pasividad, se había propuesto dar a sus parientes un leve susto, escondiéndose en algún lugar cercano. Pero luego de una prolija búsqueda, comprendieron con inquietud que ella había desaparecido.

Participaron a la vecindad del suceso y, con su ayuda, la buscaron por todo el sector sin conseguir el resultado deseado. Nadie le había visto. Entonces, se les asaltó la idea de que la pobre niña pudo haberse caído en el río. Si bien, nunca antes se había aventurado Rosario caminar hasta la orilla de la peligrosa corriente, no era nada imposible que por ahora no lo hubiese hecho movida quizá por la curiosidad o por alguna razón que sólo ella la conoció.

Y pronto la sospecha adquirió tintes de certeza en cuanto descubrieron huellas de pequeños pies que, partiendo de la casa, llegaban hasta el borde del río. Sin embargo, junto a las

huellas dejadas por los pies descalzos de Rosario, ¡había otras igual de pequeñas, pero de zapatos, que seguían la misma trayectoria!

Pero ¿a quién pertenecían estas huellas, si por ese entonces ninguno de los niños del caserío acostumbraba llevar los pies calzados? La pregunta no tenía respuesta. La idea de que Rosario, sola o acompañada, se había caído al río la abrigan todos. Ahora sólo les quedaba por recorrer el río para rescatar los inertes restos de la infortunada infante.

Cuando se disponían a llevar a cabo tarea tan penosa, alguien descubrió las huellas de la niña y de su acompañante en la orilla opuesta del río, que, partiendo de él, se alejaban en dirección de los riscos del Huingopana (macizo montañoso que se levanta como un centinela al Este de la comarca de Sigchos). De pronto el misterio quedaba desvelado. A Rosario se le había raptado el duende, pues en nadie cabía ya la menor duda.

En el transcurso de la semana pasada, uno de los vecinos de los Lasso lo había sorprendido al travieso hombrecillo merodeando el gallinero de su casa, sin duda con la intención de apoderarse de huevos de gallinas, puesto que en otras ocasiones había obrado así. Al verse sorprendido, huyó hacia la quebrada, en busca de refugio. Era él pequeño como un niño de cinco años y su rostro, extremadamente feo, lo tenía arrugado como el de un viejo. Iba vestido como siempre lo habían visto: embutido en pantalones y blusa verdes y estrechos, botines rojos y brillantes y tocado con un “jipijapa” de alta copa. El dueño del gallinero no trató de perseguirlo, consciente de que el ladronzuelo no era un tipo de cuidado y que sus rapiñas ni iban más allá de una pequeña porción de alimentos. Y prefirió dejarlo en paz.

La búsqueda de la niña fue ardua. Los riscos de la montaña por examinar eran muchos y nada accesibles. Con todo, al promediar el tercer día, don Adolfo Lasso, padre de Rosario, con gran alegría, dio con el paradero de ésta. Y como era de suponer, la niña no estaba sola. El hombrecillo antes descrito estaba a su lado, ocupado en salmodiar una rara canción que tenía embelesada a su cautiva. Don Adolfo, sin pérdida de tiempo, se precipitó con los brazos abiertos hacia su hija, dando gracias a Dios que la devolviera viva y al parecer sana y buena. Oportunidad que no desaprovechó el duende para tomar las de Villadiego.

Y todos quedaron conformes.

## EL TREN INFERNAL

Entre las ciudades andinas de Ambato y Latacunga, existe una laguna de aguas gélidas y verdosas de tétrica reputación, llamada Yambo. Está situada a un costado de la carretera Panamericana y a un par de centenares de metros cuesta bajo de ésta, cubriendo parte de una profunda depresión geológica. De modo que, quien se desplaza en auto, puede verla desde su mismo asiento.

Paralela a la autopista, a lo largo de la ladera que media entre ésta y la laguna, serpentean retraídamente los rieles del viejo ferrocarril construido hace un siglo por el general Eloy Alfaro. A medida que transcurría la segunda mitad del siglo veinte, el servicio ferroviario fue paulatinamente disminuyendo hasta cesar por completo en beneficio del autobús, que se encargaría de satisfacer con mayor eficacia las exi-

gencias de los viajeros. Pero durante las décadas inmediatas a su construcción del ferrocarril, la frecuencia de su tránsito debió ser nutrida.

Y pertenece a esa época la leyenda que se refiere a un terrible accidente ferroviario acaecido junto a esta laguna. Se asegura que un tren repleto de montoneros que apoyaban la Revolución Liberal emprendida por Alfaro, como consecuencia de un sabotaje consumado por los "conservadores", se descarriló precisamente cuando, en su recorrido, se hallaba en el punto más cercano de la laguna, volcando aparatosamente hasta sus profundas aguas que las engulleron voraces.

Aprisionados en los vagones, como en féretros colectivos, ninguno de los accidentados pudo salvarse. A nadie se le volvió a ver jamás. Aquella masa de agua, que para sus vecinos no es otra cosa que la boca del infierno, retuvo para siempre, en cuerpo y alma, a los infelices guerrilleros. Desde entonces existe la creencia de que todas las noches, cuando el reloj marca las doce en punto de la noche, procedente de los antros abismales que encubre las fétidas aguas, es posible escuchar con absoluta claridad los potentes e inconfundibles jadeos de una máquina a vapor que entre traqueteos metálicos arrastra su pesado convoy. Y en medio de este fragor surge el potente y espeluznante ulular de una sirena de vapor.

Quienes dicen haberlo oído tal estrépito, creen conocer lo que es sentir el miedo en su expresión más descarnada, ya que "el terror —afirman— penetra en el alma más por el oído que por la vista".

## EL ORIGEN DEL QUILOTOA

De su origen (ignorando que se formó por el colapso de un volcán de dacita seguido por una erupción de hace aproximadamente 800 años) el vulgo ha tejido mil leyendas demoniacas cual más de terrorífica, que al ser relatadas en las lúgubres noches del altiplano, pone al oyente los pelos de punta. La fábula más extendida es la de que el lago, antes de convertirse en tal, fue una próspera hacienda cuyo propietario, un peninsular conocido como don Pancho, no tenía otra virtud que la de acrecentar su fortuna, aunque para ello se hubiere visto en la alternativa de vender el alma al diablo, si por cierto hubiese dado con uno ingenuo en exceso. Cierta día, coincidiendo con el último de la cosecha, que era cuando se celebraba una gran fiesta en la mansión del terrateniente, llegó hasta su puerta un mendigo cubierto de sangrantes y fétidas llagas, implorando un mendrugo de pan con que mitigar el hambre.

Don Pancho le miró con sobresalto al intruso, extrañado de que la terrible jauría que guardada la heredad no le hubiese destrozado en cuanto lo viesan. Echó una mirada de reproche a sus siete canes, fieros como leones y de chispeantes ojos apenas hasta instantes antes. Mas ahora, semejantes a mansos corderos, miraban enternecidos al harapiento sujeto.

—Vengo de tierras lejanas —dijo el mendigo al opulento señor de la hacienda—, y nada he comido durante el viaje. Por lo que tengo el estómago vacío. Sin vuestro socorro inmediato de seguro que pereceré.

Don Pancho, sin poder ocultar su estupefacción al leproso, en vez de satisfacer la demanda formulada por él, le increpó inclemente.

—¡Oh, maldito vagabundo! Pero ¿cómo habéis podido llegar has mí sin que mis perros te hubiesen despedazado antes? —y dirigiéndose a los terribles canes que miraban tranquilos ora al mendigo ora a su amo, les ordenó—: A él, mis fieles demonios, acabadlos de una maldita vez.

Mas los perros, como si no le hubiesen entendido la peyoratoria orden, continuaron en su calma actitud. Dos de ellos, quizá los más leales, se echaron a los pies de don Pancho mientras que los demás, sintiendo más bien interés por juntarse a los comensales, se internaron bajo las mesas. Querían sin duda ser parte de los beneficiados del festín.

—Dadme de comer y me iré en paz —suplicó el menesteroso, y notando que su interlocutor no variara de actitud, añadió—: ¿No sabes, acaso, que vale más dar que recibir? Además, el servir al prójimo es servir a Dios, a quien todo lo debes.

—Basta, maldito vagabundo. Entended que no compartiré contigo un solo mendrugo. Por el contrario, os prometo que tus carnes habrán de ser pasto de mis perros. Sabed que, gracias a vos, economizaré el indio que iba a servirles de cena en esta noche —y, volviendo a sus canes, les azuzó furibundo—. Qué esperáis infernales bestias. ¡A él! ¡Despedazadlo ahora mismo!

Pero las temibles bestias, en vez de obedecer a rajatabla la orden impartida por don Pancho, juntándose al hombre señalado como su potencial víctima, se pusieron a lamer mansamente sus heridas. Entonces el pordiosero que era el mismo señor Jesucristo, tras acariciar bondadosamente a los perros, les dijo a estos: *“En adelante no serviréis ya a un miserable amo, que os esclaviza y utiliza vuestra lealtad como instrumento de tortura de sus semejantes, sino que, libres como el viento, volaréis los límpidos cielos del altiplano. Vuestro nombre, en vez de responder al de perro de presa, será el de cóndor, que significa: rey de las aves”*. Al instante, los feroces canes perdieron el cerdoso pelaje y, en reemplazo, les apareció brillante plumaje negro adornado por alba carlanca; las extremidades anteriores fueron transformadas en alas, el morro se modificó hasta convertirse en corvo y afilado pico, y los broncos ladridos, exacta imitación de los del cancerbero, se tornaron estridentes graznidos. Y, a una insinuación del mendigo, los flamantes cóndores se elevaron en majestuoso vuelo.

Don Pancho, ante semejante prodigio, se quedó estupefacto, y todo lo que pudo hacer de momento fue mirar cómo se le escapaban sus ex perros de presa para conquistar los cielos de la comarca. Pero, como se preciaba de competente hechicero, no pensó dos veces en ridiculizar el portento realizado por el mendigo valiéndose a su vez de un acto de hechicería.

—Vais a ver, miserable brujo de pacotilla, como tus patéticos trucos de feria quedan reducidos a la nada ante la contundencia de mis poderes mágicos, similares a los que

poseyeron Simón el Mago y el mismo Lucio Apuleyo, ambos, aplicados alumnos de las famosas hechiceras de Tesalia —mirando don Pancho los majestosos cóndores que cada vez se encumbraban más, invocó con bronco acento—: Por Tisón y por Carbón y por lo siete demonios negros que mis aliados son, os ordeno canes míos que retornéis de inmediato a vuestro estado normal y a la ocupación que habéis des-  
empeñado hasta ahora con ponderación y celo.

Mas los cóndores que, para chasco del hacendado, no habían escuchado el conjuro, o nada más habían fingido no oírlo, continuaron su vuelo hasta confundirse en lontananza.

Y sólo pudo salir de su desconcierto cuando el pordiose-  
ro, dirigiéndose a él, expresó:

—Vamos, poderoso señor, dueño de vidas y haciendas y, además, pésimo hechicero, ¿con que extrañas a tus cancerberos? Pues, siendo así, a partir de ahora tomarás su lugar, aunque no exactamente como lo fueron ellos sino en forma de abominable hatu (lobo)”.  
Apenas formulado el ensalmo, don Pancho, sin transi-  
ción, se convirtió en un enorme hatu de flamígeros ojos y del más negro pelaje. Obnubilada la razón, ajeno a las exi-  
gencias de socializar con la gente y sintiendo únicamente el llamado de la naturaleza, el hombre-bestia lanzo un espe-  
luznante aullido y, en un santiamén, ganó el chaparral de la ladera vecina  
A punto de irse, el mendigo advirtió a los siervos y con-  
vidados al festín que se dieran prisa en alejarse de allí, y en

cuanto él se perdió de vista, la magnífica heredad se convirtió en tenebroso lago

## FANTASMAS EN CARONDELET

Cuando ocurre un milagro, éste tiene lugar siempre en las antípodas. De esa manera jamás se podrá comprobar su autenticidad. En cuanto a apariciones de seres sobrenaturales se refiere, aun cuando se trate de visiones producidas en la misma área local, sus relatos evocan en cambio sucesos situados por lo menos a dos o tres generaciones atrás. Su propósito es obvio: pretender descartar posibles detracciones. Sin embargo, en ambos casos, la noticia se expande aureolada por la duda.

A pesar de todo, no es justo ni prudente negar a priori la veracidad de cuanto se dice sobre un asunto digno de mayor atención, aduciendo sin más la intervención de la fantasía. Pues, de muchos relatos que tienen que ver con fantasmas, existen pruebas irrefutables de su legitimidad. Un ejemplo patente de esto viene manifestándose periódicamente en el Palacio de Carondelet (residencia oficial del Presidente de la República) de la ciudad de Quito.

Ciertamente, para nadie constituye secreto alguno las peripecias que, a causa de los malvados espectros que moran en aquel centenario palacio, han debido pasar los últimos presidentes de Ecuador. Ante el riesgo de vérselas con fuerzas surgidas del Más Allá, resulta inadmisibles que un mandatario no se viera tentado por abreviar el período de su gobierno y huir cuánto antes del país.

No se trata desde luego de ninguna broma macabra, tampoco de patrocinar a ultranza la superstición, máxime que el asunto atañe a tan celebérrimos personajes, espejo y modelo de virtudes, aunque más de uno de ellos fueran calificados de bribones y de tener motivos suficientes como para merecer la hospitalidad de las húmedas mazmorras del ex Penal García Moreno. Nada oscuro ni dudoso hay aquí. Las pruebas saltan a la vista, como se suele decir. Pues el mismo Abdala Bucaram, a escasos días de haber asumido la Presidencia de la República, ante diversos medios de comunicación, declaró que enfurecidos fantasmas le impedían habitar el Palacio de Carondelet y que, debido a ello, se veía obligado a mudar su residencia al Hotel Oro Verde. Seis meses después se refugiaría en Panamá y buscaría consuelo allí con el tapete verde.

El entonces mencionado presidente, transpirando nerviosismo y con voz entrecortada por el pánico, comentó que no obstante no haber concebido jamás la idea de usar la cama de sus predecesores, una tarde, se le presentó el espectro de García Moreno, para prohibirle acercarse siquiera a ella. Luego, sus edecanes confirmarían la versión, que, por lo demás, en nadie concitó admiración, ya que la ciudadanía conocía desde mucho antes la presencia de fantasmas en Carondelet. Es más, se ha hallado siempre al corriente de que el fantasma de García Moreno, aquel déspota que, en pleno ejercicio del poder, fuera abatido a machetazos, era el más belicoso de todos y el que con mayor saña escarnecía a sus desdichados sucesores, enloqueciéndoles las más de las veces. Tampoco ha sido para nadie un secreto el que los demás espectros, pertenecientes también a gobernantes extintos, sin distinguirse por su bondad, se contentan con dejarse ver de tarde en tarde, recorriendo los pasillos, con el fin de

dar un pequeño susto a los esbirros palaciegos que pululan por ellos. Son éstos, por lo visto, espíritus de segundo orden y desprovistos de carácter firme, al igual que niños traviesos, se divierten jugando inocentes bromas a los medrosos.

No obstante, no todos los cortesanos han salido bien librados. Pues, es *vox pópuli* que el consorte de la nieta del presidente Sixto Durán Ballén, un caballerete sibarita que no se nutría sino de flores y miel, mientras moró en Carondelet, llegó a granjearse la enemistad de estos espectros segundos a tal punto que su seguridad se tornaba a instantes muy precaria. Compadecido entonces su “Abuelito” político de ver en él la desesperación por dejar no sólo el palacio, sino también el país, le ayudó personalmente a fugarse hacia Estados Unidos, utilizando para ello el propio avión presidencial. Pobre angelito, ya podría curar el susto en los casinos de Las Vegas.

Las fugas más espectaculares de Carondelet, por similares motivos, fueron las de Alberto Dahik y de Jamil Mahuad (vicepresidente y presidente, en su orden). El primero, a bordo de una nave supersónica, piloteada por el mismo prófugo, que les dejó cortos a los raudos espectros persecutores. El segundo, sorprendentemente, consiguió huir disfrazado de enfermera, en un coche-ambulancia más bien lento pero, como todos estos vehículos, provisto de una potente sirena que le aseguraba un desplazamiento por vía despejada.

Por tanto, el magnífico palacio de Carondelet no sería sino una jaula de oro. Durante el día y la noche, pero más la noche que el día, constituiría una tortura habitar la lujosa mansión. El doctor Fabián Alarcón, quien fue encarcelado en cuanto concluyó su presidencia, diría al respecto que más tranquilo se hallaba en prisión que en el palacio presidencial.

Sólo así se explica el porqué de la urgencia de los presidentes ecuatorianos en abdicar a su alta investidura. No hallándose seguros en el seno de su residencia aparentemente inexpugnable, protegida exteriormente por una temible guardia pretoriana, es fácil colegir que las protestas de parte de reducidos grupos de ciudadanos hambrientos y semidesnudos, les sirve tan sólo de pretexto para huir inmediatamente de allí, ¿no les parece?

*Quito, agosto de 2004*